



Rafael Alberto Arrieta

La literatura argentina y sus vínculos con España

Índice

- Introducción
- I -
 - El Neoclasicismo
 - I -
 - La última década colonial, primera del siglo revolucionario
 - II -
 - Las armas y las letras
 - III -
 - De la independencia al caudillismo
 - IV -
 - El trienio rivadaviano
 - V -
 - Del Támesis al Plata
 - VI -
 - Culminación y término del Neoclasicismo
- II -
 - El romanticismo
 - I -
 - Esteban Echeverría, el iniciador
 - II -
 - La generación de 1830
 - III -
 - El salón literario y la lengua
 - IV -

	Los emigrados en Chile
- V -	
	La hermandad romántica
- VI -	
	La «Lira española»
- VII -	
	Literaturas de América
- VIII -	
	Allende y aquende
- III -	
	La transición
- I -	
	La generación del ochenta
- II -	
	La vejez de los acusadores
- III -	
	La celebración colombina
- IV -	
	Grandeza del género chico
- IV -	
	El modernismo
- I -	
	Buenos Aires, cosmópolis
- II -	
	Fin de siglo
- III -	
	Comienzos de siglo
- IV -	
	1907
- V -	
	Las «embajadas intelectuales»
	Las Españas

Indicaciones de paginación en nota 1.

-7-

Introducción

Las literaturas hispanoamericanas, trasplantes de la española por su lengua común y los modelos ineludibles de las centurias coloniales, son literaturas originariamente epigónicas. Las letras del Nuevo Mundo respiran el oxígeno del Viejo por todos los poros. La literatura de Roma nació de la imitación, durante el deslumbramiento de la fusión greco-latina; pero en idioma propio y adulto. La belga y la suiza de lengua francesa son, por ese vínculo inquebrantable, derivadas: la lengua puede no unificar, pero uniforma.

La lucha por la emancipación política en el inmenso territorio de la América hispana tuvo expresión espiritual en una sola lengua: la heredada por todos los pueblos hermanos, de su madre peninsular. Fue, de tal modo, en ambos bandos, la aprendida para el vivir cotidiano, para el trabajo y el ocio, para el rezo y el amor, para el saber y la fe; porque la lengua de España en América era el habla y su cultura -8- histórica, la legislación y la iglesia, la universidad y la imprenta, es decir, el patrimonio civilizador.

La beligerancia criolla empleó como recurso habitual, durante la guerra, el encono acusador por el oscurantismo en que la metrópoli mantuvo a sus colonias, por el aislamiento de las fuentes en que bebe la inteligencia y por el sometimiento a las prácticas enervantes del fanatismo que coadyuvan al triunfo de los sistemas despóticos. La revolución argentina aprovechó ese argumento con todas las variantes del tono lírico y de la dialéctica política a través del neoclasicismo de sus letras; los románticos siguieron exprimiéndolo en sus prensas vindicatorias; el eco de la protesta perduraba en ráfagas durante la organización nacional y llegó hasta las postrimerías del siglo como un rezongo pertinaz. Hoy sabemos que América fue la prolongación de España; hoy se nos demuestra que España puso a América en contacto con la civilización europea poco después de iniciada la conquista, y que las vicisitudes de la cultura indiana en tres siglos de coloniaje fueron casi las mismas que experimentara la española en su proceso simultáneo. Nos enseñó lo que sabía; nos dio lo que tenía, empezando por su hermosa lengua y su gran literatura.

En 1538, la isla Española de Colón, la Primada de América, Santo Domingo, fue distinguida por cédula real de Carlos V y bula de Paulo III, con la primera Universidad de Indias, a la que concedieron privilegios y franquicias idénticos a los de la Universidad de Salamanca, fundada hacia 1215, y a la de Alcalá de Henares, única rival de aquélla entre todas las hispánicas, fundada en 1508. México y Lima obtuvieron la autorización del mismo beneficio en 1551. La quiteña de San Fulgencio fue autorizada en 1586; la del Cuzco, en 1598. Pertenecieron al siglo XVII las de Santa Fe de Bogotá (1621?), Charcas (1624) y Guatemala (1676), y al siglo XVIII las de Caracas (1725), La Habana (1728) y Santiago de Chile (1738).

-9-

España tuvo imprenta casi treinta años antes del descubrimiento de América y la introdujo en ésta a los cuarenta y tres de aquel suceso. Dos ciudades recibieron en el siglo XVI el trascendental artefacto: México en 1535 y Lima en 1583. En el siglo XVII lo tuvo Guatemala (1641) y a principios del siguiente las misiones jesuíticas del Paraguay, y La Habana; hacia mediados de la centuria, Bogotá; poco después de mediada, Quito, y hacia el final, Santiago de Chile. La imprenta generó dos productos igualmente peligrosos: el libro y el periódico. Una legislación restrictiva previó el contagio, y desde mediados del siglo XVI impidió que libros heréticos o indeseables por razones distintas pasaran de España a América, como ratas pestíferas, entre el matalotaje de los galeones; pero, a pesar del expurgo, ejercido por el Tribunal de la Inquisición de Sevilla, colábase el enemigo sutil, forrado en corderina. Ya había bibliófilos en el continente casi analfabeto, y entre ediciones de Amsterdam, de Valencia, de Lieja, de Nápoles, alguna aldina y alguna elzeviriana saludaban al sol

de otro hemisferio. ¡Primeras inmigraciones furtivas del espíritu! De los eróticos latinos a los sensuales renacentistas, de los exégetas heterodoxos a los teorizadores subversivos, de la novela de caballerías a los enciclopedistas, llegaron sucesivamente, en forma tolerada o subrepticia, en barcos españoles o ingleses o franceses, libros y más libros no emparentados con la teología, la patrística ni la monarquía absoluta. La leyenda del aislamiento inviolable en que España mantuvo a los espíritus de América privándolos de libros que pudieran perturbar la fe, la moral y la adhesión política del continente de su lengua, ha sido desbaratada por los investigadores de este siglo, de México al Plata. La ley fue rígida; la práctica, elástica. Las bibliotecas coloniales no estuvieron atrasadas más que en dos o tres decenios con relación al movimiento bibliográfico de España, y en parte de Europa, a partir del siglo XVII, y acortose ese tiempo en el siguiente -10- hasta la reducción posible. Aun en los inventarios de algunas bibliotecas particulares de nuestro lejano y desvalido rincón se muestra la liberalidad y la contemporaneidad de sus provisiones. En cuanto al libro impreso en Indias, también sujeto a legislación desalentadora, parece que más de una vez halló dormido a su guardián. De la misma manera, el periodismo alcanzó extenso desarrollo. El primer periódico de América apareció en México, en 1722; el primero de Guatemala, en 1729; de Lima, en 1743; de La Habana, en 1764; de Bogotá, en 1785; de Quito, en 1792. Venezuela y Chile no tuvieron periódicos hasta el siglo XIX.

Dones preciosos de España en América, compartidos con atraso y mengua por unos centros respecto a otros, la universidad y la imprenta fueron bienes tardíos para Buenos Aires, como en riqueza arquitectónica -descontada la precolombina- y fastuosidad cortesana, fue aquélla, comparada con México y Lima, abandonado arrabal. La universidad jesuítica de Córdoba existió desde 1664, pero su carácter era esencialmente teológico y sólo en 1791, ya en poder de los franciscanos, incorporó disciplinas jurídicas; de ahí que los abogados argentinos anteriores a 1797 hubieran obtenido su título en Charcas, o en Santiago de Chile, o en Lima, o en España. Mediterránea, pegada a su hoya, adormecida por sus badajos conventuales, Córdoba no presidió en torno a sus aulas la actividad literaria propia de otros centros universitarios, y la canción solitaria de su nativo Luis de Tejeda, en la primera mitad del siglo XVII, parece exótico remedo de ruiseñor culterano al pie de la serranía.

La creación del extenso virreinato del Río de la Plata, en 1776 dio a la ciudad de Garay empuje decisivo y una importancia que se advirtió poco después en sus progresos de toda especie. La breve actuación del primer virrey, consagrada en gran parte a la guerra con los portugueses, no cuenta para aquéllos. Es el segundo, don Juan José de Vertiz Salcedo, natural de México, quien los promueve en un -11- sexenio fecundo, inspirado por el espíritu renovador y constructivo del reinado de Carlos III. El proyecto de crear la universidad de Buenos Aires databa de 1771, cuando Vertiz era su gobernador; la real cédula de fundación se expidió ocho años más tarde y se reiteró tres veces sin que llegara a cumplirse. Finalmente, el virrey decidió en 1783 la fundación del Real Colegio Convictorio que en homenaje al monarca llevó el nombre de San Carlos. Tres años después, el iluminador de la ciudad -¡humosa llamita de las velas de

sebo en la negrura de calles traicioneras como un desfiladero!- resolvió dotarla de una nueva luz: la imprenta. Los jesuitas de Córdoba habían instalado una prensa en el colegio de Monserrat, casi con cuatro lustros de anterioridad, y aquella prensa poco usada fue la que se trasportó en carreta, en 1780, a Buenos Aires. Ocho cajones contenían los tipos, mezclados como en un empastelamiento; en sus líos originarios venían los que nadie empleara aún; los tórculos presentaban algunas piezas deterioradas y carecían de otras. La imprenta fue entregada por el virrey a la Casa de Niños Expósitos (también creación suya) como ayuda para su sostenimiento y aprendizaje de sus huéspedes. El taller, administrado por un joven portugués que era librero, comenzó enseguida a satisfacer pedidos del vasto virreinato: cédulas y guías, almanaques y devocionarios, timbrados administrativos y esquelas de convite, catones y bandos, billetes de lotería y carteles para corridas de toros...

También al teatro dejó unido su nombre el virrey Vertiz. Sabía, como lo dijo en la Memoria de su gobierno, que el teatro era tenido por una de las mejores escuelas para las costumbres, para el idioma y para la urbanidad general, y ofreció ese atractivo educador a una ciudad que, según el mismo informe, carecía de otras diversiones. La llamada Casa de Comedias, galpón de madera techado de paja, se construyó en un paraje conocido por la Ranchería. Nació en aquel escenario el teatro argentino con Siripo, tragedia -12- escrita por el poeta porteño Manuel José de Lavardén, ceñida a las unidades e inspirada en un episodio de la conquista ocurrido en un fuerte a orillas del Paraná, que cuentan los cronistas.

El marqués de Loreto, sucesor de Vertiz y casi su reverso, no tiene relación alguna con las letras de sus días, salvo, su implacable persecución al canónigo doctor Juan Baltasar Maziel, nativo de Santa Fe, figura culminante del clero porteño y rimador de circunstancias. Una de éstas constituye el minúsculo alboroto de nuestra mínima literatura colonial. El 10 de noviembre de 1786, víspera del día de San Martín, de Tours, patrono de la ciudad, salió el virrey del Fuerte, con vistosa comitiva, escoltando al pendón real. En la Plaza frontera se cruzó con un sacerdote que iba a suministrar los últimos sacramentos a un enfermo; púsose el marqués de Loreto a su lado y lo acompañó, seguido por su séquito. Dos sonetos de Maziel, uno dirigido al virrey, el otro a la Real Audiencia, hicieron el elogio de aquel acto piadoso. Hubo con tal motivo un asalto de graznidos en décimas y romances burlones que el papalista salvado por nuestro benemérito colector Seguro atribuyó a cierta «Musa del Rimac que se haya aquí extranjera como la corneja entre los pavos». Lavardén saltó ágilmente al reñidero con tercetos cortantes y diestramente rimados, y dio en uno de ellos la prueba inequívoca para la identificación del limeño: «Pues el 'donde un enfermo' es cholinismo». En efecto, una décima anónima decía que el virrey divisó a quien iba «donde un enfermo de muerte».

Cuatro días antes de haberse suministrado el viático que suscitó el revuelo de rimas, un joven porteño, Manuel Belgrano, se había matriculado en la Universidad de Salamanca. Tres años después, experimentaba la conmoción que expresaría así en sus páginas autobiográficas: «Como en la época de 1789 me hallaba en España y la revolución de la Francia hiciese también la variación de ideas, y particularmente -13- en los hombres

de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, disfrutara de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, y aun las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento directa e indirectamente». Atraído por la economía política, se vinculó con especialistas en ella, emprendió algunos trabajos, tradujo un tratado francés y mereció distinciones en Salamanca y en Madrid. «Al concluir mi carrera, por los años de 1793 -dijo en las mismas páginas- las ideas de economía política cundían en España con furor, y creo que a esto debí que me colocasen en la secretaría del Consulado de Buenos Aires, erigido en tiempo del ministro Gardoqui, sin que hubiese hecho la más mínima gestión para ello». El abogado argentino volvió a su ciudad en 1794, dispuesto a poner en práctica las ideas económicas de Campomanes; pero el hijo de un comerciante enriquecido «en el tiempo del monopolio» chocó en el flamante Consulado con un cuerpo de comerciantes monopolistas, todos españoles, que no sabían ni querían otra cosa que «comprar por cuatro para vender por ocho». Abatido, se refugió en las memorias anuales que su cargo le exigía presentar; y en ellas se propuso, «al menos, echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos».

La sátira de Lavardén señalaba, en contraste con Buenos Aires, la abundancia de versificadores de Lima, cada uno de ellos creído «que con Quevedo y Góngora compite» al ofrendar semanalmente su fruto al virrey. Ocurría lo mismo en la ciudad de México, donde por aquellos días hubo certamen lírico que congregó en menos de una semana a doscientos moscones del Himeto entre una población de ciento cincuenta mil habitantes, cuya mayoría era analfabeta. Culteranos, conceptistas o neoclasicistas, aquellos enjambres de la Ciudad de los Reyes y de la capital de Nueva España, -14- hechos a un arte de besamanos durante dos siglos de reverencias cortesanas, se deshicieron al primer soplo de la Revolución, y los sobrevivientes necesitaron romper las ataduras de un prolongado vasallaje para expresar el sentimiento nuevo.

La literatura argentina -claro nombre que fue título en el poema del extremeño Barco Centenera y en la historia del paraguayo Días de Guzmán-, la literatura surgida de un sentimiento de emancipación política y de un anhelo de expresión nacional en el pueblo de Mayo, no tuvo que destruir lazos de esa especie. Su pasado colonial coincide efectivamente con el corto virreinato, y el decenio prerrevolucionario, primero del siglo XIX, es ya suelo nutricio de sus raíces. Así lo incorpora este panorama histórico que procura mostrar las relaciones de nuestra literatura con España -o su ausencia- desde los comienzos hasta el centenario de la Revolución. La historia de esos vínculos que se interrumpen y reanudan con variable destino junto al infrangible del idioma, requiere, asimismo, la consideración de otros influjos que determinan interferencias o superposiciones dentro del cuadro integral. Quede sabido desde ahora que el autor no se ha propuesto hacer un alegato ni una obra didáctica, sino una excursión histórica guiada por un hilo de la urdimbre.

-[15]- -16-

- I -

El Neoclasicismo

-17-

- I -

La última década colonial, primera del siglo revolucionario

El llamado «siglo de las luces» se inicia en Buenos Aires con promisorio albor. Mucho esperan unos pocos de las ideas esparcidas, de nuevas fundaciones, de los ecos del mundo. Algo se agita en la monótona sucesión de los días porteños con estremecimiento apenas perceptible para la ciudad amodorrada. Las aguas del ancho río apagan el rumor lejano de las olas atlánticas; pero hay oídos atentos que adivinan en el aire más de lo que les llega desgarrado y prófugo: alianzas hechas y deshechas de España con Inglaterra y Francia; la pérdida española de un pedazo de tierra americana; un nombre que resuena y crece: Napoleón; el descaro de un advenedizo que entró por la ventana de la alcoba real e impone su voluntad al reino...

Las Memorias presentadas por el secretario del Consulado de acuerdo con la cédula ereccional, prueban que no -18- se han modificado en lo mínimo los abusivos privilegios del comercio local; pero las «semillas» económico-sociales sembradas en ellas van a fructificar en dos fundaciones: la escuela de Comercio y la de Náutica. Marineros españoles llegados al Plata como miembros de la comisión demarcadora de los límites hispano-lusitanos en América, no son extraños a los fulgores de la «nueva ciencia» colonial. Manuel Belgrano tiene sus mejores colaboradores en el capitán don Félix de Azara -cartógrafo, etnólogo, naturalista, explorador e historiador del virreinato- y en su segundo, el ingeniero geógrafo don Pedro Cerviño.

El huerto de San Carlos cultiva sus promesas. Acaso el doctor Valentín Gómez, nativo de la ciudad, profesor de filosofía, confía ya en el brillo, tal vez próximo, fuera de las aulas, de alumnos que se llaman Bernardino Rivadavia, Vicente López, Juan Ramón Rojas. Y es probable que comparta su esperanza el presbítero español don Pedro Fernández, profesor de latín y eficaz revelador de la belleza clásica, a través de los poetas de Augusto, en su templete carolino.

Veinte años después de instalada la primera imprenta, sale de su taller el primer periódico. Vientos de la nueva centuria trajeron del Pacífico un ave de rara pluma: el extremeño Francisco Antonio Cabello y Mesa, periodista en Lima y solicitante de autorización para fundar un papel periódico una Sociedad Patriótico-Literaria, en Buenos Aires. La petición

fue lenta y cuidadosamente filtrada por todos los alambiques administrativos de la colonia antes de ser acogida. El síndico general del Real Consulado consideró en su informe la importancia excepcional de las dos iniciativas: «Y Buenos Aires que apenas cuenta diez y seis años de la erección de su Real Audiencia Pretorial, y seis de Consulado, sin Universidad hasta ahora, ni más que unos estudios particulares de Gramática, Filosofía, y Teología, que por esto ni se aproxima, ni se aproximará en muchos años, -19- a las Ciencias, Decoraciones, y Riquezas de Lima, se ve hoy como un parangón de ella con las loables empresas del Periódico, y Sociedad Patriótica».

El periódico se proponía adelantar las ciencias y las letras y libertar al espíritu filosófico de las «voces bárbaras del Escolasticismo». La Sociedad sería apoyo del periódico en la consecución de sus fines, por ella ampliados al estudio del territorio virreinal y a las «antigüedades de esta América Meridional», como al de las diversas ramas de la economía de su medio. Por lo demás, sus socios deberían ser únicamente «Españoles nacidos en estos Reinos, o en los de España», sin mezcla de raza ni de religión ni mancha en su concepto público, «porque se ha de procurar que esta Sociedad Argentina se componga de hombres de honrados nacimientos, y buenos procederes».

El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico del Río de la Plata apareció el miércoles 19 de abril de 1801 en un cuaderno de ocho páginas, encabezado por una cita de las Geórgicas. Después de exponer sus propósitos imploraba la protección de Mercurio, y en su misma línea la concedía a la oda al Paraná, del doctor Manuel de Lavardén. El dios pagano parecía presidir, tres veces alado, con petaso, caduceo y sandalias, aquellos endecasílabos fluviales que inauguraban la poesía argentina del siglo con una invocación vernácula, a pesar de que disfrazaban sus aguas tributarias hasta convertirlas en medallones de los «rostros divinales» de Luisa (así, en primer término, como correspondía a la realidad conyugal y monárquica) y Carlos (aunque el asonante explicase su poético desmedro). El número 4 estampó las estrofas en que el administrador de la aduana de Montevideo, José Prego de Oliver, oriundo de la península, loaba al cantor del Paraná, y el número 6 cedió sus primeras páginas a la caudalosa oda en que el funcionario criollo Manuel Medrano congregaba a los númenes para mostrarles a quien había ilustrado con -20- su voz el patrio suelo. Lavardén quedó consagrado como el primer poeta argentino en aquellas páginas misceláneas, entre los precios corrientes de los frutos del país y el movimiento portuario del Plata en ambas márgenes. Los números posteriores del Telégrafo ampliaron, en forma creciente, su diversidad seductora, de acuerdo con los enunciados del título; y entre nociones, observaciones e informaciones de todo género fue intercalándose un muestrario poético de producción local que abarcó la loa, la fábula, la sátira, lo solemne y lo procaz, la miel y los ácidos.

El virrey Del Pino suspendió la publicación en octubre de 1802, entre otras razones «por su poca pericia en la elección de materias». Un mes antes había aparecido el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio, bajo la dirección del porteño Hipólito Vieytes. Desterró los pájaros cantores de su bien granado huerto y vivió próspero hasta las invasiones inglesas, terminando su existencia en la segunda. El 3 de marzo de 1810

nació el Correo de Comercio, tercer periódico de Buenos Aires, redactado por Manuel Belgrano y el mismo Vieytes; su prospecto rememoró al antecesor inmediato: «El ruido de las armas, cuyos gloriosos resultados admira el mundo, alejó de nosotros un periódico utilísimo».

Aquel ruido bélico de 1806 y de 1807 fue propicio a las musas, calladitas durante el lustro pacífico del Semanario. La primera invasión de Buenos Aires; su reconquista de las «garras del león de Albión» por los tranquilos habitantes; la segunda invasión y el desastre definitivo de las multiplicadas fuerzas invasoras, revelaron un alma ciudadana, una capacidad autónoma, un amor colectivo al suelo propio que podía llegar hasta el sacrificio. Fueron los nativos quienes lo advirtieron con lucidez trascendente ante la fuga del virrey español, el desamparo militar de la población y la ineptitud de sus custodios. Un capitán de Francia, al servicio de España, dirige la reconquista y somete al general inglés.

-21-

Romances, letrillas, décimas, octavas; epigramas, acrósticos, epitafios, brotaron no se supo cómo ni de dónde con fluidez de manantial, inundaron la imprenta de los Niños Expósitos, mordieron el metal de las armas, asaltaron las paredes, coláronse en los misales. El cabildo de Oruro envió al de Buenos Aires un escudo alegórico de plata potosina en conmemoración de sus triunfos, y la corporación obsequiada recibió la ofrenda con festejos populares. Los arcos levantados en la Plaza Mayor ostentaban alusivas estrofas. Desde España se asoció al certamen épico don Juan Nicasio Gallego con su canto A la defensa de Buenos Aires, primer y último mensaje poético de la metrópoli a su lejana colonia.

Algunas piezas de inusitada extensión hicieron la crónica versificada de las invasiones; entre ellas, el Romance heroico (1807), exclusivamente dedicado a la reconquista de la ciudad, por el doctor en los dos derechos, de la Universidad de Chile, capellán de regimiento y profesor de filosofía de San Carlos, don Pantaleón Rivarola, y el Triunfo argentino (1809), poema épico en endecasílabos asonantados de don Vicente López y Planes, capitán de la legión de Patricios en la defensa. Ambos autores eran porteños. El romance y el poema se abastecieron de dioses y símbolos en el arsenal retórico-mitológico de la Eneida; y si el primero nos muestra a las ninfas y las nereidas del Plata llorando su cambio de dueño («¡Ah, ya no somos de España, somos ya de la Inglaterra!»), el segundo presenta a sus náyades pidiendo socorro y acredita algún aserto con el testimonio de faunos y dríades. Salpican los hechos en el romance gritos frecuentes de ¡viva España! y ¡viva el Rey!, el vasallaje colonial se goza en exhibirse como una ofrenda del triunfo:

Y vos, ¡oh! gran Carlos Cuarto,
dueño y señor de esta tierra,
recibid los corazones
que con amor os presentan
-22-
estos humildes vasallos
que tan distante os veneran.
No queremos otro Rey,
más corona que la vuestra.

Viva España en nuestros pechos;
nuestra lealtad nunca muera.

También el poema consagró a la ciudad «modelo de lealtad, espejo fino de amor a Carlos y su culto sacro»: la ciudad indefensa, improvisada en tropa («Allí está el labrador, allí el letrado, el comerciante, el artesano, el niño, el moreno y el pardo; aquestos sólo ese ejército forman tan lucido»); tropa que representaba a toda España junto a los criollos:

el castellano y diestro vizcaíno,
el asturiano y cántabro invencible,
el constante gallego, el temible hijo
de Cataluña, el arribeño fuerte
y el andaluz se aprestan al conflicto...

No obstante esa enumeración peninsular, la voz argentino está en el título glorioso del poema, designa repetidamente al defensor en forma global y es la última palabra del canto. Aun cuando no hubiese tenido significación premeditada en el intento del autor, dio al poema un fulgor anticipado que los hechos parecieron confirmar inmediatamente.

Las disidencias locales entre españoles y criollos, agrupados, respectivamente, en torno a don Martín de Alzaga y a don Santiago Liniers, y agrandadas, a través del río, entre Buenos Aires y Montevideo; la abdicación de Carlos IV y la renuncia de Fernando VII a la corona, en favor de Napoleón; el reemplazo del virrey Liniers por Hidalgo de Cisneros y la represión cruel de los movimientos emancipadores en las intendencias del Alto Perú, presagiaban la sublevación y la ruptura. Esperábase un signo final, y el -23- pronunciamiento se produjo en Buenos Aires como en Caracas cuando llegó la noticia de la disolución de la junta de Sevilla, último gobierno español en la península.

Durante ese proceso de dos años, los ingleses expulsados de la ciudad volvieron a entrar en ella por el mismo río y sin resistencia; varios de los prisioneros habían formado hogar con sus carceleras. La cola luciferina atribuida a aquellos herejes para espanto y repulsión de las almas temerosas del infierno, y tan ingeniosamente disimulada como por arte también diabólica, ya no asustaba ni a los niños. Una simpatía espontánea iba borrando el rencor y aproximando a los enemigos de ayer. La caballerosidad británica y la hidalguía española hallaban su vértice en la cordialidad de los nativos.

En 1809 el porteño Mariano Moreno, abogado recibido en la Academia Carolina de Charcas, presentó al virrey Cisneros un escrito profesional en representación de una corporación de hacendados, pidiendo el comercio

libre. Las circunstancias críticas y el consejo de los organismos administrativos y de las fuerzas vivas movieron al virrey a concederlo. Inglaterra aprovechó la ansiada ocasión; protestaron los españoles de Buenos Aires ante la Junta de Sevilla; los compatriotas de Mariano Moreno abrieron las puertas de su casa a los ingleses.

Diversos enseres pertenecientes a los invasores de 1806 y 1807, regalados o vendidos por sus dueños, formaban parte del ajuar criollo como lindas muestras de una industria execrada. El hogar del santanderino don Domingo López y de la porteña doña Catalina Planes, en la calle del Perú, había adquirido de uno de los oficiales de Whitelocke la mesita de caoba, de abrir y cerrar, sobre la cual Vicente López y Planes escribió el Triunfo argentino y, algo después, la Marcha patriótica.

-[24]- -25-

- II -

Las armas y las letras

La Revolución improvisa soldados y poetas. La patria es poemática. «La Patria es una nueva musa», declara un franciscano rimador. La guitarra es nido de trovas en el salón alfombrado y en los fogones rurales. La canción patriótica vuela en hojas impresas o manuscritas, o de labio en labio: reguero incensivo, mensaje, ofrenda, aguijón; siembra por lo común anónima y desparramada en letrillas, boleras, cielitos, glosas, endechas, por todos los rumbos del país. La «versería» -como dirá un personaje de Bartolomé Hidalgo- participa hasta en la ornamentación urbana: se inscriben cuartetos, décimas, octavas, sonetos, en el arco toral del Cabildo, en los arcos triunfales de la Plaza Mayor, en las portadas. Se brinda en verso por los héroes; se graban versos en los escudetes votivos; se arrojan versos -26- entre flores al paso de los batallones. Ya en 1810, el doctor Castelli, representante de la Junta, es recibido jubilosamente por la ciudad de Salta con una letrilla que entona la población entera. Se cantan marchas revolucionarias en la calle, en los cuarteles, en los centros políticos, en las escuelas.

La revolución argentina es la revolución americana. América es la patria continental. La hermandad histórica y geográfica que invocan los pueblos de una misma lengua durante la lucha común por su independencia política, tiene expresión solidaria en el 9 de Mayo, desde su hora inicial. La primera canción patriótica que recorre las calles de Buenos Aires comienza por dirigirse a los compatriotas continentales:

Sudamericanos:
mirad ya lucir
de la dulce patria
la aurora feliz.
La América toda

se conmueve al fin...

En las páginas de la Gazeta los himnos heroicos se engastan en la prosa doctrinaria, y alternan las listas de donaciones para la Biblioteca pública recién fundada y para el ejército naciente. La Junta de gobierno se empeña en conciliar las artes de la paz con las exigencias de la guerra. El Colegio de San Carlos ha debido convertirse en cuartel de tropas; pero el brillo de las armas no debe alejar de los libros a la juventud estudiosa². Los propósitos educativos del gobierno tienden a una finalidad permanente; el decreto sobre la fundación de la Biblioteca se inicia con un postulado que expresa una necesidad transitoria: «Los pueblos compran a un precio muy subido la gloria de las armas». Para festejar el segundo aniversario de la Revolución, -27- se lleva al pie de la Columna de Mayo -erigida el año anterior- a los escolares de la ciudad. El coro infantil impresiona profundamente al pueblo, y el gobierno acuerda entonces que se repita aquel canto, como obligación diaria, en las escuelas, y que «en los espectáculos públicos se entone, con la dignidad que corresponde, la marcha de la Patria, debiendo en el entretanto permanecer los concurrentes de pie y destocados». La «marcha de la Patria» que en aquella celebración había sido la especialmente escrita para el acto por fray Cayetano Rodríguez -«Volvió otra vez el venturoso día...»- será, desde 1813, la de Vicente López y Planes, por «decreto soberano» de la Asamblea constituyente, que la declara «única en las provincias unidas» y la difunde en hoja volante. Unidos a la música de Blas Parera, los versos de López encarnan inmediatamente en la población porteña, penetran con rapidez en el interior del país y llegan más tarde, con las campañas libertadoras, al Pacífico³.

La poesía comenta, exalta, paso a paso, el desarrollo de la acción patriótica. Desde la batalla de Suipacha, en 1810, hasta la batalla de Ituzaingó, en 1827; desde la apertura de la Sociedad patriótica y literaria, fundada por Bernardo Monteagudo, en 1812, hasta las distintas creaciones sociales del ministro Rivadavia, todos los hechos civiles de importancia tienen su elogio lírico. Simultáneamente, Montevideo, primero, Chile después y por último Lima, intercambian -28- sus loas con Buenos Aires, a medida que los acontecimientos afines y concatenados anudan la red amplísima. Un soldado oriental, Eusebio Valdenegro y Leal, firma los primeros versos que publica la Gazeta de Mariano Moreno. Un chileno, Camilo Henríquez, continúa en suelo cisandino su apología métrica de la libertad, iniciada en su país. El argentino Vera y Pintado, residente en Chile, escribe la canción nacional del pueblo hermano. Bartolomé Hidalgo, nacido en Montevideo y dos veces autor de la Marcha oriental, contribuye principalmente al cancionero criollo de la emancipación argentina. Y de la ciudad de Mayo parten mensajes rimados que cruzan el Plata y los Andes. Los poetas de Buenos Aires asumen, por resolución de los órganos gubernativos, una suerte de magistratura homérica. Se les designa oficialmente como representantes de las secretarías del Estado, de la

municipalidad, de la más alta autoridad del ejército, para cantar los triunfos sucesivos. En la primera década quedó constituido el parnaso oficial con seis miembros: Vicente López, Juan Ramón Rojas, fray Cayetano Rodríguez, Crisóstomo Lafinur, Esteban de Luca y Juan Cruz Varela. Los unía el sentimiento ardiente de la libertad, el instrumento apenas diferenciable que hace de sus cantos fragmentos distintos de la monodia única y el ministerio de una función pública que desempeñaban con fervor casi sacerdotal. La ausencia de una tradición literaria y la consecuente inexistencia de aquellas germinaciones poéticas que habían dado a México y Perú abundante cosecha colonial, determinaban la floración inicial de nuestra poesía, abierta al sol de Mayo. Sólo tuvo raíces locales, como queda dicho, en la Oda al Paraná y en el cancionero de las invasiones inglesas.

La Revolución improvisó soldados y poetas, y ambos se proveyeron en el campo enemigo para la fabricación de armas y la creación lírica. El teniente coronel del ejército español, don José de San Martín, encabeza a los oficiales -29- argentinos que guerrearon por la libertad de España vienen a luchar por la libertad de su patria; de un ingeniero emigrado de la península aprenden los vulcanos porteños a fundir cañones y morteros, a fabricar fusiles, a forjar espadas con materiales del país. De los líricos peninsulares en boga, toman los nuestros el vaso que llenarán con su credo. ¿Cómo hallar troquel fuera de España? Y en ella, ¿cómo romper las fronteras del gusto dominante, cómo escapar a la uniforme retórica que imperaba en los países latinos? El neoclasicismo había comprendido al viejo y altivo solar dentro de su comunidad niveladora; la poética del siglo XVIII rebasaba su límite e inundaba sin resistencia, con ola desmayada, los primeros lustros del siguiente. De la renovación estética producida entre *The Seasons* y *Lyrical Ballads*, nada alcanzó a los admiradores criollos de la libertad británica. La naturaleza del nuevo mundo permaneció tan ausente de la poesía revolucionaria como de las octavas de Ercilla y de Barco Centenera. En 1821 el gobierno de Buenos Aires otorga como premio a un poeta los poemas de Osian; pero lo presenta custodiado por Homero y Virgilio, aunque el hijo de Fingal es todavía tan desconocido en la ciudad de Rivadavia como los coetáneos «lakistas». Francia, cuna de la revolución antonomástica, no había tenido aún la Bastilla de su parnaso. La lírica del primer Imperio continuaba la del siglo precedente, y el abate Delille, traductor de las *Geórgicas* en 1781 y de la *Eneida* en 1804, era su expresión invariable. Oíase en torno el débil gemido de los élegos, y se le percibía como el vagido de una nueva existencia: Millevoeye, que los resume, suscita ecos dispersos en América, y tiente con su mejor pieza la versión de un argentino; pero Lamartine no aparece hasta 1820, y tardará una década en cruzar el Atlántico. La Italia del «*ressorgimento*» coincidía con la patria de Mayo; sólo sus voces precursoras podían, pues, resonar en ella. Dos, especialmente, fueron escuchadas. «¿Conque te ha gustado el Metastasio?» -30- -escribía fray Cayetano Rodríguez, en abril de 1814, al presbítero José Agustín Molina, de Tucumán-. «Le llamas divino: lo merece. Creo que merece iguales elogios que el Petrarca tan decantado de los italianos»⁴. Poeta de la corte vienesa durante medio siglo, *uccello di palazzo e non di bosco*, según su propia definición, Metastasio sedujo a los revolucionarios de América con

la musicalidad de sus ariette. El conde Alfieri, su violento contraste, compartió esa preferencia: Alfieri, traducido e imitado, monologa ásperamente contra los tiranos en nuestro propio suelo. Pero antes del arribo de ambos, el uno había soplado ya en el caramillo de Meléndez Valdés⁵ y el otro había arengado en las tragedias de Quintana...

La natural sujeción a los modelos hispanos origina en la poesía de la revolución y de la independencia americanas, en general, un sometimiento común a su jerarquía retórica. Los cantores rebeldes imitan la forma, el ritmo, el énfasis, la perífrasis, cuanto ofrece el muestrario peninsular, en México, en Quito, en Buenos Aires.

Los sucesos políticos de España que motivaron el sacudimiento colonial habían despertado en sus poetas la cuerda cívica; y el canto guerrero, la oda patriótica, dichos en la misma lengua, resonaron como propios en el lejano continente. La identidad del momento histórico determinó la fraternidad del canto. El cortesano Juan Bautista Arriaza, voluble y facundo como el viento, sirvió de ejemplo, con sus himnos populares, para la marcha callejera. Manuel José Quintana, inflamado de amor a la patria y a la civilización, -31- enseñó el ímpetu oratorio y la majestad sonora de la oda solemne. Jovellanos, Cienfuegos, Gallego, tuvieron férvidas admiraciones, reveladoras de un sentimiento solidario que separaba el rencor hacia la España opresora, de la adhesión a su destino nacional. Los deudores no ocultan su deuda: la exhiben. Juan Cruz Varela lleva su homenaje hasta la intercalación en sus cantos de versos de Cadalso y Cienfuegos y, también de éste, en su tragedia Dido, con la correspondiente confesión al pie.

El historiador español de la poesía hispano-americana, al juzgar la comunidad estética de la misma con la española, en esta época, y refiriéndose particularmente a Olmedo, «el Quintana americano», dijo que la escuela era clásica en las formas y moderna en el espíritu. «Clásica por la educación de los poetas, y a veces por reminiscencias de pormenor, pero con cierto género de clasicismo general y difuso, que, manteniendo la nobleza de estilo y dando con ello indicio de su alcurnia, dejaba, no obstante, al genio poético espaciarse fuera de la imitación deliberada de tal o cual clásico de la antigüedad greco-latina. Y como al propio tiempo eran ideas enteramente modernas, ideas del siglo XVIII, y en grado no corto revolucionarias, las que tales poetas profesaban, este género de pasión contemporánea ardorosamente sentida tenía que dar temple y nervio singular a sus canciones, haciendo de ellas un producto nuevo, una creación viva, de cuya eficacia social no hay que dudar, puesto que los hechos políticos dan de ella irrefragable testimonio»⁶.

El juicio engloba, naturalmente, a la poesía argentina. Pero ésta presenta, dentro del panorama continental, como pensamiento y acción, el carácter que un crítico americano destacará en acertados términos:

No es su valer de arte, nunca o rara vez superior, lo -32- que realza a la poesía argentina de esta primera hora... La condición superior de la poesía argentina de aquel tiempo está en que ninguna otra sostuvo, en América, un comentario lírico tan asiduo y constante de la acción revolucionaria, con sus encendimientos y desmayos, con sus triunfos y derrotas... Aquella poesía que hoy sentimos tan poco y consideramos tan artificial y fría, en su tiempo

fue verbo palpitante; fue sugestión eficaz. El propio clasicismo solemne de sus formas no era sólo un amaneramiento retórico, se relacionaba con las inspiraciones más íntimas del genio de la revolución americana, modelada, como la francesa, en la evocación de las sombras del civismo antiguo⁷.

-33-

- III -

De la independencia al caudillismo

La poesía revolucionaria amplió su cauce después del Congreso de Tucumán, reunido en 1816.

Como contagiado por la pereza aldeana y el clima subtropical, el calmoso Congreso, inaugurado el 24 de marzo, parecía desconocer el apremio del país. El nombramiento de Director Supremo, recaído en uno de sus miembros, Juan Martín de Pueyrredón, el 3 de mayo, avivó el ritmo de su obra. Y el martes 9 de julio, la aclamación unánime con que los diputados respondieron a la pregunta del secretario Paso («Si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España»), redimió a los congresales de su morosidad.

Al día siguiente se confirió el grado de brigadier al Director Supremo, y horas después emprendió Pueyrredón el camino a Córdoba, donde cinco días más tarde se entrevistó -34- con el general San Martín. La campaña andina quedó resuelta en aquella reunión trascendental, y el Director partió enseguida para Buenos Aires, adonde llegó en la tarde del 29 de julio, «entre vivas y aplausos no interrumpidos», que le acompañaron desde tres leguas antes de entrar en la ciudad.

La independencia, proclamada y jurada por el pueblo porteño en la plaza de la Victoria el 13 de setiembre, dio nuevo asunto a la inspiración popular, y la ciudad floreció en rimas anónimas que celebraban el acontecimiento y loaban, de consuno, al Director Supremo. Trascurridos cinco meses, el triunfo de Chacabuco producía otra germinación poética que perfumaba, asimismo, al brigadier Pueyrredón, «polemarca de la naciente Atenas», como se le llamara en la dedicatoria de una décima. Dos piezas de importancia elevaron sus tallos esbeltos sobre aquella flora menuda: las odas de Esteban de Luca y del coronel Rojas a la victoria andina, verdadero preludio de la sanmartiniana poética que comprendería a Maipo y Lima en su desarrollo integral⁸.

Además de esta florescencia lírica, el triunfo de Chacabuco determinó la inesperada del teatro, nunca más desamparado que entonces. Sin repertorio, sin actores, sin empresarios, la escena no prometía temporada buena ni mala para aquel año de 1817. Desde la histórica semana de Mayo, celebrada en un melodrama del actor Ambrosio Morante en 1812, todas las glorias de

la patria habían tenido resonancia teatral que Chacabuco no lograba. Extinguía el eco de los festejos cuando el ofrecimiento de una obra nueva -35- y la llegada simultánea de dos primeras figuras -Velarde, escapado de Montevideo, y Morante, venido de Chile- reanimaron el tablado local. Una compañía improvisada estrenó La jornada de Maratón, de Goult, traducida por el doctor Bernardo Vélez, quien, al ofrecerla al Directorio, destacó «las analogías de situaciones de Grecia y estas provincias y la igualdad con que aquélla y este estado se hicieron respetables a sus enemigos».

El entusiasmo patriótico apuntaló nuevamente al resquebrajado coliseo y la temporada continuó con estrenos significativos: Tartufo, El sí de las niñas, El Cid, traducido por el mismo Vélez. No dejó de advertir el director Pueyrredón, con espíritu previsor, que había allí una cátedra de cultura pública y de civismo indirecto, y aprovechó el momento para formar una Sociedad del buen gusto del teatro. Constituida por veintiocho miembros, entre los que figuraban poetas, autores y traductores dramáticos, y amantes y protectores del teatro local, diose su reglamento provisional y encargó a J. R. R. (Juan Ramón Rojas) la exposición de sus propósitos. El coronel poeta cumplió en prosa su cometido, pero con los dos registros de sus cantos: la execración del dominio español («los absurdos góticos de los Calderones, Montalvanes y Lope de Vega»), y la visión generosa del porvenir americano.

Divididos los miembros de la Sociedad en comisiones, se distribuyeron la tarea de revisar y seleccionar las obras archivadas, de estimular y juzgar la producción dramática, de promover el mejoramiento de cuanto se relacionara con los espectáculos: orquesta, decorados, asientos.

Organizada la compañía con nuevas figuras, se presentó al público la noche del 30 de agosto. Grande era la expectativa; fue extraordinaria la asistencia de todas las clases sociales, presidida por los gobernantes.

Números musicales y una alocución leída por el actor Ambrosio Morante hicieron marco a la novedad prometida: el drama trágico, de un autor nacional -36- anónimo, Cornelia Bororquia. Tuvo un éxito estruendoso, compartido por los primeros artistas, la Vasconcellos y Joaquín Ramírez. El ex sacerdote chileno Camilo Henríquez nos ha dejado el eco de la crítica inmediata. «La obra -leemos en El Censor adicto- se distingue por un terrible sublime; por esto y por la naturaleza de las escenas parece una producción de género británico. El colorido es tan sombrío como el de Crebillon, pero más gracioso. La terminación es un golpe maestro de teatro. El Tribunal de la Inquisición se presenta con todos sus horrores en la plenitud de sus sombras. El autor eligió una de las épocas de más terror de esa institución infernal. Cuando la víctima se halla en el último grado de opresión y de angustia (cuyo papel desempeñó divinamente la Vasconcellos); cuando la inocencia va a ser cubierta de infamia y entregada a las llamas... se oye en la morada del error y de la perversidad la voz santa de las leyes, e inunda los corazones de celestial alegría la intervención de la autoridad civil»⁹. El sentimiento patriótico de los espectadores buscaba imágenes de la lucha revolucionaria en todo, y halló en la pieza una, muy patética, de la opresión española. Pero el obispado protestó por su tinte irreligioso y solicitó la censura eclesiástica para las obras venideras, que el gobierno denegó sin crudeza;

los púlpitos clamaron por la peligrosa impiedad y El Censor defendió el drama, «saludable porque enseña el repudio a los tiranos». La inmediata reposición de Tartufo, asestó el golpe de gracia.

Una nueva obra local fue entregada a la Sociedad, poco después: La Camila o la patriota de Sud América, alegato contra la pena de muerte, del citado Henríquez. Pero la comisión de lectura resolvió no aceptarla y encendió el despecho del autor. Apenas nacida, la Sociedad del buen gusto fue acusada de no tenerlo; y como abrió demasiado -37- las ventanas para ventilar su escenario, a fin de no debilitar la taquilla, coláronse por ellas la frivolidad y, más o menos velada, la procacidad, mientras «el templo de Jano», que anunciara El Censor, cerraba sus puertas...

Dos años solamente vivió la Sociedad, pero el balance resultó, sin duda, favorable. La Jornada de Maratón, unida a los festejos de Chacabuco y Maipo, estimuló la literatura escénica, de la que fueron muestras estimables los dramas de Henríquez y las comedias de Santiago Wilde. El repertorio colonial fue reemplazado por numerosas obras inglesas, francesas, italianas, traducidas o adaptadas en la ciudad, además de las españolas pertenecientes a la nueva ortodoxia¹⁰, y el teatro quedó consagrado como el baluarte de la libertad.

Agitose nuevamente el parnasillo porteño con el triunfo de Maipo. López, de Luca, fray Cayetano, Lafinur, Juan Cruz Varela y, desde Tucumán, el presbítero Molina, participaron en el tácito certamen. San Martín, el «Aníbal de los Andes», fue transportado por las odas a un cielo de apoteosis. Ocho años después del movimiento de Mayo, la patria joven brillaba gloriosamente sobre las cumbres más altas, a lo ancho de las llanuras, de un océano a otro.

En el segundo aniversario de la declaración de la Independencia se inauguró con pompa el Colegio de la Unión del Sud, creado sobre la base del Carolino fundado por Vertiz, y eslabón de la universidad próxima. Con ese Colegio, surgido «en medio de las vastas y urgentes atenciones de la guerra», como decía el decreto de su fundación, el Director Supremo coronaba su obra de pacificador. La cultura pública recibió, asimismo, en esos años, de 1817 a 1819, la aportación francesa, que difundió su lengua e introdujo sus libros, con la llegada al país de numerosos espíritus cultivados, -38-, pertenecientes a la emigración bonapartista. Y el medio propicio afianzó en los salones privados la espiritualidad de los contertulios.

La vida de los salones porteños durante la Revolución y las guerras de la Independencia pertenece tanto a la historia social de Buenos Aires como a la historia épica y a la historia literaria del país. Evocada por algunos viajeros extranjeros de la época y en páginas de un Vicente Fidel López o de un Juan María Gutiérrez -que recogieron de la tradición familiar o del documento inédito los ecos todavía próximos- no ha surgido aún el Sainte-Beuve que la reconstruya dentro del cuadro secular.

La mujer tiene en aquellos salones que conservan un aroma colonial entre las ráfagas innovadoras, su eterno poder de sirena; pero identificada con las vicisitudes y los ideales comunes, lo transforma en arma generosa del arsenal patriótico. El clavecín alterna los compases del himno con el ritmo de las danzas. El gobernante madura resoluciones decisivas al rumor de los madrigales y el guerrero dedica su último minué a los riesgos del

día siguiente.

El nombre famoso de doña Mariquita Sánchez suena en nuestra historia como el de los héroes mayores: fue suspirado por los jóvenes de la Revolución, loado por los proscritos de la tiranía y rimado por los poetas del romanticismo rioplatense. Indisolublemente unido al salón suntuoso y a la recepción afable, es sinónimo de gracia, de inteligencia, de ánimo valeroso, de apoyo tutelar. Pero otros nombres de resonancia diversa lo acompañan en su extenso reinado, y basta, asimismo, pronunciarlos, para iluminar los interiores de la casa porteña, destinados a reunir las figuras más interesantes de aquellas décadas.

El hogar opulento de los Escalada, frecuentado por los últimos virreyes y el vizconde Beresford y sus oficiales doblemente cautivos, dio a San Martín el suyo. Guillermo Parish Robertson y Enrique M. Brackenridge que asistieron, -39- en 1817 y 1818, a tertulias y fiestas de aquella familia de mujeres hermosas y hombres esforzados, presidida por un anciano respetable, han dicho en sus respectivos libros de viajes los encantos de una hospitalidad ni presuntuosa ni vulgar. El primero advirtió en la esplendidez del ambiente cierta depresión que dominaba a la familia, más visible en el aislamiento votivo de Remedios, la joven esposa del general que entonces cruzaba los Andes; el segundo halló el júbilo que siguiera a la expectación angustiada, al encontrarse con el vencedor de Chacabuco bajo el techo de su padre político.

Los mismos cronistas evocan otros salones, centros de cultura y cortesía: el de la señora de Riglos, por ejemplo, donde la distinción del grupo familiar, caracterizada individualmente en cada uno de sus miembros, creaba una atmósfera social que sorprendía a los europeos más exigentes. El norteamericano Brackenridge anota en su obra citada que la mujer porteña era mucho menos afecta a la literatura que sus compatriotas, salvo las de Nueva Orleans; pero en casa del doctor Félix Ignacio Frías sorprendió a su hermana leyendo una traducción de Pamela, y por ella supo que las novelas de Richardson gozaban de la simpatía femenina en Buenos Aires. Los Parish Robertson, en cambio, llaman a doña Melchora Sarratea, bella hermana de don Manuel, «la madame Staël de la ciudad», y destacan la casa de los hermanos -conversadores amenísimos- como un modelo de refinado gusto: a perfect bijou of its kind...¹¹

Juan María Gutiérrez ha revelado, en su biografía del soldado poeta Juan Ramón Rojas, a una dama de la época del directorio: Joaquina Izquierdo. «Dotada de talento dramático y de una voz seductora, recitaba admirablemente los versos, en especial aquellos que celebraban los triunfos de nuestras armas. La sala de su casa paterna era, naturalmente, concurrida por los autores de esos mismos versos, cuyo -40- amor propio se gozaba en oír repetir por aquellos labios jóvenes y graciosos, las odas y los cantos que en la víspera, tal vez, habíanles inspirado el patriotismo y la victoria. Los versos declamados por la señorita Izquierdo, según el testimonio de los mismos interesados, se transformaban, sonaban con mayor energía, al pasar por los labios de aquella criatura inspirada...». El homenaje lírico a la intérprete ha sido salvado también por el afanoso exhumador. Juan Cruz Varela, Esteban de Luca y Juan Ramón Rojas tejen su «corona poética», según la expresión de Gutiérrez; los tres se admiran de que la canción heroica vuele de labios

creados para el idilio.

Del salón de la familia de Luca trata el historiador López con el arte de Macaulay: «Unas veces los concurrentes, damas y caballeros, formaban grupo en torno de don Tomás de Luca, eximio lector, para oír lo que decía el último folleto de Mr. de Prat en favor de la América contra la España y la Santa Alianza; otras, eran Benjamín Constant o Bentham, en pro de la libertad y del sistema representativo. Mr. Bonpland, con su frac azul, su blanco corbatón su chaleco amarillo, después de haber acomodado su paraguas en un rincón, muchas veces al lado de la espada de San Martín, entraba con su aire de angelical bondad, y era rodeado al momento como el festejado iniciador de las bellezas de nuestra historia natural. Cada noche encantaba a sus oyentes, hablándoles de alguna yerba nueva, de alguna planta utilizable o preciosa que había descubierto en las exploraciones de la mañana; y a la amenísima lección seguía otras veces una conferencia de física recreativa, con experimentos y prestidigitación que otro sabio, Mr. Lozier, acordaba por amable condescendencia a los ruegos que allí se le hacían...»¹².

-41-

La presencia de mujeres bellas y cultas reclamaba la poesía, nunca ausente, por otra parte, pues de la casa eran el poeta ingeniero Esteban de Luca, forjador en verso y en metales de armas igualmente nobles para la patria, y el bien dotado declamador Miguel Darragueira y Luca, dueño de la voz y el gesto necesarios para imitar a los actores célebres en la recitación de escenas dramáticas o traducir el brío solemne de los endecasílabos épicos que inspiraba San Martín. Solía rasgarse aquella nube heroica con la entrada de un ventarrón callejero que soltaba las risas: José Taraz, un personaje histriónico y malicioso, recitador procaz gacetillero agudo, mediante propina; un raté de Diderot que fray Cayetano convirtió en bufón de su celda...

El 25 de mayo de 1819 fue jurada la nueva Constitución de las Provincias Unidas en Sud América, que había de desencadenar la anarquía latente dentro de un orden nunca arraigado. Días después renunciaba el director Pueyrredón. Y al cumplirse la primera década de la patria, el caudillismo y la demagogia oscurecían sus horizontes.

-[42]- -43-

- IV -

El trienio rivadaviano

El Argos de Buenos Aires, aparecido el 12 de mayo de 1821, reflejó la desunión del país en su primer artículo: «Las provincias unidas del Río de la Plata, o unidas en Sud América, que así se denominaban las de este territorio hasta el once de febrero de mil ochocientos veinte, permanecen las unas respecto de las otras, después de quince meses, en el estado a que fueron precipitadas con la disolución del sistema, o del gobierno

central». Pero el articulista anónimo destacaba el contraste de Buenos Aires: «Constituida sólidamente una autoridad sobre las ruinas de doce revoluciones, en poco menos de un año; de veinte gobiernos durante el mismo periodo; de seis invasiones sangrientas y desoladoras; ha logrado subsistir sin alteración alguna el largo espacio de siete meses, volver a dar aliento al agonizante espíritu público y avivar también el interés -44- de la provincia por un nuevo orden de cosas». Había aún muchos males que remediar, y el periódico prometía trabajar en ese sentido. Mientras tanto, tenía la «satisfacción» de anunciar, en el mismo número, el feliz arribo al país de don Bernardino Rivadavia...

¡Rivadavia! Volvía de Europa, después de seis años de ausencia. Gestor del reconocimiento de la independencia argentina ante las cortes de Inglaterra, Francia y España de la que se le obligó a salir en plazo perentorio, había alternado con eminentes estadistas, filósofos, poetas, hombres de ciencia y de mundo, y frecuentado los salones en boga de París. Hablaba del glorioso marqués de Lafayette con gratitud personal hacia su introductor en las esferas oficiales, y del anciano filósofo Bentham con el fervor de un discípulo que había conquistado su amistad y compartido la mesa del hurra maestro, y de M. Destutt de Tracy, ideólogo riguroso y danzarín apasionado, con recuerdo entusiasta, y de Lord Byron, «un inglés mal criado», con saña oculta de visitante ofendido; y brotaban de sus labios golosos algunos nombres femeninos -¡ninguno tan confitado como el de Mme. de Recamier!- que parecían duplicar las luces en los «recibos» de la familia de Luca...

«Si antes había sido uno de los hombres más notables del país -nos dice de don Bernardino el historiador López- en 1821 fue recibido como el primero entre ellos. Su persona se hizo tan contagiosa que gran porción de los hechizados hizo suyos sus enfáticos modales»¹³. Tuvo también de su parte a las mujeres. La fealdad acicalada, el empaque majestuoso, trasuntaban dominio, confianza en sí mismo; la inteligencia y la dignidad se sobreponían al figurón caricaturable. A poco de su regreso al país, Rivadavia fue incorporado al gobierno del general don Martín Rodríguez como primer ministro, «por voto público».

-45-

El panegirista de El Argos se había referido al reciente aniversario de Mayo con vanidad patriótica que contrastaba las tinieblas coloniales el fiat revolucionario: «Ayer hicieron (sic) once años que Buenos Aires se propuso levantar el imperio de la sabiduría sobre las ruinas de la ignorancia española». Faro de ese imperio fue la Universidad, cuya aparatosa inauguración celebrase el 12 de agosto en el templo de San Ignacio. Con ella se inauguraba simbólicamente la época luminosa que lleva en la historia argentina el nombre de su artífice. La presencia del gobernador y de sus ministros, del cuerpo diplomático y de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares; el pintoresco desfile de capirotes y bonetes doctorales, precedido por un guion con escudo de plata y maceros de capa granate; la solemne ceremonia del juramento prestado por el rector y los doctos, y el discurso final del señor Rivadavia, causaron honda impresión, y El Argos pudo escribir en su crónica: «jamás un establecimiento ni una función pública ha tenido un séquito tan interesante y numeroso; el pueblo se hallaba verdaderamente encantado de

alegría, y ha dado a conocer hasta qué grado es entusiasta por las letras».

Bajo aquel manto, ¡qué magra desnudez! La copiosa correspondencia del ministro con sus agentes europeos durante los tres años de su acción intensa y múltiple, demuestra cuán desvalido estaba el país de toda clase de elementos y, de consuno, la absoluta desvinculación con su antigua metrópoli. A los banqueros londinenses Hullet Hnos. y Cía., les solicita máquinas para la construcción del puerto y técnicos para emplearlas; resmas de papel de oficio y cornetas para los regimientos y el personal de correos; la acuñación de monedas de cobre, de plata y de oro y la suscripción a periódicos de Londres, París y Madrid; sanguijuelas e instrumentos de cirugía para los hospitales, y profesores y libros para la Universidad; tipógrafos españoles y caballos y carneros de Inglaterra y de Holanda; instrumentos de ingeniería -46- y familias industriales, especialmente del norte de Europa, dispuestas a radicarse en nuestro suelo. Encarga a los señores Lauffet y Baillot, de París, la adquisición de un laboratorio químico, bajo la dirección del catedrático universitario M. Thenard, y de una sala de física experimental, de acuerdo con las instrucciones de los astrónomos Aracro y Biot. Escribe a Baillot y Cía. pidiéndoles que recaben de un artista la fabricación de algunos ornamentos arquitectónicos para la Catedral, pues se propone terminarla tomando de modelo el templo de la Madeleine...

Junto a la indigencia material, resplandece el espíritu. Todo anuncia un pensamiento central y una aspiración armónica: el fomento de la enseñanza común, secundaria y superior; la supresión de los derechos aduaneros para el libro y la derogación de las disposiciones que limitaban su entrada del extranjero; la libertad de prensa; la creación de academias y asociaciones literarias y científicas; la reglamentación del servicio de la Biblioteca pública. Un viajero inglés hace el elogio de ésta: «Al principio constaba, aproximadamente, de 12000 volúmenes; pero ha sido enriquecida bajo una organización encomiable. Por publicaciones estadísticas se sabe que desde el 21 de marzo hasta el 31 de diciembre de 1822, fue visitada por 2960 personas, de las que 369 eran extranjeras»¹⁴. La prensa local de aquellos días da noticias de donaciones de libros que llegaban de algunos países de América. Una importante de treinta siete volúmenes para bibliófilos, fue la del argentino José Antonio Miralla, ausente del Plata desde antes de la Revolución. «Sé que durante mi ausencia se ha formado una Biblioteca, que ya merece la atención del extranjero», decía en su carta al canónigo don Luis Chorroarín, ex director de ella y ex rector del Colegio Carolino, donde había estudiado el donante. -47- «Por una casualidad -explicaba en la misma- he podido conseguir los volúmenes de clásicos del Bodoni de la adjunta lista, muchos de los cuales son ya muy raros, en la misma Europa, por el corto número de ejemplares en que fueron impresos»¹⁵. La carta estaba datada en La Habana el 27 de julio de 1822. Al año siguiente, expulsado de Cuba, realizaría Miralla su famosa traducción de la Elegy de Gray, en Nueva York, donde unido a los revolucionarios cubanos trabajaba fervorosamente por la independencia de la isla.

Terminaba el año de 1821 cuando dos amigos del ministro e intérpretes de su pensamiento, el doctor Julián D. de Agüero y don Ignacio Núñez, se dirigieron a destacadas personas «para convenir en los mejores medios de

fomentar la ilustración del país». Así nació la «Sociedad literaria de Buenos Aires», institución semioficial, compuesta de doce miembros o «socios de número», que se proponía buscar «todos los medios, así en su seno como en los hombres ilustrados de afuera, de esparcir los conocimientos», y propender «a los progresos de las ciencias, la literatura y las artes». La Sociedad fundó, de acuerdo con lo establecido en sus bases, dos periódicos importantes: El Argos de Buenos Aires, bisemanario noticioso, y La Abeja Argentina, «en forma de folleto», periódico mensual «dedicado a objetos, políticos, científicos y de industria», ambos redactados por los socios de número. El Argos, continuación del periódico del mismo título aparecido el 12 de mayo y suspendido el 24 de noviembre del año anterior, reapareció el 10 de enero. Cambió la imprenta de la Independencia por la de los Expósitos, pero se mantuvo en 4.º mayor a dos anchas columnas. La Abeja Argentina, repetidamente anunciada por su hermano mayor, apareció el 15 de abril. Uno y otra cumplieron sus propósitos con asiduidad y cultura. El noticioso, «canal verdadero de comunicaciones y noticias», informó -48- a sus lectores de cuanto atañía a la vida porteña, además de proporcionarles extractos del periodismo extranjero sobre hechos de interés universal. La revista -lo era en forma y espíritu- aprovechó las especialidades o aficiones de sus redactores: historia, política, higiene, economía, telégrafos, meteorología, derecho, estatutos bancarios, etc., además de las aportaciones de otros institutos. La Abeja libaba en todos los huertos.

Al cumplirse el primer aniversario de la Sociedad Literaria, el secretario Núñez pudo referirse, en acto público, a la obra civilizadora que aquella había realizado, equidistante de las pasiones partidarias y en un medio todavía borrascoso. Señaló el influjo de la entidad sobre otras asociaciones surgidas de su ejemplo: La Academia de Medicina, la Sociedad de Ciencias Físicas Matemáticas, las de Jurisprudencia y de Música, patrocinadas por el gobierno, en la ciudad; y en provincias, la Sociedad de Agricultura, de Entre Ríos; la de Educación y Literatura, denominada Lancaster, en Mendoza, y otra semejante, en San Juan. Hasta en Chile y Perú había germinado la semilla porteña con instituciones análogas. En 1823 comenzó el decaimiento de la Sociedad; a mediados del mismo año desapareció la Abeja. Dos iniciativas ministeriales confiadas a la entidad quedaron sin realizarse: una escuela destinada a formar actores y la compilación de los cantos patrióticos publicados desde la Revolución; pero esta última tuvo su ejecutor anónimo en la Lira Argentina, impresa en París, en 1824. La poesía fue, sin embargo, ornamento del trienio rivadaviano, y el parnasillo seudoclásico mereció su tutela. Así, por ejemplo, al conocerse en Buenos Aires la entrada de San Martín en Lima, el ministro Rivadavia dirigió una nota al sargento mayor de artillería don Esteban de Luca invitándolo a cantar «la destrucción del coloso español en América y la libertad del Perú». Quince días después aceptaba por decreto el extenso canto y premiaba -49- al autor con «una de las mejores ediciones de las poesías de Homero, de Osian, de Virgilio, del Tasso y de Voltaire». ¿Dónde hallarlas? Partió enseguida la orden ministerial a Hullet Hnos. y Cía. para la adquisición de los ejemplares de Homero y de Osian, en traducción italiana, y de los otros en sus lenguas originales,

que el librero parisiense M. Renouard debería entregar esmeradamente encuadernados y con la dedicatoria del gobierno grabada en las tapas. El parnaso trilingüe del que se excluía oficialmente la literatura y aun la lengua de España, llegó al año siguiente. La elección de los traductores debió de ser cosa eventual de los libreros: la Odissea, en la versión del abate Francesco Soave, aparecida en 1805, fue preferida a la Ilíada de Monti, para el poema céltico era inexcusable la vestidura de Cesarotti. Los días épicos en que se desarrolló la existencia de Esteban de Luca alteraron el curso plácido que parecía corresponder a su temperamento. Amaba la vida pacífica, y trabajó para la guerra. Lo seducían las canciones de Metastasio, y tradujo el Filippo de Alfieri. El madrigal y la égloga eran las formas naturales de su canto, y le tocó iniciar la poesía revolucionaria y dio a la oda heroica sus mayores alientos. De ese modo, la consagración al oficio inesperado tuvo en él significación de doble holocausto, pues cantó el triunfo de las armas que había forjado. Pero la visión de paz no lo abandona. En su Canto lírico a la libertad de Lima descende de las nubes flamígeras a los caminos del trabajo para predecir, como fruto de la guerra, el comercio libre de América con el mundo; y replegada esa visión al suelo nativo en su siguiente Oda al pueblo de Buenos Aires (1822), celebra su fecunda pacificación después de las luchas por la libertad y las discordias anárquicas, previene acerca de las tentaciones de la vida urbana, exalta los beneficios del trabajo rural, describe la llanura inmensa donde pacen el caballo, indómito aún, y la oveja que espera -50- su pastor, y el buey que arrastrará el arado; prevé la transformación de los campos, «del espinoso cardo sólo llenos», vaticina la inmigración de pueblos lejanos y el intercambio comercial con Europa. No habrá tirano que estorbe esa dicha, y el poeta conciliador se dirige a España para que cese en su afán esclavizador, reconozca la libertad «de Colombia inocente» y acepte la paz que le ofrecemos. Así, españoles y americanos

con fervor sacro y en un mismo idioma
la libertad del mundo cantaremos.

Esa geórgica del discípulo de Vulcano muestra su verdadero espíritu. Aun para invitar a Bartolomé Hidalgo a que uniese su voz en celebración de la libertad de Lima, ¿no lo hizo llamándolo con nombre de árcade y en versos anacreónticos? Hidalgo escuchó el reclamo y escribió su último cielito:

Descolgaré mi changango
para cantar sin reveses
el triunfo de los patriotas
en la ciudad de los Reyes.

Único eslabón visible entre la poesía campesina y la ciudadana, o entre la inspiración popular y la de fuentes cultas -pues el criollista montevideano era también hombre de ciudad y de arte mayor-, la obra gauchesca de Hidalgo pertenece a la iniciación del género. Compuso desde 1812 «cielitos patrióticos», y en 1821 creó el primero de sus tres «diálogos». El cielito -cantar y danza de la campaña- le permitió comentar con festivo desenfado de ambiente rural lo que sus amigos de Luca y Varela velan desde la cima del Pindo. En los «diálogos», también camperos, aunque el paisaje -51- circundante no asoma en un solo rasgo que caracterice el «pago», tienen la palabra dos personajes típicos; y la charla vivaz y sabrosa se enhebra con un cumplimiento para el caballo en que llega el visitante («el redomón azulejo», «el zaino parejero», «el ruano gordazo») y pasa luego al comentario mordaz de los sucesos de la patria o a la evocación de las fiestas mayas de Buenos Aires en 1822.

Poeta áulico del trienio fue Juan Cruz Varela, primer oficial en la secretaría de gobierno desde meses antes de ser ministro Rivadavia, y vocero de éste en El Centinela. Una amistad que la desventura pondrá a prueba sin destemplanarla, anudose entre el ministro y el poeta burócrata; una admiración efectiva la elevó siempre con reciprocidad generosa. El político civilizador crea, organiza, transforma; el periodista amplifica su obra en prosa y verso. El Registro Oficial desborda de considerandos espumosos como la guarnición de encaje de la camisola ministerial, y El Centinela les pone marco de laureles y la oda pindárica los incorpora a la antología del progreso administrativo. Buenos Aires resplandece en actos de cultura, en instituciones que la honran, en obras que la redimen, y el poeta celebra la ciudad natal en su presente grandeza (En honor de Buenos Aires), en sus mujeres (Al bello sexo de Buenos Aires), en sus afortunados estudiantes (A la juventud estudiosa), en sus espíritus filarmónicos (La corona de Mayo), en su libertad de prensa (Sobre la invención y libertad de la imprenta), en sus obras hidráulicas (Profecía de la grandeza de Buenos Aires), todo ello como prueba de lo que logra el genio de un estadista patriota. Aun el frustrado convenio de 1823 para el restablecimiento de las relaciones con España, firmado entre el gobierno y los comisionados de aquélla, le arranca una silva A la paz que lleva de epígrafe y que intercala en su cuerpo cuatro versos de la oda del mismo título de Quintana. Los dos endecasílabos finales quedaron como una promesa sine die:

-52-

La madre Patria mirará gozosa
una sola familia americana.

Anheloso de contribuir al esplendor de aquellos días áureos, «época en que todo marcha en nuestro país hacia la perfección», tentó Varela una nueva empresa poética; tuvo -son también sus palabras- «la audacia de aspirar a mayor sublimidad». Pidió a Virgilio su reina enamorada, a Racine su molde escénico y ofreció al ministro Rivadavia su primer ensayo en la tragedia». El ministro iluminó el salón de su casa para que el flamante trágico leyera los tres actos de Dido a un pequeño auditorio formado de grandes. Y aquella noche de invierno de 1823 pasó a la historia con este comentario del periódico informativo de la Sociedad Literaria: «Es ciertamente por primera vez que hemos visto en nuestra patria un cuadro que no puede menos de excitar fuertemente la emulación y el deseo de obtener en cualquier género la admiración y el aprecio que se atribula al mérito». Los tres actos de Dido concentran el asunto virgiliano en su desenlace: la partida de Encas y el suicidio de la protagonista, no al ver partir las naves del troyano, sino ante éste y en un salón del palacio. Con ello, el autor sacrifica la acción a las unidades mal llamadas aristotélicas y debe valerse del relato para iluminar lo que no muestra. Pero el endecasílabo asonantado que da voz a los personajes no tiene par, como verso elocución, en la poesía local de su tiempo. «Bellísima elegía, más bien que tragedia», la llamó, en sus propios días, el crítico anónimo de El Centinela; y a continuación instó al poeta a escoger, «cuanto antes, para segunda pieza, un argumento más dramático y nacional, si se puede, o al menos alguno que aluda a nuestra situación y aspiraciones». Este objetivo ya había sido intentado por Manuel Belgrano, sobrino del general homónimo, en su tragedia Molina, inspirada en una leyenda incaica y también dedicada al -53- ministro protector de las letras. El folleto que la contenía apareció muy poco antes de la lectura de Varela; pero no obtuvo resonancia alguna ni en los salones ni en la prensa. «Tenemos ya dos tragedias originales», anunció a fines de aquel año el Teatro de la Opinión. Y esa alusión compartida en el mismo párrafo donde se anunciaba una tercera que preparaba «el autor de la Dido», fue acaso el más expresivo reconocimiento de su existencia.

-[54]- -55-

- V -

Del Támesis al Plata

Londres fue desde fines del siglo XVIII la antecámara europea de la revolución libertadora de América del Sur. En Londres fundó su precursor, el venezolano Francisco Miranda, la logia que vincularía a los futuros paladines de las luchas emancipadoras. San Martín y sus jóvenes: compatriotas Alvear y Zapiola entraron en ella poco antes de embarcarse juntos en el Támesis para el Plata. Ya pertenecían a la Gran Reunión

Americana los dos secretarios de Mariano Moreno -su hermano Manuel y Tomás Guido- llegados a la capital británica después de sepultar en la travesía al comisionado que el gobierno revolucionario de Buenos Aires enviaba a Londres.

Una coincidencia no menos afortunada reservarla a Londres el privilegio de alentar la empresa libertadora y luego el de completarla esparciendo los bienes de la civilización -56- moderna mediante el libro y la prensa de lengua española. ¡Extraño y casi providencial destino! Centro de la libertad política de Europa, refugio universal abierto a todas las proscipciones, en el que España albergaría hijos ilustres, la gran ciudad irradió hacia los jóvenes países del nuevo continente la luz que permitía encender en su propio seno.

Al promediar el mes de junio de 1810 salieron de La Guaira para Londres el coronel Simón Bolívar y los señores Luis López Méndez y Andrés Bello, comisionados de la Junta Revolucionaria de Caracas cerca de S. M. B. El último había de permanecer casi veinte años en aquella capital, detenido indefinidamente por las vicisitudes de su país y de su propia subsistencia. En 1815 se dirigió al director supremo, de las Provincias Unidas del Río de la Plata solicitando auxilio para trasladarse a Buenos Aires y poner a su servicio sus dotes intelectuales. El ministro de Relaciones Exteriores, don Gregorio García de Tagle, contestó la comunicación, al día siguiente de recibida, ofreciéndole la más franca hospitalidad, mientras enviaba órdenes al representante argentino don Manuel de Sarratea para que proporcionase al viajero cuanto le exigiese su traslación. Por diversas circunstancias viose obligado Bello a desistir del viaje, y continuó en Londres, donde la amistad de un desterrado español le dio entonces generoso apoyo.

Era este personaje un sevillano de ascendencia irlandesa llamado José María Blanco White. Ex sacerdote, ex canónico magistral de Cádiz y Sevilla, amigo de Quintana, redactor con Alberto Lista y Juan Nicasio Gallego del Semanario Patriótico, durante la invasión francesa, y escritor bilingüe como su apellido por él duplicado, había renunciado a su religión y a su país y residía en Londres, convertido al protestantismo. De 1810 a 1814 había dirigido un periódico, El Español, defensor de los derechos de América a sacudir el yugo metropolitano e impugnador del régimen político de su tierra nativa. El Español fue tribuna europea -57- de los movimientos emancipadores de Caracas y Buenos Aires. La Gaceta porteña dio ecos a su voz. En 1812, el secretario de negocios extranjeros del Triunvirato, don Bernardino Rivadavia, se dirigió por nota a Blanco White para expresarle el reconocimiento del gobierno por su «defensa de los derechos de América».

Conocedor de la gran ciudad y vinculado a diversos centros intelectuales, Blanco White orientó a Bello en trances angustiosos. Admiraba la capacidad y las cualidades morales del escritor venezolano y le vio completar su educación humanista a través de contratiempos y privaciones, e investigar provechosamente en archivos y bibliotecas. En abril de 1823 don Andrés Bello y su amigo el neogranadino don Juan García del Río fundaron la Biblioteca Americana, revista de letras y artes, ciencias, historia y moral, destinada, naturalmente, a las repúblicas de lengua española. El primero entregó a sus páginas valiosos artículos literarios y científicos,

además de su famoso canto Alocución a la poesía, y en colaboración con su compañero las Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América. Poco antes, en enero, había aparecido otra publicación titulada Variedades o Mensajero de Londres, redactada por Blanco White y también dirigida a los hispanoamericanos, cuya total independencia de España sostenía. La idea de esa publicación trimestral era del impresor y editor Rodolfo Ackermann.

Otro personaje singular. Nacido en Sajonia, había comenzado por ser carrocer y guarnicionero, como su padre, oficio que desempeñó en varias ciudades de Alemania y en Bruselas, París y Londres, hasta los treinta años. Radicado en esta última, se asoció con un compatriota que publicaba un periódico ilustrado, en cuyas páginas insertó una serie de diseños iluminados que representaban carruajes de su invención. Abandonó enseguida arneses y coches para dedicarse al comercio, y llegó a fundar un importante establecimiento -58- de objetos de arte bajo el nombre de Repository of Arts. Era Ackermann hombre ingenioso y emprendedor, y no limitaba sus actividades. Patentó un método para impermeabilizar papeles y telas y tuvo en Chelsea una fábrica donde lo aplicaba; patentó unos ejes móviles que evitaban el vuelco de los carruajes y fue uno de los propulsores de la iluminación y la calefacción a gas en la isla. Atraído asimismo por el arte tipográfico, se hizo impresor y editor. Una de sus publicaciones ilustradas, Repository of Arts, Literature and Fashion, alcanzó extensa difusión durante años. Amaba los viajes, y editó muchos volúmenes con grabados: The Microcosm of London, Westminster Abbey, The Rine, los cuarenta y tres tomitos de The World in Miniature. En 1818, durante una visita a su Alemania natal, había aprendido con Aloys Senefelder, inventor de la litografía, los procedimientos de ese arte, que aplicó a su imprenta londinense. Un año después imprimía un volumen con seis láminas en colores titulado Letters from Buenos Ayres and Chili, atribuido al autor de Letters from Para guay (1805), o sea John Constance Davies; y al año siguiente el hoy celeberrimo álbum con las veinticuatro acuarelas de E. E. Vidal, Picturesque Illustrations of Buenos Ayres, and Montevideo.

Como si estas últimas publicaciones hubiesen revelado el lejano mundo al industrioso editor, Rodolfo Ackermann tuvo algo después la iniciativa de proveer a los nuevos países de habla española del repertorio didáctico de que carecían para inculcar conocimientos elementales. Envió a México a su hijo mayor como agente comercial de su casa impresora, y concibió, como órgano difusor de la empresa instructiva, la fundación de un periódico. Un hombre había en Londres que podía escribirlo y dirigirse a lectores ávidos esparcidos entre México y el Plata; ese amigo de América era Blanco White, y la nueva revista, titulada Variedades o Mensajero -59- de Londres, cruzó los mares con el espíritu de Minerva y las aletas de Mercurio.

El restablecimiento del poder absoluto de Fernando VII en octubre de 1823 provocó en España otra emigración política. Uno de los proscritos que llegó a Londres fue José Joaquín de Mora. Nacido en Cádiz el 10 de enero de 1783, educado en la Universidad de Granada, en cuyas aulas había sido catedrático a los veintitrés años; soldado ascendido a alférez en la guerra de la independencia y prisionero llevado a Francia, donde contrajo matrimonio, había vuelto a España en 1814. Recibióse entonces de abogado

en Madrid y fundó un periódico en el que, unido a Antonio Alcalá Galiano, abrió polémica ruidosa con el erudito hamburgués. residente en Cádiz, Nicolás Böhl de Faber, defensor ardiente del teatro calderoniano... ¡que impugnaban en nombre del clasicismo francés los redactores andaluces de la Crónica Científica y Literaria! Asimismo, las preferencias estéticas de Mora en materia teatral le habían inducido a traducir Ninus II de Charles Brifaut (1781-1857), tragedia asiria que fuera española de tiempos de don Sancho, rey de Castilla y de León, hasta que la invasión napoleónica obligó al autor -como lo confesaría en el prefacio- a refugiarse con sus personajes en la remotísima Ecbatana. Por idéntica simpatía, imitó en su pieza La aparición y el marido una comedia póstuma de Destouches, Le tambour nocturne, que era, a su vez, adaptación del Drummer de Addison. Redactor de nuevos periódicos y traductor de otras obras de género y estilo muy diversos, versificador festivo y político ondulante, José Joaquín de Mora llevó a Londres su pluma ágil y aguzada. Blanco White se la propuso a Ackermann y éste la incorporó a su equipo iluminador. El 1.º de julio de 1824 el Mensajero de Londres juzgaba con encomio una «colección de composiciones en prosa y verso, originales o traducidas», del nuevo integrante de la colonia de publicistas de lengua castellana: era la primera de una -60- serie que el editor se proponía lanzar a mitad de año, como anuario de literatura recreativa, bajo un título tierno: No me olvides. En 1825, Mora fue encargado de la redacción del Museo Universal de Ciencias y Artes, otro periódico que se agregaba a la constelación del Repository. América estaba de parabienes. «Obra más útil que el Museo Universal -anunció su hermano mayor El Mensajero- sería difícil de concebir para algunos pueblos separados de la parte más adelantada del mundo que, habiendo vegetado por siglos en el pupilaje más opresivo, y bajo la férula del gobierno más ciego de Europa, empiezan a gozar de una especie de edad viril, retardada hasta ahora por la opresión de sus tutores». Y aun agregó que ambas publicaciones se complementarían, pues la dedicación exclusiva de la reciente a comunicar lo principal de cuanto sobre ciencias y artes aparecía en la «capital del mundo», llenaría el hueco de la anterior, consagrada casi únicamente a la literatura, «que es el medio más eficaz de refinar el gusto intelectual y, por su medio, el gusto moral de los pueblos».

También apareció en 1825 el Repertorio Americano, publicación científico-literaria igualmente destinada a la ilustración de las jóvenes repúblicas en que don Andrés Bello, otra vez acompañado por García del Río, reanudó su compleja labor de la Biblioteca Americana que sólo había alcanzado hasta la primera entrega del segundo volumen. En sus páginas trimestrales, Bello se ocupó elogiosamente de José Joaquín de Mora como traductor de Walter Scott, como autor de los Cuadros de la historia de los árabes desde Mahoma hasta la conquista de Granada y como adaptador de una colección de Meditaciones poéticas. Aproximáronse así en la «capital del mundo» quienes habían de reunirse y rivalizar en una lejana ciudad del Pacífico austral.

El 1.º de octubre de 1825 se publicó por última vez el Mensajero de Londres y el 1.º de enero del año siguiente apareció su inmediato sucesor, el Correo literario y político -61- de Londres, que el editor alemán entregó a las manos nada ociosas de su colaborador gaditano. Empeñado

aquél en acrecentar su obra pedagógica en América, ideó además una serie de manuales, en forma de catecismos, para la divulgación de los más diversos conocimientos: química, moral, historia, agricultura... Los autores eran personas de notoria competencia; Mora compuso los de geografía, gramática castellana y gramática latina. Otra obrita había compuesto, escudado en el anónimo de un epistolario femenino y con vistas al mercado espiritual de Ackermann, que fue el primer paso del autor hacia Buenos Aires: las Cartas sobre la educación del bello sexo por una señora americana.

«No puedo encarecerte debidamente el interés que excita en toda Europa la suerte de las nuevas repúblicas americanas» -escribía, después de recorrerla, en su primera carta, la supuesta señora a su hermana-. Y agregaba a continuación: «Todos los ojos se vuelven hacia América; todas las esperanzas de los filántropos sobre la mejora de la especie humana, estriban en los hermosos países en que hemos recibido el ser». Y en la carta tercera, a propósito de las lenguas francesa e inglesa y sus respectivas literaturas y el influjo de la primera en la española, copiábase «lo que dice sobre este asunto uno de los mejores escritores que ha producido España, y el que con más acierto y calor que ninguno otro de Europa ha defendido la causa de la independencia americana, desde los primeros vislumbres de su aurora», o sea Blanco White, en un número del Mensajero que se citaba al pie sin olvidar al editor ni su dirección londinense: 101, Strand.

Mora anunció en su Museo Universal la aparición de esas cartas, presentándolas como sugeridas por la creación de la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires, obra de un «ilustrado y benemérito» estadista. Debía de conocer la existencia de aquella institución probablemente por su propio creador, pues don Bernardino Rivadavia se hallaba entonces -62- en Londres. Interesado en las publicaciones didácticas de Ackermann, que pensaba difundir en su país, así como en la impresión de una obra del secretario de la legación argentina, su ex colaborador Ignacio Núñez, que apareció efectivamente aquel año de 1825 impresa en español y en inglés por separado¹⁶, el gran ministro de un trienio brillante frecuentaba el local del Repository of Arts. Ocupábase también en reunir instrumental científico para los laboratorios de Buenos Aires y deseaba contratar profesores e intelectuales en Londres y en París para incorporarlos a la vida argentina. Entre ellos, algunos españoles residentes en esas capitales y dispuestos a trasladarse a América tropezaban con la prohibición de entrada que varios países oponían a su nacionalidad. Rivadavia conoció a José Joaquín de Mora y conquistó para la prensa del suyo la pluma que servía a Rodolfo Ackermann.

El 1.º de octubre de 1826 (ocho meses antes había sido elegido presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata don Bernardino Rivadavia), Mora se despidió de sus lectores en el Correo Literario y Científico de Londres. «El llamamiento honroso de un eminente hombre público -63- -escribió allí- lo separa de Europa y lo lleva a las orillas del Río de la Plata... El objeto de sus más ardientes deseos es la felicidad de aquellas naciones, la perpetuidad de su independencia, el triunfo de los principios republicanos sobre la tiranía, el fanatismo, la traición y la ignorancia».

Llegó a Buenos Aires a principios de 1827. En esos días Bello proyectaba nuevamente dejar Inglaterra y repetir su solicitud al gobierno argentino. Enterado de ese propósito, el plenipotenciario chileno don Mariano de Egaña obtuvo de su gobierno la invitación correspondiente. El humanista venezolano desembarcó en Valparaíso a fines de junio de 1829. El escritor andaluz se había alejado ya del Plata en 1828 para radicarse en el país trasandino. Reuniéronse así en Santiago de Chile quienes hubieran podido rivalizar en Buenos Aires después de haberse reverenciado en Londres.

- VI -

Culminación y término del Neoclasicismo

José Joaquín de Mora, su mujer Mme. Fanny Delauneux y sus hijos se incorporaron a la sociedad porteña poco antes que otro intelectual contratado y su esposa: el napolitano Pedro de Angelis, de cuarenta y tres años de edad, militar de escuela en su juventud, luego profesor de los hijos de Joaquín Murat y Carolina Bonaparte, reyes de Nápoles, más tarde embajador en San Petersburgo (donde se había casado con Mélanie Dayet, de ascendencia francesa) y finalmente establecido en París. Reunidos por el destino y el idioma de las señoras que armonizaba el exótico cuarteto -el escritor italiano fue traducido del francés mientras no pudo emplear el español- los hombres convinieron asociarse en el periodismo y las mujeres en la docencia. «Dos literatos con cuyos servicios podemos contar -prometieron éstas en el prospecto que anunció la -66- fundación del Colegio Argentino para señoritas- se ofrecen a suplir las faltas de libros de educación que hace experimentar la interrupción del comercio. Los mismos se prestan a dirigir con sus consejos todo lo relativo a la enseñanza intelectual».

Los voceros del presidente se encargaron de ponderar los beneficios de aquella nueva contribución luminosa y la ciudad rivadaviana recibió con plácemes a tan brillantes embajadores del pensamiento europeo.

Mora y Angelis fundaron dos periódicos el año de su llegada. La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires apareció el 3 de marzo y alcanzó a sumar ciento veinte números hasta el 6 de octubre, en que cesó. Una revista trimestral, El Conciliador, murió al nacer, en mayo; pero uno de los cuatro extensos artículos de su único fascículo contiene el concepto histórico de la literatura española, y el elogio de la lengua, y el juicio sobre la prolongación de ambas en América, que denuncian al admirador de Blanco White, al colaborador de Ackermann, al contendiente de Böhl de Faber, y que la Crónica reprodujo, glosó y desparramó en varias ocasiones.

Pretexto de la exposición fue haber recibido el primer número del londinense Repertorio Americano, cuyos redactores se dirigían a América, penetrados «de un espíritu verdaderamente nacional»; pero la diatriba del redactor andaluz no se relaciona con ideas o actitudes de aquéllos, y más

parece el aprovechamiento de materiales anteriores y su adaptación a circunstancias locales. Comienza con un ex abrupto de calificativos detonantes: «El único resto precioso que conserva el nuevo mundo de la dominación ignominiosa que por tanto tiempo lo ha degradado -dicen las primeras líneas- es la lengua que sirve de vínculo común a las repúblicas fundadas sobre las ruinas de su sistema colonial». Pero el hermoso idioma, «degradado por tantos siglos de opresión religiosa y civil, condenado a ser el órgano de la superstición -67- y de la servidumbre», necesita ser esmeradamente cultivado para que rinda los frutos que promete el terreno feraz, y nada ha hecho América aún en ese sentido, absorbida por las luchas de su emancipación. ¿Y la misma España? «Con un idioma admirable, con unos habitantes vivos e inteligentes, con un número considerable de hombres distinguidos en todos los ramos del saber, la España no ofrece en sus anales ninguno de aquellos gloriosos períodos que, como los que han inmortalizado los nombres de Pericles, León X, Isabel de Inglaterra y Luis XIV, han legado a los siglos futuros un tesoro de verdades preciosas, depositadas en un lenguaje purificado por el gusto y ennoblecido por la razón». Los encomiados tiempos de Carlos V y de Felipe II sólo han dejado «comedias ingeniosísimas», pero triviales y alambicadas; «una mística empalagosa»; poesías «armoniosas y elegantes», pero pocas que interesen «a los estudios serios»; «historias dictadas por la adulación y por el miedo e impregnadas del espíritu de servilismo y persecución». Y a quienes ponderan la perfección alcanzada entonces por el habla de Castilla, el redactor andaluz les coloca frente a lo mejor de Granada, de Fray Luis o de Hurtado de Mendoza, las Vidas de Quintana, las traducciones de Clavijo y de Azara y los admirables artículos de Blanco White en su Español, para que perciban la inmensa distancia que media entre la literatura que divierte y la literatura que instruye, entre un idioma que sólo se emplea en recrear a un pueblo esclavo y el que sirve de intérprete a la razón y la filosofía»¹⁷.

-68-

A pesar del atraso experimentado por la lengua en los siglos áureos bajo los Habsburgo, reconoce el crítico su «purificación de la antigua grosería» y sus nuevas galas; aféase, en cambio, con la oscuridad «del bárbaro culteranismo» que le sucede, y a la decadencia del gusto sigue «la nulidad política, moral e intelectual» del último monarca austríaco, que se prolonga hasta «los reinados de los dos primeros de la infausta raza de los Borbones». Despejose el horizonte con Carlos III. Mas la posición geográfica hizo a España depender inevitablemente de Francia en una época de progreso social de Europa, y de Francia recibió las nuevas luces junto con la invasión de galicismos que hicieron de la lengua española «una masa heterogénea e informe». Fue necesario aprender en francés, pues no había en español libros para su enseñanza, «las ciencias naturales, el arte de guerra, la literatura amena, la filosofía en sus diferentes ramas». El mismo hecho se repite en América en el momento en que comienza a regir sus destinos: España no puede darle lo que no tiene, el predominio del texto francés corrompe la lengua heredada de los conquistadores. El teatro podría educar a los pueblos; pero ni siquiera el pobre actor logra adquirir el arte de la «declamación» en un repertorio que desde el culteranismo de Calderón y de Moreto está dominado por la pompa y la

extravagancia. «Así es que las piezas de Moratín y Quintana -concede el demoleedor- y algunas pocas traducciones del francés y del italiano, son los únicos dramas en que nuestros actores se han expresado con corrección y naturalidad».

Si algo -o mucho- de lo escrito estaba destinado a halagar el antiespañolismo de los americanos, el final trasluce identificación absoluta del europeo contratado con el medio indígena. «En Europa -dice la página penúltima- -69- nuestra emancipación ha excitado un entusiasmo general. ¿Por qué no hemos de procurar sostenerlo? ¡Qué! ¿Tan sólo enviaremos a los pueblos antiguos que admiran nuestra suerte, metales, cueros las otras materias primas que alimentan su industria?». No; hay que crear una literatura propia...

La misma pluma que escribió esas páginas compuso enseguida un canto poético para celebrar el decimoséptimo aniversario de la Revolución de Mayo, que publicó en folleto¹⁸. He aquí algunos versos que evocaban el viaje a Buenos Aires:

De amistad el lejano llamamiento
hirió mi oído entonces, y afanado
lancéme al frágil pino, y en su seno
la inmensa anchura atravesé...

... Llegué a tus rivas, orgulloso Plata,
y cual fresco y erguido reverdece
marchito arbusto, si tras seco estío
su clima crea con benigno soplo
brisa otoñal, así, soberbio, activo,
con incógnito ardor latió mi pecho.

El joven Florencio Varela pagó el cumplimiento con un Elogio en la misma moneda:

Ya aquí su fama resonado había
cuando oyendo el llamado
de la amistad, al mar su vida fía
el proscripto ilustrado,
y llega al cabo al caudaloso Plata,
y el placer de ser libre lo arrebató.

... Pero mi patria da grata acogida
al don que hoy le presentas,

Y en su huésped se goza agradecida,
pues su esplendor aumentas,
y tu talento sólido asegura
gloria a la nacional literatura¹⁹.

Del disperso parnasillo que había dado al ministerio de Rivadavia su constelación poética, sólo quedaba, como poeta áulico de la presidencia, Juan Cruz Varela. Don José Joaquín halló en él con quién conversar de asuntos estéticos en el mismo tono, y en su hermano menor un discípulo entusiasta. Al mes de fundada, la Crónica se ocupó del último canto de inspiración heroica de Juan Cruz, dedicado al triunfo de Ituzaingó: «Exposición grandiosa, movimientos líricos, giros poéticos, elegancia sostenida, tales son las principales dotes que lucen en el poema». Era, sin duda, la mejor composición del ciclo heroico, y el ciclo cerrábase con ella. «Si vivieran Luca, Lafinur, Rodríguez y Rojas, genios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino -decía el poeta en su dedicatoria del canto al general don Carlos de Alvear- o si pulsara López su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de Vuestra Excelencia, serían cantadas de un modo digno de ellas». Reconociábase, en tal forma, heredero de quienes durante diez años lo había alejado su numen erótico, y sobreviviente de una generación poética extinguida.

El 26 de julio, la Crónica volvió a ocuparse de Varela con motivo del estreno de su segunda tragedia: «Hemos asistido a la representación de Argia, y a pesar de lo imperfecto de la ejecución, hemos vuelto a admirar los primores que ya habíamos distinguido en la lectura».

Argia, tan distinta en todo de su hermana Dido como la imitación secuaz de una tragedia de Alfieri puede serlo de un episodio pasional que se acoge al resplandor de la Bérénice raciniana, correspondía a la cantera del odio a los tiranos, leitmotiv de la poesía revolucionaria, y ese fue -71- probablemente el incentivo de la simpatía de Varela por la obra del conde piamontés, cuya Virginia vertió en prosa. Reconoció el porteño al publicar su tragedia, cuando ya no estaba Rivadavia en el gobierno, haberla escrito en «la época de la libertad de su país... ciertamente la más a propósito para acabar de arraigar entre nosotros el odio a los tronos... y en el país de la libertad no se violenta un escritor cuando se le presenta una ocasión cualquiera de atacar a los déspotas». Dos tragedias de Alfieri, Antigone y Polinice, fueron tributarias de Argia, según su autor; podría agregarse Merope y aun reconocerse el influjo de Les frères ennemis, de Racine.

Antes de terminar el año, la renuncia del presidente Rivadavia dejó desvalidos a los dos redactores de la Crónica. El gobierno suprimió los sueldos que se les pagaba, y ellos protestaron en su periódico, sin eufemismos: «Violado de este modo un contrato solemne que nos había arrancado a nuestras patrias adoptivas, a las sociedades más ilustradas de

Europa y al decoroso bienestar que en ellas gozábamos, lejos de pedir y de adular, hicimos ante un escribano publico una protesta en forma, como la que se acostumbra contra un acreedor de mala fe».

Por otra parte, el conflicto internacional producido entre los matrimonios asociados en la fundación del Colegio para señoritas precipitó la catástrofe. Las señoras tenían sus incompatibilidades; los hombres sus antagonismos. «El fuego y el agua -confesó Mora poco después, en una carta privada- no son más difíciles de unión que la ingenuidad andaluza con la afectación napolitana». A principios de 1828, el gaditano dejó al partenopeo la posesión exclusiva de la ínsula porteña y cruzó la cordillera con Mme. Fanny y sus niños, llamado por el presidente chileno, general don Francisco Antonio Pinto, que pretendía «seguir los pasos de don Bernardino». Mantuvo correspondencia epistolar -72- con los hermanos Varela, y en una carta a Florencio vemos asomar el crítico exigente y educador:

La Oda a la paz es buena. Tiene descuidos, pero son de los pocos años. No imite usted mi ejemplo ya que no se halla en mi caso. Trabaje, pula, medite; no salga del foro y del parnaso. Está usted en camino de lucir en uno y en otro. No se pegue a Quintana; varíe sus modelos; no termine usted sus versos en palabras sordas; diversifique las terminaciones; junte las menos análogas en sonido; si hay un verso que rime con otro, rimen todos; la mezcla de versos sueltos con rimados, a despecho de las autoridades pour, tiene razones contre; no se fije tanto en la expresión poética como en la imagen; aléjese del entonamiento de la lírica antigua; nuestra lengua no lo admite sino en el último grado de perfección; hable a los sentidos...20

Alejado el amigo y consejero literario, los Varela se mantuvieron fieles a su recuerdo y su enseñanza. A mediados de aquel año de 1828, Juan Cruz escribió en El Tiempo, su diario de combate, bajo el título común de Literatura nacional, una serie de artículos que denotan el influjo del maestro fugaz. La formación de aquella, pedida en una página del Conciliador, estaba muy distante para los argentinos. Juan Cruz Varela -nombre que no figura al pie de los artículos- indicaba varios caminos convergentes; en primer término, el conocimiento del idioma. «En las tertulias, en las conversaciones más serias, en los escritos, en la tribuna -señalaba- se cometen diariamente los errores más groseros». La pronunciación es «viciosísima». Los niños dicen «tomá», «corré», «vení», y no se los corrige. La falta de libros ha agravado el mal. «La España no podía suministrarnos libros originales donde hallásemos los principios de todas las ciencias, porque ella misma no los tenía... ¿Dónde, -73- pues, buscaríamos los americanos los maestros que necesitábamos? Indispensablemente en el vastísimo almacén de la Francia. Sus escritos han sido los primeros libros que hemos tomado en la mano y en los que siempre hemos estudiado. Nadie puede desconocer esta verdad práctica. Véanse todas las bibliotecas particulares de Buenos Aires, y se hallará un prodigioso excedente de libros franceses sobre los españoles; véanse los libros que

sirven de texto en nuestra universidad, y se encontrará que todos son franceses...». El articulista aconseja la lectura de buenos autores españoles, y nombra los de su preferencia como si don José Joaquín se los soplara al oído: Blanco White, Jovellanos, Quintana, Meléndez, «las comedias del inmortal Moratín», muerto hacía unos meses. Pero esa exhortación fue el epitafio de una generación en nuestras letras. Los hermanos Varela emigraron a Montevideo al año siguiente, y una orden de destierro hizo después definitiva su expatriación. No quedaba una sola voz de la pléyade rivadaviana,

El escenario permaneció desierto durante un intervalo demasiado largo que apagó los ecos, ya débiles, del neoclasicismo. Lo ocupó Esteban Echeverría, que regresaba de Europa con la repentina resolución de Fortimbrás, el príncipe recién llegado que en la escena final de Hamlet se ciñe la corona falta de cabeza y manda enterrar los muertos de la última dinastía...

-[74]- -75-

- II -

El romanticismo

-[76]- -77-

- I -

Esteban Echeverría, el iniciador

«Independientes en política, colonos en literatura», condenso Alberdi, buen forjador de sentencias, para resumir el estado anterior. El romanticismo, directamente importado de Francia, antes de que atravesara los Pirineos, completó la emancipación.

Es sabido que en el romanticismo originario España había estado, con Lope y Calderón, junto a Shakespeare, en la Alemania de los Schlegel, después de haber traducido Herder el Romancero y Ticck el Quijote. No hay duda de que la vivida poesía sepulcral de Young y la falsa melancolía épica de Osian habían penetrado el último cuarto del siglo XVIII de España con un estremecimiento prerromántico. Ni es posible olvidar la prédica de críticos como Alberto Lista y su discípulo Agustín Durán, antes de 1830, año en que llegó de Malta a Francia el proscrito andaluz Ángel de -78- Saavedra con su comenzado poema, de molde scottiano, El moro expósito, que al aparecer en 1832 había dado a la literatura romántica española su primer fruto sávido, abierto, en suelo extraño. En el París que el futuro duque de Rivas pudo visitar después de la caída de los Borbones, se

hallaban de moda Shakespeare, Byron, Walter Scott, descubiertos por él en su isla de Próspero, y aun comprobó que el Romancero y el teatro calderoniano gozaban de una actualidad reverdecida y que la España de las Orientales -à demi africaine, à demi asiatique- lucía los colores del nuevo reino poético. Pero Ángel de Saavedra llegó a Francia en marzo, y Esteban Echeverría dejó Francia, después de residir cuatro años en su capital, en mayo.

Con Echeverría entró en aguas del Plata, al promediar el año de 1830, el romanticismo elaborado en París durante el lustro decisivo de su aclimatación francesa. El joven criollo había residido en París desde el año de Cinq-Mars hasta el de Hernani; suyo era el París de los prefacios de Cromwell y de los Etudes de Emilio Deschamps; el de las Harmonies de Lamartine y de los Contes d'Espagne et d'Italie de Musset; el de los estrenos de Henri III et sa cour de Dumas y de Othello en la traducción de Vigny; el de los cursos universitarios de Villemain, Cousin, Guizot; el de los ecos continentales de Le Globe, en cuyas páginas se aproximaron, por primera vez, Sainte-Beuve y Víctor Hugo²¹.

Rodeado por algunos jóvenes universitarios -Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, en primer término- el iniciador porteño sembró de teorías y nombres de autores y títulos de obras el paseo de la Alameda, las barrancas del norte, los bordes calcáreos del ancho río. Shakespeare, Schiller, Goethe y especialmente Byron habían sido, según -79- su declaración posterior, los que le revelaron un mundo nuevo cuando llegó a París; a ellos sumó todos los descubiertos a orillas del Sena, para fecundar las del Plata. «Por Echeverría -dirá Alberdi en sus páginas autobiográficas- tuve las primeras noticias de Lermínier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine... A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó el espiritualismo». Y Juan María Gutiérrez, en las dedicadas a la vida y la obra del mentor, señalaría entre las lecturas inferidas de apuntes íntimas, además de aquellos nombres, los de Montesquieu, Sismondi, Wattal, Lermínier, Lamennais, Guizot, Lando, Vico, Saint Marc Girardin, Vinet, Pascal -así escritos y ordenados- y en otra lista, los de Tenneman, Leroux, De Gérande, Damiron. Al decidirse a escribir versos en sus primeros tiempos de París, e ignorando los recursos de su propio idioma y el modo de versificar en español, Echeverría debió comenzar por aprenderlos. «Era necesario leer los clásicos» -rememoró años después, junto con la soñolencia del esfuerzo-. ¿Cuáles? Entre sus papeles hallaría su biógrafo varias listas: de locuciones y modismos copiados de Cervantes, Santa Teresa, Quevedo, Gracián, Saavedra Fajardo, etcétera; y, sugerente indicio, en los epígrafes de sus composiciones poéticas -especie de galería selecta en que se exhiben las efigies de los amigos a quienes reverencia más el dueño de casa- Dante y Petrarca, Shakespeare y Byron, Goethe y Schiller, Chateaubriand, Lamartine, Hugo, alternan con Manrique, Fray Luis de León, Lope, Tirso, Calderón, Rioja, Moreto, Zárate...

Mientras el iniciador revelaba a sus primeros discípulos el «nuevo mundo» descubierto en el viejo, componía versos menos novedosos que su teoría, a pesar del deslumbramiento -80- de los iniciados. Pero él no lo

ignoraba, y en el apéndice de Los consuelos, su libro de 1834, la nota VII, correspondiente a la composición Profecía del Plata (eco directo del célebre apóstrofe del agustino por su título, su prosopopeya y su estrofa) anunció así el cambio probable: «Estas y otras composiciones del mismo género en este libro insertas las escribía preocupado aún del estilo y formas usadas por los poetas españoles, cuyas lirás rara vez han cantado la libertad. Si, recobrando mi patria su esplendor, me cupiese la dicha de celebrar otra vez sus glorias, seguiría distinto rumbo; pues sólo por no trillados senderos se descubren mundos desconocidos». La misma nota prevé la liberación «de toda extraña influencia» para nuestra poesía, cuando al reflejar «los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez cuadro vivo de nuestras costumbres». El próximo poema, La cautiva, introdujo aquel cuadro, y en la advertencia preliminar del pequeño volumen que lo contiene (Rimas, 1837) declaró el innovador: «El principal designio del autor de La cautiva ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto; y para no reducir la obra a una mera descripción, ha colocado en las vastas soledades de la Pampa los seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio».

La inmensa llanura no había tenido valor estético para la generación anterior. El paisaje era una conquista moderna; el sentimiento de la naturaleza que lo impregna y lo reproduce en imagen subjetiva, una conquista romántica. Echeverría descubrió poéticamente la pampa, guiado, sin duda, por la cartografía americana de Chateaubriand. En la misma «Advertencia» del poema destacó que también le pertenecía «la forma, es decir, la elección del metro, la exposición y la estructura», y se refirió a la clasificación estéril de la poesía en especies, de cuyos moldes resultaba víctima «la mayor parte de los poetas españoles» en su empeño de llenar tomos «con idilios, églogas, sonetos, canciones y anacreónticas», -81- disipación de ingenio sin voces para la razón ni el alma.

El historiador español de la poesía hispanoamericana ha atribuido a Esteban Echeverría el «alarde de despreciar a todos los poetas españoles antiguos y modernos». Sólo una información parcial pudo ser fundamento de aseveración tan categórica. Aparte lo ya citado en párrafo anterior como prueba de sus lecturas españolas, una ojeada a los estudios reunidos en el tomo V de las Obras completas demostrará que el autor no era en sus juicios un obcecado. Refiérese, por ejemplo, a las doctrinas del clasicismo francés, y observa: «Con la dinastía borbónica entraron en España, y Luzán se encargó de propagarlas; pero sólo a fines del siglo pasado los titulados reformadores de la poesía castellana, desconociendo la riqueza y la originalidad de su literatura, las siguieron fielmente en sus obras. Lástima da ver a Quintana, ingenio independiente y robusto, amoldando la colosal figura de don Pelayo a las mezquinas proporciones del teatro francés, cuando por otra parte en sus poesías habla con tanta energía al espíritu nacional y se muestra tan español» (página 99). En el mismo trabajo antepone los nombres de poetas españoles -aunque no signifique preferencia de su admiración- a los de su confesado culto: «La excelencia, pues, del teatro francés no puede ser absoluta ni servir de regla universal... ni tiene por sí el asentimiento de tres grandes naciones, ni puede ofrecer a la admiración de los hombres mayor número de obras extraordinarias, ni genios tan colosales como los de Calderón, Lope

de Vega, Shakespeare, Goethe y Schiller» (104). Hablando del estilo, considera al de Cervantes, en el Quijote, «festivo, agudo y verboso como la andariega y lujuriente fantasía de su héroe», y juzga a Quevedo «el escritor español más rico en formas de estilo (salvo los conceptos y agudezas que de puro acicalados se pierden de vista), salpicado de chistes y travesuras, ora lleno de nervio y robustez, ora sentencioso y florido, -82- casi siempre original y a menudo elocuente» (116). Poco después, y a propósito del siglo de oro, leemos: «La España, sin embargo, puede vanagloriarse de haber producido entonces, y antes que otras naciones sus émulas, a Granada, Lope, Luis de León, Rioja y de ofrecer a la admiración del mundo en el decimoséptimo siglo los nombres de Quevedo y Calderón». Una nota del Ángel caído acerca de la leyenda de Don Juan, en la que, con evidente exageración y aun incompreensión, se negaba a todos los poetas españoles que hicieron del personaje su protagonista la profundidad necesaria para trazar su carácter, dio pie a la generalizada afirmación del historiador ofendido. Consideraba Echeverría que la lengua española, por falta de cultores «fecundos y originales» en materias relativas a la reflexión, no era un instrumento apto; era, en cambio, «mina rica» para lo pintoresco. «La América, que nada debe a la España en punto a verdadera ilustración -dijo en uno de sus estudios- debe apresurarse a aplicar la hermosa lengua que le dio en herencia, al cultivo de todo linaje de conocimientos; a trabajarla y enriquecerla con su propio fondo, pero sin adulterar con postizas y exóticas formas su índole y esencia, ni despojarla de los atavíos: que le son característicos» (pág. 118).

-83-

- II -

La generación de 1830

La cátedra porteña de filosofía constituyó la forja espiritual de la juventud estudiantil desde que comenzó a desempeñarla el poeta y músico de veintidós años Juan Crisóstomo Lafinur, hasta que pudo animarla el médico filósofo Diego Alcorta. Llegado a ella en 1819, cuando el Colegio de San Carlos se transformó en el de la Unión del Sud, Lafinur había provocado, con su sola presencia, una innovación pintoresca, pues su ropa civil, realzada por la esbeltez del adolescente, ya era desafío para una enseñanza que hasta entonces fuera inseparable de la vestidura talar; y apenas dichas las primeras palabras, la voz del antiguo sochantre de Córdoba llenó el aula de vibraciones demoniacas. Los nombres de Condillac y de Destutt de Tracy, rimados y cantados con los de Locke y Cabanis, sin olvidar el de Voltaire y algunos otros que detonaban en -84- aquel ámbito aristotélico, sedujeron a los alumnos y escandalizaron al clero. Hubo guerrilla gacetillera, y el fraile Castañeda aguijoneó al profesor sensualista; pero pronto pactaron en dos cartas que una hoja impresa recogió con este título aleccionador: Ejemplo de reconciliación entre

americanos disidentes.

Alejado Lafinur de la cátedra y de la ciudad por el hostigamiento del aire cargado en la sombra, volvió a aquélla la sotana en la persona del sacerdote español don José Manuel Fernández de Agüero, quince años antes profesor de filosofía en el Colegio de San Carlos y desde entonces retirado a una parroquia. Las meditaciones del quindenio habían cambiado su pensamiento; y su nueva enseñanza, favorablemente acogida por los alumnos y juzgada herética por el claustro, fue violentamente interrumpida con la clausura del aula. Cuando el doctor Agüero renunció su cátedra, en 1827, se designó para dictarla al doctor Diego Alcorta, uno de los primeros discípulos de Lafinur. «Impresionable, simpática, reflexiva el alma de este hombre que dio su espíritu a una generación -escribiría uno de los asistentes a su curso de ideología en la Universidad- aparecía sereno en medio de la tempestad, con la melancólica palidez del sabio sobre la frente, con un dolor íntimo en el corazón»²². Dio algo de su espíritu, en efecto, a los jóvenes que salieron de su aula templados para afrontar todas las desventuras. Dos de ellos, Alberdi y López, lo evocaban juntos en el destierro, unidos por la fascinación perdurable.

La generación de 1830 estaba preparada por sus maestros y sus lecturas para tomar vuelo con las primeras ráfagas románticas. Aun sin el influjo de Echeverría -quien no lo ejerció, hasta un lustro después, fuera del estrecho círculo de sus iniciados- la renovación espiritual se hubiera producido -85- casi con la misma universalidad. El libro y la revista que Europa enviaba eran su alimento cotidiano.

En 1830 llegó a Buenos Aires un viajero francés, M. Arsène Ysabelle, quien cinco años después narró su viaje en un libro hermosamente editado (*Voyage à Buenos Ayres et Porto Alegre, Havre, 1835*). Refiérese en una de sus páginas a la biblioteca pública fundada por Mariano Moreno en 1810, y nos da estos datos: «Desde 1820 hasta 1828 se ha enriquecido sucesivamente con libros de historia, de jurisprudencia, de moral, de ciencias exactas y naturales, de literatura propiamente dicha y de gran cantidad de álbumes de viajes, de grabados de toda clase, etc. Ocupa actualmente cinco salas y el número de volúmenes alcanza a veinte mil, de los que son franceses más de la mitad».

El caudal de estos últimos había de acrecentarse casi enseguida, como fecunda repercusión de la revolución que destronó a los Borbones. «Nadie hoy es capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso produjo en la juventud argentina que cursaba las aulas universitarias» -evocaría en la ancianidad uno de aquellos estudiantes-. «No sé cómo -agregaba el historiador don Vicente Fidel López en las páginas inesperadamente truncas de su Autobiografía²³- produjo una entrada torrencial de libros y autores que no había oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Mérimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores románticos. Nos arrebatábamos las obras de Víctor Hugo, de Sainte-Beuve; las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Víctor Ducange, George Sand, etc.». El mismo doctor López nos ha revelado en aquel trozo involuntario -galería hipóstila -86- que avalora la pérdida del edificio sacrificado- la colaboración de un condiscípulo mecenas: Santiago Viola²⁴.

Hizo venir de París los libros famosos de la moderna literatura europea, las colecciones completas de la Revue de Paris y de la Revue Britannique, y un «número considerable de retratos litografiados de los autores en boga». La ausencia de España en esa invasión «torrencial» era índice de su aislamiento.

Durante el gobierno «liberal y benigno» que sucedió al primer periodo rosista, la juventud universitaria se sintió alentada y resolvió organizar un ateneo de estudios históricos y sociales «según la nueva escuela francesa». Cada sábado se leía el trabajo de un asociado sobre un tema impuesto, que era sometido a la crítica en el siguiente. A Félix Frías le tocó disertar -¡paralelo desconcertante!- sobre Mirabeau y Martínez de la Rosa. «Estaba bien escrita su disertación -nos dice Vicente Fidel López-, pero le caímos todos porque presentaba a Martínez de la Rosa como muy superior al tribuno francés».

La hispanofobia de la juventud universitaria no contagió a José Rivera Indarte, joven estudiante que en verso y prosa componía diarios manuscritos, por él mismo distribuidos, y en los que trataba dura y sarcásticamente a sus maestros y condiscípulos y defendía y exaltaba a España. Repudiado y castigado por sus compañeros, finalmente expulsado de las aulas universitarias, se ausentó del país por corto tiempo; volvió, reingresó en la Universidad, reanudó la actividad de su pluma chorreante y compuso entonces un folleto de sesenta páginas titulado El voto de América o examen de si convendría o no a las repúblicas de América el reconocimiento de su independencia por la España (1815). Mitre dice en su biografía de Rivera Indarte que ese trabajo, -87- «fundado en razones de derecho, de conveniencia y seguridad», fue el desarrollo de ideas y conceptos sucesivamente expuestos en un periódico montevidiano, El Investigador y que debe contárselo como el primer cooperador en la apertura de los puertos rioplatenses a la bandera española. Impugnado el Voto por Juan Bautista Alberdi, suscitó una Defensa del propio autor. En 1870, La Revista de Buenos Aires (año VIII, N.º 92), publicó otro opúsculo casi enteramente desconocido de Rivera Indarte, datado en 1836, cuyo título confirma su posición personal en la ardua cuestión: Sobre el origen y curso que han tenido las nuevas relaciones del pueblo español con los Estados disidentes de la América española; y sobre el modo de terminar sus pasadas diferencias de un modo igualmente proficuo a España y América. El opúsculo había sido acogido en la corte favorablemente; la misma reina dispuso una edición limitada, y Rivera Indarte recibió algunos ejemplares que ocultó para no aumentar los recelos sobre su persona.

Un comercio de libros que adquirió celebridad con la generación romántica, la Librería Argentina de don Marcos Sastre, compraba «toda clase de libros, sean nuevos o viejos, y en cualquier idioma que estén», según decía en los anuncios. De la importancia de sus estantes nos habla uno de sus catálogos -acaso no hubo otro-, correspondiente al mes de julio de 1835. Ofrece obras en español, francés y latín; entre las primeras, muchas son traducciones de varios idiomas. No escasean los autores españoles, de distintos siglos: alternan el Bernardo de Balbuena, las Cartas de Santa Teresa, Guzmán de Alfarache, las obras del padre Las Casas, con las poesías de Garcilaso, de Lope, de Torres Villarroel, de Arriaza. En prosa y verso está representado Quintana; Cadalso, por sus Cartas marruecas. La

novela del padre Isla es vecina de la Filosofía de la elocuencia, de Capmany. Juntas se anuncian las fábulas de Iriarte y las de Samaniego, y en forma global las obras de Fray Luis de -88- León, Cervantes, Moratín, Juan de Iriarte, Martínez de la Rosa. Además de las literarias, abundan las jurídicas, las políticas, las religiosas, las históricas, las didácticas. La Opera Omnia de Luis Vives figura en su edición de ocho volúmenes infolio.

La Librería Argentina fue la célula del Salón Literario. Los asiduos visitantes y contertulios de su local primitivo, sito en la calle de la Reconquista, 72, se llamaban Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Juan Thompson, Vicente Fidel López, Miguel Irigoyen... El dueño del comercio, bibliógrafo generoso, amigo desinteresado de los libros, a pesar de vivir de ellos en su negocio de lance, participaba del revoloteo y el zumbido de aquellas abejas de su colmenar. Un día les habló de su madurado proyecto: iba a trasladarse a local más amplio; instalaría un Salón semejante a los gabinetes de lectura de las ciudades europeas. El apoyo de su clientela culta lo decidió. Apartó de los anaqueles decenas de libros, rigurosamente escogidos, que llevó a dos habitaciones del nuevo local -calle de la Victoria, 59- como plantel bibliográfico de la institución, y anunció a la ciudad entera el acto inaugural.

Barrido por una ráfaga huracanada del recelo rosista, el Salón arrastró a la Librería Argentina. A mediados de enero de 1838, la Gaceta Mercantil publicó la subasta de sus existencias. En la lista de autores allí expuesta, donde los españoles aparecen mezclados con los de lenguas y tiempos distintos, se advierte la riqueza que el lector porteño tenía a su alcance. En los mismos números del diario en que se repitieron esas listas, la Librería de la Independencia -calle de los Representantes, antes del Perú, 60- llenaba buen espacio con los títulos de sus obras en francés y en español, y un rematador anunciaba la venta de libros en lengua inglesa: historia, viajes, ciencias, novelas, poesía.

Pocos lustros de vida independiente había necesitado la ciudad de Moreno para convertirse en amplio albergue del -89- pensamiento escrito de la humanidad. Ocurría lo mismo, con el teatro. Los jóvenes devotos del prefacio de Cromwell no se opusieron al retorno del repertorio español, casi totalmente excluido desde la Revolución y casi oficialmente condenado durante el Directorio. En 1830 volvió a las tablas de Buenos Aires con actores peninsulares para alternar, a través del decenio, con obras en su mayoría francesas. Un arreglo de la Estrella de Sevilla; Marta la piadosa, de Tirso; El alcalde de Zalamea, de Calderón; García del Castañar, de Rojas; El desdén con el desdén, de Moreto, formaban el fondo clásico. La Raquel, de Huerta, todo Moratín, El delincuente honrado, de Jovellanos, mostraron lo mejor de su época. El alfileriano Duque de Viseo, de Quintana, comulgó con la prerromántica Conjuración de Venecia, de Martínez de la Rosa. Bretón de los Herreros y Ventura de la Vega apuntalaron, como creadores, o traductores, o adaptadores, más de una lánguida temporada. Lanuza, de Ángel de Saavedra, era bien recibido desde 1827. Larra, en prosa y en verso, con pieza traducida y con pieza original, congregó a los admiradores de «Fígaro», un año después de su muerte: el 24 de mayo de 1838 se inauguró el teatro de la Victoria con El arte de conspirar, de

Scribe; el 1.º de setiembre se estrenó Macías en el Argentino. Un triunfo de larga resonancia obtuvo la representación de El Trovador, de García Gutiérrez, el 9 de junio, dos años después de su estreno en Madrid. Don Álvaro esperó cuatro para desgranar sobre un escenario porteño sus muertes eslabonadas. Los sainetes perdían su filiación artística en una especie de commedia dell'arte que cerraba los espectáculos: se le insuflaban chistes locales, se le tejían alusiones de ocasión, se le aderezaban bailes y pantomimas. Don Ramón de la Cruz no se hubiera reconocido en ese espejo embadurnado.

-[90]- -91-

- III -

El salón literario y la lengua

¿ Era posible la independencia política del país sin la emancipación de la lengua? ¿El idioma heredado no constituía una sujeción perpetua al coloniaje?

Los adalides de la generación literaria de 1830 sintieron que la lengua en que se expresaban les asfixiaba el pensamiento, e intentaron desgarrar aquella túnica de Neso. Lengua y literatura son términos que se confunden continuamente en su prédica libertadora, sin que alcancen a distinguir entre el instrumento y la obra. Como acto de antiespañolismo, los descendientes de Mayo atacan el idioma que hablan y escriben y, con salvedad de escasos autores, desprecian la literatura peninsular que es su monumento.

Fue el último domingo de junio de 1837, cuando al abrir sus puertas el Salón Literario estalló, mezclado a su oratoria inaugural y entre los estampidos anunciadores que -92- atronaban el aire, aquel petardo que originaría a lo largo del siglo los periódicos fuegos artificiales de un idioma emancipado. El auditorio juvenil debió de aspirar el olor a pólvora con despreocupada fruición. Pero el grave don Vicente López y Planes no compartió, sin duda, el entusiasmo de su hijo Vicente Fidel. En cambio, don Pedro de Angelis, ducho en fognazos y parlas, husmeó el aire con su gran nariz de perdiguero y sonrió a la juventud americana con paternal estímulo.

Inició las fantasías píricas el dueño de casa. Después de execrar «esa multitud de novelas inútiles y perniciosas que a montones abortan diariamente las prensas europeas», prometió para la flamante biblioteca «las obras más importantes de la república de las letras, y particularmente las producciones modernas que siguen la marcha del espíritu humano», a fin de salvar a la juventud argentina de inmundos contagios y rodearla «de una atmósfera benéfica de ideas sublimes». He ahí el primer objeto del Salón, según su fundador. El segundo, era establecer un curso de lecciones sobre filosofía, religión, arte, agricultura e industrias aplicables al país. Entre los disertantes comprometidos, se

contaban ya don Vicente López, don Juan María Gutiérrez, don Juan Bautista Alberdi, don Pedro de Angelis y don Esteban Echeverría. El fundador, optimista, no ocultaba su entusiasmo. El momento era propicio para la siembra intelectual: el «gran Rosas» en el gobierno y la nueva generación «dispuesta a abjurar el triple plagio» -político, científico, literario- y a declarar a la faz del mundo su triple divorcio: «de toda política y legislación exóticas»; «del sistema de educación pública, trasplantado de España»; «de la literatura española y aun de todo modelo literario extraño». Y entre nubes de incienso a la época federal, «expresión de la voluntad instintiva del pueblo y, por consiguiente, el tránsito del error a la verdad», y loas al «único poder que puede suceder a la anarquía», o sea el absoluto, y al «hombre que la -93- Providencia nos presenta más a propósito para presidir la gran reforma de ideas y costumbres que ya ha empezado», el elocuente librero se explayó en torno a su sexteto de «plagios» y «divorcios».

A continuación el joven Juan Bautista Alberdi expuso la ley del desarrollo de las instituciones humanas, se refirió al progreso de Europa -particularmente de Francia, «porque en materias de inteligencia, la Francia es la expresión de la Europa»-, lo comparó con nuestro Estado y estableció la armonía existente entre el gabinete de lectura que se inauguraba y la «marcha progresiva» del país, y entre ésta y la marcha progresiva de toda la humanidad».

Nada referente a la lengua ni a la literatura españolas contuvo el discurso de Alberdi, aunque aludió a la sumisión colonial que «nos hacía dormir en una cuna silenciosa y eterna». Pero el orador tenía ya en prensa su Fragmento Preliminar al estudio del Derecho, y en él se leyó poco después: «A los que no escribimos a la española se nos dice que no sabemos escribir nuestra lengua. Si se nos dijera que no sabemos escribir ninguna lengua, se tendría más razón. Decir que nuestra lengua es la lengua española, es decir también que nuestra legislación, nuestras costumbres, no son nuestras, sino de la España... La lengua argentina no es, pues, la lengua española; es hija de la lengua española como la Nación Argentina es hija de la Nación Española, sin ser por eso la Nación Española»²⁵. A tan curiosa afirmación lingüística, el hispanóphobo agregaba su indiferencia por la literatura de su idioma, como lo prueba esta lista de sus «lecturas favoritas» de entonces, reconstruida muchos años más tarde, y en la que únicamente los tres nombres últimos son de autores españoles: Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Richerand, Lavater, Buffon, Bacon, Pascal, La Bruyère, Bentham, Montesquieu, Benjamín Constant, Lermnier, -94- Tocqueville, Chevalier, Bastiat, Adam Smith, J. B. Say, Vico, Villemain, Cousin, Guizot, Rossi, Pierre Leroux, Saint-Simon, Lamartine, Destutt de Tracy, Víctor Hugo, Dumas, P. L. Cuvier, Chateaubriand, Mme. de Staël, Lamennais, Jouffroy, Kant, Merlin, Photier, Pardessus, Troplong, Heignecio, «El Federalista», Story, Balbi, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Company²⁶.

El tercer discurso correspondió a Juan María Gutiérrez. Era el especialmente destinado a promover la conmoción idiomática. Comenzó el orador por proclamar la esterilidad científica de España a través de toda su historia y la ausencia en su literatura de un solo libro «que encierre los tesoros que brillan en cada página de René, en cada canto de

ChildeHarold, en cada 'meditación' de Lamartine, en cada uno de los dramas de Schiller». La categórica negación lo arrastró a declaraciones como ésta: «Por inclinación y por necesidad he leído los clásicos españoles y mi alma ha salido de entre tanto volumen vacía y sin conservar recuerdo alguno, ni rastros de sacudimientos profundos». Las excepciones que anotó enseguida, como arrepentido de su temeridad (entre ellas la del autor del Laberinto, comparable «por la sublimidad de concepción...» ¡a Dante!), borráronse en el párrafo siguiente: «Nula, pues, la ciencia y la literatura españolas, debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres». Y aquí se produjo el estruendo que habría de prolongar sus vibraciones hasta el último decenio del siglo: «Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma, pero éste debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros y hagamos -95- constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquéllos se produzca de bueno, interesante y bello... Tratemos de darnos una educación análoga y en armonía con nuestros hombres y con nuestras cosas; y si hemos de tener una literatura, hagamos que sea nacional, que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza...»²⁷. El Salón tuvo vida corta y otros asuntos reclamaron su tribuna. Pero en forma pública o privada recibió comentarios próximos o lejanos aquella sesión inaugural. Un articulista anónimo tomó en el Diario de la Tarde la defensa de España, y dijo acerca de su lengua: «sólo el que no la posea, sólo el que no puede hacer uso de su riqueza, de su hermosura, de sus encantos, podrá atreverse a ultrajarla hasta el punto de decir que es pobre, estéril, insuficiente para expresar nuevas ideas». Sostuvo también la vitalidad de la misma en su continua incorporación de «nuevas voces y nuevos modos de decir, al paso que progresan los conocimientos humanos», y afirmó que «en el día, la tribuna española se expresa en todas las materias con la misma energía, claridad, elegancia y fuerza de estilo que los escritores de cualquiera otra nación». Pertenece el artículo al ingeniero catalán don Felipe Senillosa, orientador de los estudios matemáticos en la ciudad y autor, en 1817, a los dos años de permanencia en el país, de un texto de gramática castellana. Del exterior llegaron dos ecos epistolares de compatriotas: «Hágame usted el gusto de explicarme en qué consiste esta formación del lenguaje nacional, porque la llamaría un solemne disparate si no estuviera anunciada por el mismo, -96- Gutiérrez», escribió a Félix Frías, desde París, el estudiante poeta de diecinueve años Florencio Balcarce. «Comprendería yo si dijese literatura nacional -adujo el joven crítico- porque significaría una poesía que reprodujese nuestras costumbres, nuestros campos y nuestros ríos; pero salir de buenas a primeras queriendo formar un lenguaje dos o tres mozos apenas conocidos por algunos escritos de gaceta, es anunciar una presunción ridícula». No paró ahí; tenía otra flechilla su mano certera: «En cuanto a los ataques a la literatura española, me parece que sólo sirven para desacreditar la sociedad (el Salón) a los ojos de los pocos hombres ilustrados que hay en el país. Es cosa de muchachos reunirse un domingo y entre música y cohetes declarar

que no vale nada lo antiguo, es decir, lo que ha servido para crear lo que existe».

La otra carta era de Florencio Varela y dirigida al propio Gutiérrez desde Montevideo. «No puedo comprender -le decía en ella- que para expresar nuestras ideas con claridad, con vigor, con belleza, sea necesario tomar frases ni vocablos del extranjero; y pienso que si los franceses y los ingleses pueden expresar esas ideas como lo han hecho Voltaire y Hume, Dupin y Burke, Lamartine y Byron, valiéndose de idiomas mucho menos ricos y sonoros que el nuestro, nosotros las podemos expresar con más facilidad, mayor pureza y lozanía mayor, manejando un idioma caudaloso y lleno de armonía. Amigo mío, desengáñese usted: eso, de emancipar la lengua no quiere decir más que corrompamos el idioma».

Sesenta y tres años después, un libro impreso en París ofrecía «el idioma nacional de los argentinos» -limalla recogida del polvo- a la cosmópolis naciente.

- IV -

Los emigrados en Chile

Todo lo contrario de lo acontecido en la Argentina, una esterilidad poética, poco menos que absoluta, acompañó al periodo revolucionario en Chile, suelo poéticamente fecundado por la conquista, que había dado a la literatura española, como constelación austral, La Araucana y su descendencia homérica.

Precedido por el renombre llegó a Santiago, en marzo de 1828, don José Joaquín de Mora, y se convirtió inmediatamente, según la expresión de un testigo, en «el niño bonito» de la ciudad andina. «Las Musas han abandonado la triste Península Española en compañía del saber, de la libertad y de la virtud», escribió algo después, pensando acaso en sí mismo y a propósito del destierro de su ex alumno Francisco Martínez de la Rosa. Con cualidades dignas de iguales calificativos, llegaba al año siguiente don Andrés Bello. En -98- Londres armonizaban; chocaron en Santiago; pero las musas fueron ajenas a la discordia. Don José Joaquín, fundador del Liceo de Chile, y don Andrés, fundador del Colegio de Santiago (establecimientos que rivalizaron a poco de nacer, apoyados respectivamente por liberales y conservadores); el gaditano violento y el mesurado caraqueño, ambos gramáticos, latinistas, cultores de diversas disciplinas científicas, enzarzaronse en ruidosa polémica que arrastró a los propios alumnos. Mora, exasperado por el descrédito que le atrajo ante

muchos, se lanzó furiosamente a la oposición política, y fue desterrado. Pasó a Lima, y la ausencia reconcilió al redactor español de la Constitución chilena de 1828 con el futuro autor venezolano del Código Civil de Chile, y, finalmente, con el país²⁸.

José Joaquín de Mora había sido el removedor fugaz, pero efectivo, del ambiente intelectual de la joven república. Andrés Bello sería su gran educador. «El habla, este órgano de todas las comunicaciones sociales -había escrito el primero, en 1829- se abandona en Chile al ciego impulso de una imitación vulgar y viciosa». El segundo, alarmado por las incorrecciones que cometían en el uso de la lengua hasta los más cultos, comenzó a publicar en 1834 una serie de artículos destinados a «advertir algunas de las impropiedades y defectos» que notaba. Pronto se convirtió en maestro y mentor espiritual de una generación chilena. La influencia -99- de su magisterio -evocaría uno de los que la recibieron, José Victorino Lastarria- fue casi una dominación. En 1841, un proscrito argentino, recién llegado y absolutamente desconocido en Santiago, publicó un artículo sin su nombre con el propósito de restaurar el recuerdo glorioso del general San Martín. ¿Qué dirían los chilenos? Cuando supo que Bello lo había leído y aprobado, exclamó en su escondite: «¡estoy a salvo!». El autor se llamaba Domingo Faustino Sarmiento y no tardaría en arremeter contra el pedestal del dominador.

«El movimiento político del año 1841 -diría también el mencionado evocador chileno- fue un verdadero despertar que marca en nuestra historia el momento en que acaba una época y principia otra nueva... Por aquel tiempo, estaba ya entre nosotros la brillante emigración argentina que había lanzado a este lado de los Andes la tiranía de Rosas y de sus aliados, los caudillos de provincia, y la sangrienta guerra civil». El mismo Lastarria vinculó ambos hechos a la transformación social y espiritual del medio santiaguino: «El teatro, las tertulias, los paseos, cobraban animación, y en todas partes, principalmente en las reuniones privadas de hombres que se mantenían en algunos salones particulares, se hablaba de letras, de política, de progresos industriales. Pero en este comercio de francas y cordiales relaciones resaltaba siempre el elegante despejo y la notable ilustración de los hijos del Plata, causando no pocos celos, que ellos provocaban y excitaban, haciendo notar la estrechez de nuestros conocimientos literarios y el apocado espíritu que los más distinguidos de nuestros jóvenes debían a su rutinaria educación»²⁹.

Ninguno más provocador, más «excitador» que Domingo Faustino Sarmiento, no hijo del Plata, a cuyas vecindades ni siquiera se había allegado aún, sino de Cuyo, la falda -100- andina que le había visto surgir y arrollar como un torrente de sus montañas. Lector curioso e insaciable, maestro de escuela por vocación absorbente, periodista por extensión de su magisterio, orgulloso autodidacto que tempranamente se proclamara émulo de Benjamín Franklin, hallábase en el destierro después de haberse despedido de las piedras de su comarca nativa con esta inscripción: Bárbaros, las ideas no se degüellan. El éxito de su primer artículo en tierra chilena valió un puesto en la redacción de El Mercurio y la amistad de su propietario, el tipógrafo español Manuel Rivadeneira. La arrogancia, la crudeza, el ímpetu incalculado de sus opiniones en los editoriales de aquel periódico, pronto le ocasionaron enojos, antipatías y controversias

en materia estética (crítica teatral), en instrucción pública y en política; pero también le produjeron amigos y un protector excepcional. A principios de 1842 fue nombrado director de la Escuela Normal de Preceptores por el ministro don Manuel Montt; en ella revolucionó los métodos para la enseñanza de la lectura y la gramática, que el periodista propiciara con ardor agresivo. Rozó, naturalmente, y aun estrujó la túnica impecable del maestro venezolano. Dos polémicas en torno al idioma y la literatura los enfrentaron.

Sarmiento dedicó un artículo el 27 de abril a ciertos Ejercicios populares de lengua castellana, una muestra de los cuales aparecía en la misma hoja y que él sintetizó así: «una especie de diccionario [de] los errores del lenguaje en que incurre el pueblo y que, apoyados en la costumbre y triunfantes siempre por el apoyo que les presta el asentimiento común, se transmiten de generación en generación y se perpetúan sin suscitar ni el escándalo de las palabras indecorosas a quienes la moral frunce el entrecejo, ni el ridículo que provocan las pretensiones de cultura de algunas gentes tan ignorantes como atolondradas que usan palabras cuyo sentido no comprenden ni están admitidas en el corto -101- diccionario popular»³⁰. Por su parte, el redactor sostuvo que los pueblos, y no los literatos, forman sus lenguas, y que la ortografía debe ajustarse a la pronunciación. Como los «ejercicios» también le fueron maliciosamente atribuidos, Bello, alarmado por aquella intromisión en sus dominios y temiendo que su larga y paciente obra de purificación idiomática en el país corriera peligro de malograrse, rebatió al hereje bajo el seudónimo de Un Quídam. Señaló una vez más la necesidad de estudiar e imitar los «grandes modelos de la literatura castellana» y previno a la juventud chilena del riesgo de hacer degenerar su lengua «en un dialecto españolgálico», como ocurría en los periódicos de cierto «pueblo americano, otro tiempo tan ilustre».

El redactor sanjuanino contestó en dos artículos abundantes y vehementes. «Un idioma -escribió en el primero- es la expresión de las ideas de un pueblo, y cuando un pueblo no vive de su propio pensamiento, cuando tiene que importar de ajenas fuentes el agua que ha de saciar su sed, entonces está condenado a recibirla con el limo y las arenas que arrastra en su curso; y mal han de intentar los de gusto delicado poner coladeras al torrente...». Habla que buscar fuera de España la literatura, la historia, la poesía, el teatro, las ideas políticas, la legislación, las ciencias, la religión, todo, en fin, «sin excluir un solo ramo que tenga relación con el pensamiento», y el ejemplo lo ofrecía Chile en su caudal bibliográfico de la hora, en sus textos de enseñanza elemental y hasta en las fuentes didácticas de algunas gramáticas compuestas en el país. Y el redactor terminaba recomendando el «comercio libre» en las letras hispanoamericanas, por más que rabie Garcilaso. En el segundo artículo repitió «que los pueblos en masa y no las academias forman los idiomas»; y recogiendo la alusión al dialecto bastardo de la prensa argentina, destacó el florecimiento copioso de la lírica en -102- el país vecino, mientras que la absoluta esterilidad poética de Chile debía relacionarse con «la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los admirables modelos, el temor de infringir las reglas». Una ocurrencia sarmientina dio al final un giro imprevisible que

implicaba el máximo elogio en la censura excesiva: «Por lo que a nosotros respecta, si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que serlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y la verdadera ilustración». El señor Bello se retiró prudentemente de la liza; pero la ocupó uno de sus discípulos, y con denuedo juvenil enrostró al adversario su condición de extranjero. Picado en lo más vivo de su americanismo andino, el cuyano inculcó de aquella imputación al régimen colonial, en este párrafo decisivo que también redujo a silencio al Otro Quídam: «¡Preocupaciones en que nos crió el régimen colonial odiando a todo lo que no era español y despótico y católico! Así nos educaron para sobrellevar sin murmurar el bloqueo continental en que estuvieron las costas americanas durante tres siglos, en que no oímos hablar de los extranjeros sino como de unos monstruos, herejes y condenados; y cuando la independencia abrió nuestro puerto al comercio, empezamos a buscar entre nosotros mismos dónde se alzaba un cerro de por medio, dónde se atravesaba un río, para decir: allí, del otro lado, están los extranjeros que hemos de aborrecer ahora...».

La polémica tuvo un apéndice unilateral: el 25 de junio publicó El Mercurio una colaboración titulada «La cuestión -103- literaria», con epígrafe de Lord Agirot. Como nadie se diese por aludido, el propio Sarmiento «descubrió» públicamente, cinco días después, que Agirot era el anagrama de «Fígaro», que el artículo había sido compuesto con frases intercaladas de Larra y que Larra, «como nosotros y antes que nosotros», había proclamado la libertad del idioma y de la literatura para romper con un pasado inerte.

La segunda polémica tuvo más antagonistas y no arrastró personalmente a Bello; se encendió a dos o tres semanas de haberse extinguido la primera, pero los inflamables venían acumulándose desde meses antes. En febrero había fundado Vicente Fidel López, también emigrado en Chile, la Revista de Valparaíso, publicación mensual inspirada en los sentimientos y las lecturas de la generación universitaria de 1830. Un nuevo periódico que pareció ser su antídoto, el Museo de Ambas Américas, dirigido por Juan García del Río, el codirector colombiano del londinense Repertorio Americano, surgió inmediatamente en la ciudad portuaria con el propósito de «propagar principios sanos y doctrinas conservadoras». Doce jóvenes chilenos, equidistantes de aquellas posiciones, lanzaron el Semanario de Santiago, que apareció en julio, cuando López ponía término a su revista y llevaba sus armas a la Gaceta. Fue, sin embargo, un artículo de éste en la desaparecida revista, «Clasicismo y Romanticismo», el explosivo que escandalizó los ámbitos y que el Semanario contestó en forma igualmente ruidosa, aunque desde un centro equilibrado que se alejaba del clasicismo inflexible y del romanticismo delirante que pretendía imponer absurdos -según su juicio- como el Ruy Blas de Hugo. La guerrilla se generalizó; aparecieron contendientes aislados, de las filas del no olvidado Mora y del velado Bello, y Sarmiento ayudó a López con su artillería mercurial.

Entraron en danza España con su política, su lengua y su literatura, la estética de Blair y la preceptiva de Herosilla, -104- los puristas y los corruptores, las unidades dramáticas y los amores probables o imposibles de un lacayo con su reina³¹.

Agriados los ánimos, se impuso la intervención conciliatoria, y la paz se hizo; pero el sacudimiento espiritual de aquel año de 1842 acreditó a los argentinos la oportunidad de un viento huracanado y tónico. Al año siguiente se inauguró la nueva Universidad y don Andrés Bello fue designado su rector, además de miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades junto con Sarmiento y varios profesores y escritores chilenos. En la primera sesión de esta Facultad, al mes de inaugurada, Sarmiento leyó su Memoria sobre ortografía americana. La exposición abundó en juicios acres y pullas, dichos con desenfado y sin miramientos a opiniones y simpatías personales de algunos de los miembros presentes. El primer ataque fue para la Academia Española, por su falta de autoridad, causa de su inacción. ¿Quiénes la constituían? «¿Son historiadores como Guizot, Thierry, Niebhur, Thiers, Michelet y toda la grande escuela histórica de nuestra época? ¿Son sabios como Araco o Cuvier, literatos como Villemain, gramáticos como la nueva escuela francesa, poetas como Hugo, Chateaubriand o Lamartine? No, por cierto; son, no obstante ser los más notables de España, escritores muy subalternos, pensadores comunes que importan ideas de las naciones vecinas a su país, o como Herosilla y otros pobres diablos se aferran en sostener lo pasado con dientes y uñas». Siguió el consabido proceso a la España inquisitorial y bárbara, sin filósofos, ni sabios, ni escritores de nota en tres siglos, pero, por eso mismo, con el campo libre para las reformas ortográficas: «La España, en fuerza de su barbarie pasada, ha podido presentar la ortografía más aproximativamente perfecta, al mismo tiempo que la Francia y la Inglaterra, por su mucha cultura, -105- tienen la ortografía más bárbara y más absurda...».

España y América se alimentan espiritualmente de la traducción; el idioma español es, por excelencia, en la actualidad, el idioma de traducir, y el expositor recuerda la «jeremiada» de Larra: lloremos y traduzcamos. Y a propósito de éste compara sus ediciones española y chilena: «Un Larra impreso en España, en papel podrido, con tinta de humo de chimenea, nos cuesta media onza, mientras que un Larra reimpresso en Valparaíso, con hermoso tipo francés y muy escogido papel norteamericano, sólo costó un cuarto de onza. En cuanto a las prensas que proveían de libros a América, no estaban en España sino en Francia e Inglaterra, lo que facilitaba la reforma ortográfica: «no se trataría en esto sino de hacer la mercadería más al gusto de la plaza».

La reforma consistía en la representación gráfica de los sonidos de la lengua con una letra para cada uno de ellos y viceversa, en la supresión de las letras mudas y de las que no respondían a la fonética americana y en la determinación del empleo único de algunas equívocas. Bello y García del Río, en Londres; el canónigo español Puente, en Chile, y principalmente Mariano Vallejos, en España, ya habían propuesto reformas ortográficas que el expositor argentino citaba en su trabajo. Un escritor español, residente en Santiago, atacó la reforma y los fundamentos de la Memoria, desde El Progreso, destacando el odio a España del autor y zahiriendo el patriotismo del proscrito. Sarmiento se defendió y

contraatacó reciamente en ocho cartas, desde la Gaceta del Comercio. De todas ellas, quede aquí una confesión típica transcrita de la Memoria en la carta segunda: «Cuando digo España en materia de letras, incluyo a la América, y no sería yo quien escupiría locamente al cielo. La España, como pueblo que trabaja por salir de la nulidad a que le han condenado los errores de sus antiguos déspotas, es la nación más digna de respeto»³².

-106-

La Facultad, en un informe que llevaba la firma de su decano, don Miguel de la Barra, opinó que la reforma debía hacerse «por mejoras sucesivas»; y a pesar de que el rector Bello se había manifestado partidario de la mayor parte de las innovaciones, sólo aconsejó la nueva nomenclatura de las letras del alfabeto, la supresión de la h en todos los casos que no suena y de la u en las combinaciones que, qui, y de la y como vocal. Aprobado por la Universidad el informe, adoptaron aquellas reformas la prensa, las publicaciones oficiales y los libros de texto del país. Se resistió únicamente la imprenta del editor español Santos Tornero, en Valparaíso. El señor Tornero era propietario de El Mercurio, redactado entonces por el proscrito argentino Félix Frías, amigo de Sarmiento y partidario de la reforma. Llegose a una transacción, e insertó aquel órgano: «Oi tenemos la satisfacción de avisar a nuestros lectores qe persuadidos a qe son mui subalternos los argumentos del ábito contra la fuerza de la verdad y de la razón, nos emos resuelto a dar pleno cumplimiento a la sanción de la Universidad en la parte editorial de El Mercurio». En adelante, el diario presentó, efectivamente, dos ortografías. Apenas transcurridos dos meses, Juan Bautista Alberdi se hizo cargo de la redacción y restableció la ortografía «antigua» en los editoriales³³.

-107-

- V -

La hermandad romántica

La generación argentina de la Independencia se sintió hermana de la generación española que había luchado contra la invasión napoleónica, e imitó la canción peninsular de sus poetas. La generación argentina de los días románticos fraternizó, de igual modo, con la española de esa hora, agitada por ideales comunes en ambientes distintos, y Alberdi llamó a la España de aquel despertar «la joven España, la hermana nuestra, porque venimos del mismo siglo». Dos nombres señeros representaron su prosa y su poesía en el Plata: Mariano José de Larra y José de Espronceda.

En 1835 se publicó en Madrid la recopilación de los artículos firmados por el primero con el seudónimo de Fígaro. Dos años después, el seudónimo dio título a la reproducción, con pocas alteraciones, de aquella primera

-108- edición madrileña. El 13 de febrero de 1837 se mató Larra; en la primera semana de noviembre del mismo año apareció la edición montevideana de Fígaro, y antes de un mes, en el segundo número de La Moda, estrenó

Alberdi, al pie de un artículo de costumbres porteñas, su seudónimo discipular: Figarillo.

La Moda, con su título de escurridiza frivolidad y su calificación complementarla de «gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres» -marbete de un frasquito de esencias de contrabando- fue la continuación inmediata del Salón Literario. Alberdi y Gutiérrez pasaron de la tribuna a la redacción, como de un comando, a otro. En esas páginas de taller, España recibe el alfilerazo de los modistos y Francia sus cumplimientos. «Muchos de nosotros -reconocen con hidalguía- tenemos padres españoles cuya memoria veneramos. Tratamos españoles dignos, que nos llenan de honor con su amistad. Frecuentamos escritores a quienes debemos más de una idea. Pero todo esto no estorba el conocer que el mayor obstáculo al progreso del nuevo régimen, es el cúmulo de fragmentos que quedan todavía del viejo». Uno de esos fragmentos anacrónicos es la lengua castiza: para mucha gente es todavía «inconcebible toda ciencia, toda doctrina que no venga escrita en la lengua de Cervantes». Otro es la lectura de éste (además de su eventual compañía): «... fuera de desear que nuestros jóvenes que aspiran al talento divino de escribir, en vez de leer a Capmany, a Jovellanos, a Cervantes, abriesen directamente una lectura meditada y lenta de Víctor Hugo, Lamartine, Jouffroy, Fortoul, Lermnier, Chateaubriand». Sin embargo -se advierte a continuación-, Hugo y Chateaubriand, escritores románticos, exhuman tiempos remotos en vez de vaticinar los que vendrán, y los redactores del gacetín quieren «una literatura profética del porvenir, y no llorona de lo pasado». Hay una Alemania joven, hay una Francia joven que no miran hacia esos abismos del tiempo, han dicho -109- varias semanas antes; hay también una «joven España, la única España amiga y querida nuestra», que no ama a la que aparece en su teatro clásico, y que tiene en Fígaro su más alto representante: «Los que deseen ver una muestra cabal de una literatura socialista y progresista, lean a Larra»³⁴.

Seis días antes de publicarse el último número de La Moda, el 15 de abril de 1838, apareció en Montevideo el primero de El Iniciador, quincenario dirigido por el argentino Miguel Cané y el uruguayo Andrés Lamas. El periódico transplatino fue, en cierta forma, la prolongación del porteño. Los compatriotas Alberdi (con su seudónimo o, como los demás, con iniciales antojadizas), Gutiérrez, Carlos Tejedor, Rafael J. Corvalán (los cuatro, redactores de La Moda), Echeverría, Félix Frías y Santiago Viola desde Buenos Aires; Miguel Cané, Bartolomé Mitre, los hermanos Yarela, Luis Méndez y Miguel Irigoyen, radicados en Montevideo, llenaron las nuevas columnas con artículos, versos y traducciones. La «joven España» fue reconocida en la primera página como aliada contra la secular. Fígaro fue reproducido, elogiado o citado casi regularmente en las sucesivas quincenas. Reprodujéronse también artículos de algunas publicaciones españolas y, en una oportunidad, varias piezas poéticas de Patricio de la Escosura. El joven Mitre -tenía diecisiete años- rindió cálido homenaje a Quintana; Gutiérrez hizo lo propio con Meléndez Valdés.

Aunque sin nombre de autor, la afortunada Canción del Pirata, de Espronceda, había merecido la transcripción en el primer número de El Iniciador. Al año siguiente, moría el periódico, y desde Buenos Aires, en carta a Alberdi, ya proscrito en Montevideo, Juan María Gutiérrez

lamentaba -110- aquella desaparición prematura y se congratulaba de los adelantos poéticos del joven Mitre. «En la parte material -escribía- hace bien en seguir a los españoles modernos, porque representan muy bien el gusto y la necesidad actual y tienen estudios muy serios sobre la armonía rítmica a que se presta el español: han rebuscado en lo antiguo y han exhumado lo mejor. Espronceda, Zorrilla, etc., son excelentes poetas españoles»³⁵. En 1840, un nuevo periódico de título byroniano, *El Corsario*, se anunciaba en la misma ciudad con estrofas imitadas de aquella canción esproncediana y precedidas, para mayor identidad, por los dos primeros versos de su estribillo. El prospecto lírico era obra de Bartolomé Mitre.

Durante la vida del autor de *Childe-Harold*, rara vez había resonado su nombre en Buenos Aires. Tres meses después de su muerte, *El Argos* del 28 de junio de 1824 anunció en seis líneas la pérdida «muy sensible» y, dada su edad, «intempestiva», de aquel a quien consideraban en Europa «el primer poeta de su tiempo». Descubierta y admirado por Echeverría en sus años de París, el nombre de Byron se hizo familiar entre sus discípulos porteños de 1830. Poco más tarde, la fascinación byroniana dominaba a nuestra juventud romántica, y el hechizamiento del gran outlaw acompañó a los primeros proscritos de la tiranía. Pero al cruzar éstos el Plata llevándose como bienes muebles la poesía y sus númenes para depositarlos en la orilla opuesta, comenzaron a percibir otra gran voz que les llegaba de ultramar con acento español. Y esa voz tenía recónditas vibraciones byronianas.

-111-

Si algunas noticias de la vida azarosa de Espronceda llegaron también entonces a oídos de los desterrados argentinos, la simpatía por el revolucionario debió de reforzar la literaria. Y cuando el certamen de 1841 congregó a los rimadores juveniles de Montevideo para celebrar el aniversario de mayo, un hecho significativo reveló el prestigio, rápidamente alcanzado entre ellos por el cantor de Teresa. Otorgado el premio a Juan María Gutiérrez, estimó el jurado que otra pieza, perteneciente a Luis Domínguez, era acreedora de especial distinción; y en el informe de la comisión clasificadora dijo su redactor, Florencio Varela -último representante del neoclasicismo rioplatense- que se obsequiaba al autor con «un volumen que encierra las ricas producciones de la lira de Espronceda, una de las espléndidas columnas que sustentan hoy el magnífico templo que levanta la España a la literatura y las artes». El libro, aparecido en mayo del año anterior, y su elogio, debieron de significar en aquella oportunidad la reanudación «pública» de las relaciones poéticas con España, ya restablecidas por nuestros románticos, en los dominios de la prosa, con su devoción a Larra. Hubo, sin embargo, una disidencia definidora de generaciones en el aspecto capital. Varela sostuvo en su dictamen que no pudo haber en América literatura americana, durante la dominación española, porque la colonia sólo producía, material y espiritualmente, para la metrópoli; pero al juzgar la poesía argentina se manifestó adicto a las formas heredadas. Alberdi editó los trabajos premiados y, motu proprio, los precedió de un alegato estético-político en el que volvió sobre el concepto de la emancipación del idioma, expuesto por los voceros del Salón Literario, y reivindicó para la nueva lírica

-expresión del paisaje propio y de los sentimientos de la sociedad
naciente- una lengua renovada, aunque incorrecta, y formas no esclavizadas
a cánones arcaicos.

La Canción del pirata y la Canción del mendigo, gemelas -112- de un mismo sentimiento rebelde, dieron troquel y espíritu a numerosas imitaciones en la América de lengua española. Dos de ellas pertenecen a emigrados argentinos, participantes del famoso certamen. Juan María Gutiérrez, que durante su viaje a Europa con Alberdi, en abril de 1843, había versificado a bordo el poema que su compañero iba componiendo en prosa, inspirado por el mar y Byron, escribió a su regreso, en noviembre, también a bordo, su Canción del grumete, inspirada por el mar y Espronceda. Nuevamente embarcado, en 1845, con destino a Chile, Espronceda y el mar volvieron a inspirarle su breve composición El capitán pirata. José Mármol agregó su Canto del poeta, no menos náutico y volador y silbante que el canto del «velero bergantín»; incorporó, además, al canto IV del Peregrino («nuevo Harold en alma y en pesares») la octava zumbona del primer canto de El Diablo Mundo, con sus desdenes a la preceptiva y su desprecio a la crítica y su capricho personal. Juzgando el poema, todavía inédito, en febrero de 1846, escribió Sarmiento desde Río de Janeiro, en la respectiva carta de sus Viajes: «Byron, Hugo, Béranger, Espronceda, cada uno, no temo afirmar, querría llamar suyo algún fragmento que se adapta al genio de aquellos poetas». No agregó el nombre trasparentado de Zorrilla. Y era el del único poeta que hubiera hecho suyo el raudal de pedrería que deslumbró al sanjuanino: ese desfile de celajes y onomatopeyas en ritmos cantantes; esa música verbal que anula al pensamiento y atropella la sintaxis y se burla del sentido de las palabras que emplea, arrebatada por su propia armonía y su versatilidad de nube... Otra nota, más de acuerdo con sus gustos y sus preocupaciones, pudo observar el viajero en el poema multiforme: el tema político de las octavas del canto XII, canto que habría de ser el último, y que el autor adelantó aislado en su edición montevideana, cinco meses después, con un prefacio -113- en el que lo consideraba «el más árido, el más desconsolador de todos, porque también lo es el asunto». Un verso español había encendido allí la indignación del poeta argentino:

Salud, Duque de Rivas. Eres hombre
que dijiste verdad en ecos llanos
cuando dijiste, por negarnos nombre:
Españoles, seréis, no americanos...36

¿Cuál era la España de América? Quince estrofas respondían: no la «de los ínclitos varones», la del «carro del triunfante godo», la que enviaba de su alta frente al mundo «el dulce rayo del saber fecundo»:

Esa España, por Dios, nos honraría,
y el alma de Colón al vernos grandes,

nuestra madre inmortal bendeciría
desde la sien de los soberbios Andes;
y a su virgen espléndida diría:
«Para que el mundo en lo futuro mandes,
cuando te hallé desnuda entre las olas,
te cubrí con banderas españolas».

-114-

No; la España de América era para el poeta la de tres siglos oscuros, «desde Felipe hasta Fernando»; o como decía el último verso de una octava -modificado al publicarse el canto, lo que ocurrió con numerosas estrofas del primer manuscrito-, la España, en fin, por quien muriera Larra... Era la misma opinión expuesta en el segundo número de La Moda al mencionar al suicida: «Este talento inimitable se ha quitado la vida: se ha dicho que por una mujer. Lo creemos, pero esta mujer para nosotros es la España».

-115-

- VI -

La «Lira española»

Mientras los proscritos de la tiranía limitaban casi exclusivamente a Larra y Espronceda su admiración fraterna, comenzó a publicarse en Buenos Aires por entregas compuestas en los talleres de Arzac, una colección de poetas españoles contemporáneos, bajo el título de Lira Española, sin duda ecoico de la Lira Argentina de veinte años antes. Alcanzó a formar tres volúmenes de 240 páginas cada uno, con sus respectivos índices, en 1844, y al año siguiente inició el cuarto. La divisa ineludible de la tiranía sellaba con su «viva» y su «muera» las portadas.

En la introducción de la primera entrega, anónimos «redactores» explicaron por qué razones difundían aquellos frutos del cercado ajeno. «Hijos de una República joven -escribieron- cuyos primeros años los han consagrado a cimentar su libertad e independencia, conquistada a costa -116- de inmensos sacrificios; ocupados hasta hoy en combatir las ideas corrompidas que pretendieron entronizar nuestros enemigos, aún no hemos podido crearnos una literatura propia». Era desconocer, sin duda, cuanto había recogido la Lira anterior, más todo el movimiento romántico que, iniciado hacía catorce años en Buenos Aires por Echeverría y continuado por los proscritos en su «provincia nómada y flotante», como denominara Alberdi a las tierras que les daban asilo, contaba ya con numerosas y apreciables piezas que hubieran podido formar un núcleo propio. Pero a pesar de que dos años antes se había publicado en Buenos Aires la segunda edición de

Los consuelos (aunque lírica apolítica, obra de un desterrado), se explica que los nuevos compiladores no se decidiesen por la cosecha prohibida, en la ciudad del tirano. Y para justificar la empresa, adujeron: «descendientes de la España, tomamos fuerza en su fuerza para sacudir el yugo físico con que nos oprimía. Y si aún pesa sobre nosotros su yugo moral, ¿por qué, para arrojarlo, no hemos de seguir el mismo camino?» La época, argumentaban, era propicia: «bajo la protección de un Gobierno paternal». También el Salón Literario de 1837 había inaugurado su obra redentora en momento propicio: bajo el gobierno del «gran Rosas», según la expresión de su fundador. Y aun cuando la fe en el «progreso», religión en boga, animase a los colectores como a los adalides del Salón, la España condenada en sus sesiones, exponente de atraso y esterilidad, recobraba valores en la página prologal: «Ninguna nación es tan digna de estudio para nosotros como la España. Con un mismo idioma, y si se puede decir, con unas mismas costumbres, sus sucesos, sus adelantos, deben interesarnos tanto como si ella y las Repúblicas Americanas fuesen una misma nación». Y no obstante zarandear el despotismo, el fanatismo y las tinieblas de la península materna, reconocían atisbos de un renacimiento espiritual que -117- acompañaba a su «joven Reina», en el canto de sus nuevos poetas. «Empresa escabrosa», como declaraban los redactores en la introducción; «la primera empresa literaria de este género en nuestro país», como recalcarían en una página que agregaron a la última entrega del primer volumen, la Lira Española tuvo el mérito de ajustar sus cuerdas con el diapason de sus días, pues sólo albergó voces románticas. Ninguno de los autores comprendidos en ella había nacido antes del siglo, y la mayoría no alcanzaba su treintena. Ni Martínez de la Rosa, ni Alcalá Galiano, ni el duque de Rivas, ni Mora, figuraron en la galería: los iniciadores debieron de parecerle envejecidos. De ahí lo escabroso de la empresa, o sea disponer en la capital rosista de materiales abundantes para representar la actualidad lírica de España. Y la composición de los volúmenes demuestra las ocultas dificultades: los mismos autores suelen reaparecer en sucesivas entregas, y la supeditación a lo eventual parece prevalecer en todo sobre algún probable intento de plan y ordenación.

Libro rarísimo en nuestros días -mucho más que la ya casi inhallable recopilación argentina de 1824- y del cual no se ha ocupado, que yo sepa, ninguno de los historiadores de nuestra literatura, debe ser recordado como una expresión inesperada del ambiente y de la hora en que apareció, y merece una mención circunstanciada de su contenido. El poeta que provee de mayor número de composiciones a este florilegio peninsular que riega el Plata, es José Zorrilla (nacido en 1817), quien ya había publicado diez tomos de poesías. De las treinta y seis piezas totales del primer volumen de Lira Española -exornado con su retrato-, trece son del fecundo vallisoletano, y reaparece con seis entre las veintiocho del segundo, con tres entre las veinte del tercero y es uno de los pocos autores que llegan al cuarto. De Espronceda, fallecido en 1842, sólo hallamos en el primer volumen -118- dos piezas: Al sol y el soneto que empieza «Fresca, lozana, pura y olorosa»; probablemente no poseían aún los «redactores» el tomo de 1840, ni las entregas de El Diablo Mundo; pero en los dos volúmenes siguientes figuró con seis composiciones famosas, y la primera entrega de 1845 se inició con el canto A Teresa. Asimismo, el retrato de

Espronceda adornó el tomo segundo.

Juan Arolas (n. en 1805), celebrado entre los románticos españoles por el exotismo oriental y la versificación fácil, dio nueve piezas al conjunto; seis Eugenio de Ochoa (1815); cinco Bermúdez de Castro (1816), el amigo íntimo de García Tassara, quien no asoma en la recopilación; tres Nicomedes Pastor Díaz (1811); dos nuestro compatriota Ventura de la Vega (1807); dos, también, Salas y Quiroga y López Pelegrín (1801), este último con su nombre y su seudónimo Abenamar. Figuran con una sola pieza los restantes (trece nombres, casi todos oscuros para la historia literaria), y entre ellos aparece Campoamor, representado por una de las «doloras» que reunió en libro, así bautizado, dos años después (1846).

La lista de suscritores que acompañó una de las entregas y en la que el lector actual señala nombres más, tarde famosos en la política, en el foro y en otros escenarios de la vida nacional, sólo comprende a dos poetas: don Vicente López y el médico Claudio Mamerto Cuenca, cuya obra poética se conoció después de su muerte en la batalla de Caseros. ¿Había otros en la ciudad de 1844? Lo que no faltaban eran lectores ansiosos, dada la escasez de libros. Una colección de poesías contemporáneas debió ser manjar codiciado. Mas no todos comprenderían que la Lira Española significaba también un eslabón en las relaciones espirituales con la antigua metrópoli, rotas desde Mayo.

-119-

- VII -

Literaturas de América

El 15 de julio de 1835, la *Revue de Deux Mondes*, de París, publicó un artículo titulado *De la littérature de l'Amérique du Nord*, perteneciente a Philarette Chasles, asociado diez años antes con Amédée Pichot en la fundación de la *Revue Britannique*. Era el primer intento de apreciación panorámica de aquella literatura realizado en Francia, al que siguieron otros ensayos sobre las letras y las costumbres de los Estados Unidos, que harían de M. Chasles, escritor anglófilo y ya especializado en letras inglesas, el crítico francés más autorizado en las angloamericanas hasta mediados del siglo, o sea cuando él tomó otras direcciones y aparecieron nuevos estudiosos de aquéllas³⁷.

-120-

M. Chasles³⁸ no reconocía originalidad alguna a los escritores del joven y grande país, llamáranse Irving o Cooper. Poetas y prosistas obedecían a la tradición británica. La nueva literatura de aquel nuevo mundo tenía hondas raíces europeas. La lengua es el reflejo de la mentalidad de una nación y hacerla propia es someterse a una inevitable dependencia espiritual, más fuerte que la del suelo: *la patrie est dans le langage plus que dans le sol... Les Etats-Unis sont donc anglais; ils n'ont pas de littérature spéciale...* Por otra parte, los americanos estaban muy ocupados y se

sentían demasiado felices con su prosperidad material para conceder privilegio a su literatura; ni ésta podría ser la expresión de su medio hasta que la tradición hubiera sedimentado cuanto se agitaba en aquella sociedad flamante.

A los diez años justos de haber aparecido el primer artículo del crítico francés sobre la literatura angloamericana, un escritor español residente en América, Dionisio Alcalá Galiano, publicó el suyo, titulado «Consideraciones sobre la situación y porvenir de la literatura hispanoamericana», datado en Mérida el 20 de julio de 1845. «Veinte años largos van transcurridos desde que las antiguas colonias españolas lograron tras una lucha más o menos reñida, consolidar su independencia -decía a continuación de un preámbulo insustancial-, y aun después de tener por tanto espacio fijada su condición política y de contarse en el rango de las naciones, preciso le será confesar a cualquier juez imparcial que su literatura se halla todavía en mantillas». No negaba la existencia de buenos escritores, sino la de «una escuela literaria poseedora de un colorido que le sea propio y de una individualidad que la caracterice»; y no creía, como algunos, -121- que fuera su causa el predominio de los intereses materiales, pues mostraban lo contrario «las dos naciones europeas que se hallan colocadas sin disputa al frente de la civilización, material, Francia e Inglaterra». Tampoco lo atribula a los continuos disturbios políticos: Atenas, Roma, Florencia, eran prueba de que aun en ellos puede brillar y producir el arte.

La literatura hispanoamericana debía su «amortiguamiento», según el articulista español, al hecho de no cultivar, de no renovar «el espíritu de nacionalidad»; y para lograrlo aconsejaba el crítico «amalgamar lo bueno de todas las épocas, el elemento de conservación y el elemento innovador...». Felizmente, la vaguedad del consejo se apoyaba en un ejemplo preciso. «Y si se quiere ilustrar mejor la doctrina aquí sustentada -argüía el expositor- vuélvase la vista a lo ocurrido en España. Allí también incurrieron los escritores, durante el último siglo y los principios del presente, en la absurda manía de desdeñar sus antecedentes: nacionales, imitando a ciegas cuanto de afuera venía. El resultado fue que se escribía en cierta especie de mal francés disimulado, y se trasladaban débilmente las ideas, sin profundizar el raciocinio en ninguna lengua... Alzose luego una nueva escuela más filosófica que proclamaba las doctrinas eclécticas aquí sustentadas; y pronto, bajo su influjo, vimos fructificar el ingenio... Hubo poetas, hubo pensadores dignos de tal nombre... Zorrilla bebió a la vez en las fuentes de Lope y de Víctor Hugo...». En forma tan anodina, don Dionisio Alcalá Galiano, velando por el porvenir de la literatura de lengua española en el Nuevo Mundo, proponía a sus cultores partir «del mismo punto de donde partieron sus hermanos allende el mar», y aun «aprovechar el auxilio de éstos en los primeros pasos».

El artículo fue transcrito en folletín de la primera plana por el Comercio del Plata, de Montevideo, los días 24, 25 y 26 de julio de 1846. Terminaba entonces de imprimirse la -122- Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37, con que Esteban Echeverría precedió la reedición de su Dogma socialista de la Asociación de Mayo, y el autor llegó a tiempo para agregarle diez páginas de

comentarios a dicho artículo.

Antiguo lector de la *Revue de Deux Mondes*, Echeverría advirtió inmediatamente el parentesco próximo de las «Consideraciones» del señor Alcalá Galiano sobre las letras americanas de lengua española con las ideas de M. Philarète Chasles sobre las letras americanas de lengua inglesa, y, lo dijo sin ambages: «el señor Galiano nos da vestidas a usanza o estilo del siglo XVI, las ideas de un escritor francés del siglo XIX»; y como aquél se refiriera también a la «decente medianía» en que vegetaba la literatura de los Estados Unidos, lo acusó de asentarla «bajo la fe, sin duda, de Mr. Chasles...».

La coincidencia local de la publicación del artículo negativo con la aparición del balance alentador en que el emigrado porteño afirmaba la acción de la inteligencia argentina en una década sombría o agitada, mortificó al iniciador, y su réplica fue cáustica. Si nuestra literatura se hallaba aún en mantillas, ¿convertiríase en adulta volviendo a la tradición colonial y poniéndose a remolque de la española? América no reconocía mayor superioridad a la «joven España» en punto a originalidad literaria, a pesar de las condiciones favorables, de su posición, ni estaba dispuesta a imitar imitaciones. Las únicas figuras «progresistas» y representativas de lo nuevo en pensamiento y forma de sus letras, eran Larra y Espronceda. En cuanto al mencionado Zorrilla, sacrificador de su propio ingenio poético en aras de la tradición, sólo se mostraba «original y verdaderamente español por la exuberancia plástica de su poesía». Sin destacarlo presuntuosamente, el introductor personal del romanticismo en el Plata señaló al articulista su ignorancia de que el movimiento emancipador del clasicismo y -123- la propaganda de las nuevas ideas sociales se habían iniciado antes en América que en su patria, si bien estaban casi paralizados desde 1837 por una lucha desastrosa, alimentada por la regresión colonial. Y en ese campo de acción no podía haber lugar para lo aconsejado por el articulista oficioso, o sea la tradición, al modo español. «El único legado que los americanos pueden aceptar y aceptan de buen grado de la España, porque es realmente precioso -declaraba- es el del idioma; pero lo aceptan a condición de mejora, de transformación progresiva, es decir, de emancipación». Los escritores que lo empleaban sabían que su época era de transición y preparación; y al acopiar materiales para el porvenir, servían a un futuro no lejano en que vislumbraban la verdadera creación sobre la base de un nuevo sistema social.

A nuestra literatura «en mantillas», ¿qué modelos españoles hubieran podido estimularla durante dos centurias, desde la época áurea que terminó con «Calderón, Moreto y Tirso»? Y dirigiendo el ataque al siglo promediado, «¿qué libro extraordinario -arremetía el autor de la Ojeada- ha producido la emigración española de los años 13 y 23, compuesta de las mejores capacidades de la península y diseminada en las capitales europeas, en esos grandes y estimulantes talleres de civilización humanitaria?... ¿Cuál es la escuela literaria española contemporánea? ¿Cuáles son sus doctrinas? Las francesas...». No había América de pedirle, pues, lo que podía obtener sin intermediarios mientras no lograra «emanciparse intelectualmente de la Europa». Sin embargo -terminaba-, América, con su profunda simpatía por «la España progresista», reconocía

ya los benéficos influjos de su comercio y de su industria, y anhelaba recibirlos también de ella, cuanto antes, en el orden de las ideas. La herida más honda sangró en el final: la reproducción sin comentarios del artículo en el Comercio del Plata significaba, en cierto modo, la solidaridad de su director, Florencio -124- Varela, con cuanto sostenía. Al expresarlo Echeverría en su penúltimo párrafo, recordó que alguien le había manifestado extrañeza por no haberse referido en su Ojeada a la labor histórica de aquél... Tampoco el diario dijo palabra cuando apareció la obra con su agregado. Y así cruzaron sus silencios, como las sombras de dos espadas, el primer romántico y el último neoclásico de la literatura argentina.

-125-

- VIII -

Allende y aquende

Con la muerte de Fernando VII, acaecida el 29 de setiembre de 1833, España pareció aliviarse de un peso asfixiante. Víctima complaciente de la avilantez napoleónica, luego premiada con la restitución de lo suyo por quien se lo quitara, el monarca tenía como fondo histórico de su figura la invasión francesa y la emancipación de las colonias americanas; como ambiente nacional, el absolutismo y el odio. Tres veces viudo y sin descendencia, y vuelto a casar, en 1829, con María Cristina de Dos Sicilias, de la que tuvo dos hijas, había abolido la ley sálica, introducida por los Borbones, y promulgado una pragmática que instituía heredera del trono a su hija mayor, en perjuicio de su hermano Carlos. No contaba aún tres años la princesa María Isabel cuando murió su padre. Al mes de perderlo, fue proclamada reina: Elizabeth II Hispaniarum et Indiarum -126- Regina. Y en la sonrisa de su inocencia real creyeron ver lucir el sol de una mañana promisoría los súbditos enternecidos. La niña augusta era gemela del Romanticismo, y el destino defendió su tambaleante corona mientras aquél mantuvo la suya, no más firme. Nacida en 1830, a los tres meses, del estreno en París y en francés de Aben Humeya, drama del emigrado español Martínez de la Rosa, Isabel II abdicó, desterrada en Francia, cinco meses antes de la muerte de Bécquer. Apenas coronada, los emigrados de la segunda proscripción habían vuelto al suelo patrio con la semilla romántica, como vientos fecundadores. Martínez de la Rosa fue presidente del primer consejo de ministros de la regencia, en 1834, y ese mismo año estrenó en Madrid La Conjuración de Venecia, precediendo en algunos meses al Macías de Larra. Otro emigrado, don Ángel de Saavedra, flamante duque de Rivas, estrenó al año siguiente Don Álvaro y fue más tarde embajador en Nápoles y en París y también presidente del consejo de Estado. El Trovador, de García Gutiérrez, en 1836, y Los Amantes de Teruel, de Hartzenbush, en 1837 -el año que se llevó a Larra y reveló a Zorrilla junto a su tumba, «cual flor de jaramago»- completaron

sucesivamente la floración de la primera escena romántica, mientras la guerra carlista desarrollaba sus episodios fratricidas en la regencia de María Cristina. La reina infantil tenía entre sus instructores a don Manuel José Quintana, el Tirteo de la guerra de la Independencia, encarcelado por Fernando VII. Espronceda, conspirador y republicano, fue secretario de legación en los Países Bajos, a fines de 1841, y murió en Madrid el 23 de mayo de 1842. En noviembre de 1843 las Cortes declararon mayor de edad a la reina, que sólo contaba trece años y un mes. Y en 1844, los anónimos colectores argentinos de la Lira Española advertían al lector porteño que la España «agobiada bajo el peso del despotismo» empezaba a librarse de sus tinieblas, y que los hombres -127- destinados a disiparlas se reunían «por instinto al derredor de una joven Reyna...». Hora oportuna para que algún viajero argentino hubiera representado in situ la buena disposición de la «hermandad romántica» establecida con la «nueva España». En 1842 hubo de visitarla el general don José de San Martín, residente a orillas del Sena, invitado por su antiguo camarada de Murcia y entonces protector, el banquero español don Alejandro Aguado. ¡Cuánto hubieran podido adelantar las relaciones armónicas entre madre e hija con semejante embajador! Pero el gobierno de Madrid consentía en recibirla sin reconocerle su carácter militar, y el ex coronel de España y libertador de América renunció a un viaje que le imponía ese despojo. En 1843, Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi se embarcaron en Montevideo para Europa; separáronse en Turín y volvieron a reunirse para el regreso, al año siguiente, en el Havre: ninguno de los dos había pisado tierra española. A fines de 1845, Domingo Faustino Sarmiento, proscrito en Chile, se embarcó en Valparaíso, también con destino a Europa. Llegó a España, después de visitar Francia, al mes de haberse casado Isabel II. Desde Madrid escribió a su gran amigo chileno José Victorino Lastarria (carta sexta de Viajes): «He venido a España con el santo propósito de levantarla el proceso verbal para fundar la acusación que, como fiscal reconocido, tengo que hacerla ante el tribunal de la opinión de América». Llevaba, además, otro objeto: como autor de la reforma ortográfica se proponía estudiar en el solar de la lengua cuanto a ella y a su enseñanza correspondiere. Y una noche en que hablaba de ortografía con su compatriota españolizado Ventura de la Vega (autor en boga por el triunfo casi reciente de su comedia El hombre de mundo) y en presencia de contertulios españoles que veían en la «desviación de la ortografía usual» un motivo de perturbación entre las relaciones de España y sus «colonias», el prevenido viajero empleó armas -128- pesadas: «Como allá no leemos libros españoles, como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como ustedes aquí y nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que ustedes escriban de un modo lo traducido y nosotros de otro...».

Con esos colores preparados en la paleta de las primeras páginas, el cuadro de las cincuenta impresas de la carta peninsular resultó inexorablemente sombrío, salvo el breve final barcelonés, como contraste de todo lo castellano. La España de Sarmiento era, sin embargo, la de Larra y la de Gautier; pero el fiscal sanjuanino, convencido de que el reloj histórico señalaba en ella el siglo XVI, se mostró además cegado por

el rencor patriótico de su generación. ¡Si dos argentinos como Sarmiento y Ventura de la Vega (nivelado entre los autores españoles de su hora sin la «corcova» del mexicano Alarcón que siempre fue desparejada vecindad con los de la suya) hubiesen convenido trabajar por la aproximación espiritual de los «hermanos», el uno en su lejana tierra y el otro (llegó a ser profesor de literatura y luego secretario privado de Isabel II) desde el café y el palacio! Pero no estaban hechos para entenderse; ni los escritores españoles, en general, hubieran mostrado interés alguno en adelantarse a la diplomacia; ni la literatura argentina era otra cosa que un grito despedazado en los vientos del destierro.

Después de la caída de Rosas, cuando la provincia nómada y flotante de la definición alberdiana se reintegró al territorio originario, los conterráneos fueron absorbidos por la política. El periodismo renació amparado por la libertad de prensa y sólo su expansiva proliferación imantó las plumas. Un tipógrafo español llegado al país en 1849, Benito Hortelano, había fundado el Agente Comercial del Plata siete meses antes de la batalla de Caseros; lo transformó en Los Debates, después del triunfo del general Urquiza, y -129- entregó su dirección al comandante don Bartolomé Mitre; enseguida, y anónimamente, armó el agujijón de La Avispa, pronto sofocada; abandonó la política del país y dióle a este El Español, primer órgano de la colectividad oficialmente reconocido; en 1853 creó el semanario La Ilustración Argentina, notable muestra de las artes gráficas de su época. Al mismo tiempo, el señor Hortelano era dueño de la Librería Hispanoamericana, la más grande de la ciudad, y de una imprenta que emprendió la publicación de la vasta Historia de España de Lafuente. El libro español volvía a la antigua capital del virreinato y se derramaba por el país; al iniciarse el sitio de Buenos Aires, en 1852, aquella obra le producía a su editor de cinco a seis mil pesos mensuales; el librero tenía en depósito 300000 entregas de la Biblioteca Universal, que recibía de España para los suscriptores; en tres meses, durante el sitio, vendió 20000 tomos de una colección de novelitas que había pedido a Sevilla. La Librería Hispanoamericana estaba de moda, según diría en sus evocaciones, años después, su propietario: «era la que recibía las producciones españolas no conocidas aquí todavía, en lo que presté un servicio de suma importancia a la literatura de mi patria, haciendo variar la triste opinión que de la literatura española y las cosas de España se tenía por nacionales y extranjeros en el Río de la Plata». En esta obra colaboró eficazmente El Español y la Asociación Española, primera en su género, inaugurada a los siete meses de Caseros. Otros hechos favorables concurrían a afianzar la reconciliación familiar: el reconocimiento de un cónsul español; la llegada de dos corbetas de guerra de la marina real... Un día, los oficiales de estos buques mandaron pedir a su compatriota librero algo para leer y abreviar las horas monótonas en el fondeadero de las balizas exteriores. Así entró en una de las naves, la Luisa Fernanda, un ejemplar de los Viajes por Europa, África y América de Sarmiento. Poco después, el librero fue invitado por el comandante -130- de la corbeta, en nombre de la oficialidad, a almorzar en ella. Acudió el señor Hortelano, y advirtió extraña y ceremoniosa frialdad en el recibimiento y en la mesa, que contrastaba con la habitual llaneza con que se le había tratado hasta entonces. Al servirse el café, un sargento escoltado por dos

guardias dejó sobre la mesa una bandeja con un libro hecho pedazos. El huésped reconoció en aquel auto de fe el ejemplar de los Viajes, trinchado sin arte cisoria. Confeso y convicto de su crimen de lesa patria por haber introducido «un libelo infamante de la nación española en donde ondea el pabellón de España», el librero fue condenado por el fiscal del consejo de guerra, allí presente, a recibir veinticinco azotes atado a un cañón. La risa homérica, ya incontenible, y el champaña coronaron la ceremonia. Pidió entonces el comandante al reo que escribiese a su amigo Martínez Villergas, periodista satírico residente en París, encargándole una refutación de la obra, cuya edición costearían los oficiales de la estación española en el Río de la Plata. El señor Hortelano prometió, hacerlo y cargar él con los gastos de impresión. Cuatro meses después llegaron a su librería quinientos ejemplares de Sarmenticidio, o a mal Sarmiento buena podadera, que se vendieron en pocos días. Lo mejor de la réplica era el título, y los adversarios del político lo explotaron largamente³⁹.

Otra refutación motivaron los Viajes; pero de un compatriota amigo del autor. La carta segunda se refiere al florecimiento lírico de los emigrados argentinos durante el sitio de Montevideo. El viajero los disculpa: han heredado la inhabilidad del pueblo español para el comercio, la industria y las empresas prácticas, y sus aptitudes para la creación poética; cantan como las cigarras mientras otros manejan el teodolito y el grafómetro: «¡Cuántos progresos -131- para la industria, y qué saltos daría la ciencia, si esta fuerza de voluntad, si aquel trabajo de horas de concentración intensa en que el espíritu del poeta está exaltado hasta hacerle chispear los ojos, clavado en su asiento, encendido su cerebro y agitándose todas sus fibras, se empleara en encontrar una aplicación de las fuerzas físicas para producir un resultado útil!».

El coronel Bartolomé Mitre, que había sido una de aquellas cigarras, levantó ese cargo en notable carta a Sarmiento que puso al frente de sus Rimas (Buenos Aires, 1854). De esas cincuenta páginas que esculpen la Defensa de la Poesía para nuestras letras, sólo una tiene conexión con el asunto central de este libro. Al recordar en un desfile histórico la influencia de la poesía en la civilización y el destino de todos los pueblos, el poeta soldado llega a España, y labra su eslabón en oro. El Poema del Cid es el primer núcleo de la lengua que hablamos; el legislador de las Partidas fue, como Solón, poeta; el Romancero, yuxtaposición de cantos y edades, es el arca, la gramática y el diccionario del idioma. «Sin los cantos del Romancero, es decir, sin la poesía -termina esa página que aquí recojo trunca y erguida como un herma- la España hablaría catalán, árabe, gallego o teothesco, y el mundo no poseería este idioma abundante y sonoro que, según Carlos V, parece hecho para hablar con Dios. Los progresos sucesivos del castellano fueron obra exclusiva de sus poetas, que lo pulieron y ornaron, imprimiéndole esos giros elípticos, valientes y atrevidos que lo caracterizan, que llevan en sí el sello de la inspiración poética. Puede decirse que Calderón y Lope de la Vega han hecho más por el idioma castellano que toda la Academia Española desde su fundación».

Sarmiento y Mitre habrían de disentir nuevamente respecto a España. Todo parecía allanado y resuelto para el establecimiento de las relaciones

diplomáticas con ella, cuando Alberdi, representante -132- de la Confederación Argentina, y Calderón Collantes, del gobierno español, suscribieron el tratado del 9 de julio de 1859. Pero una cláusula del mismo concedía a los hijos de españoles nacidos en la República la nacionalidad de sus padres, y todo el resto quedó herido de muerte. Nicolás Avellaneda, joven comprovinciano del negociador, lo acusó en un diario porteño de haber puesto su firma en un tratado «oprobioso para el nombre argentino...».

Por último, el 21 de setiembre de 1863 firmaron en Madrid los representantes de la República Argentina, Mariano Balcarce, y de España, marqués de Miraflores, el Tratado de reconocimiento, paz y amistad que confirmó los hechos y los anhelos de ambas partes. Pero casi enseguida nubláronse los cielos de la reconciliación en América del Sur. El 14 de abril de 1864, la escuadra española llegada el año anterior a los puertos del Pacífico, mensajera de amistad con las repúblicas litorales y protectora de los intereses españoles en ellas, se apoderó de las islas de Chíncha, pertenecientes al Perú -cuya independencia no había sido reconocida aún por España- y realizó actos de guerra contra dicho país por haberse producido un incidente trágico en su suelo, que derramó sangre española, mientras la flota permaneció en El Callao. Chile se solidarizó con su vecino y vio bloqueadas sus costas. El 31 de marzo de 1866 los cañones navales del visitante castigaron furiosamente a Valparaíso, puerto indefenso.

Un ministro plenipotenciario de la Argentina, de paso en Santiago y en Lima, asumió actitudes que significaban la alianza contra España, sin autorización de su gobierno. El ministro era Sarmiento; el presidente de la República, Mitre. Suscitose entre ambos una memorable polémica privada⁴⁰.

-[133]- -134-

- III -

La transición

-135-

- I -

La generación del ochenta

La elasticidad cronológica que suele aplicarse a la llamada generación del 80 -tan significativa como la del 30, aunque menos coherente en su dimensión y destino históricos-, autoriza a determinar en nombres o hechos

distintos, de acuerdo con criterio individual, el punto más o menos cierto de su iniciación literaria. No es arbitrario, por tanto, situarlo en el transcurso de la Revista Argentina (1868-1872), fundada por José Manuel Estrada y ocasionalmente dirigida por Pedro Goyena -dos publicistas y oradores católicos que, según expresión de éste repetida por aquél, parecían pensar «con los mismos sesos»- y anunciadora de algunos aspectos del mundillo literario en que se movería la renombrada generación. Goyena, joven abogado y profesor de filosofía, se presentó en sus páginas como crítico poseedor de una doctrina -136- estética y de sentimiento artístico, y sus amigos no tardaron en darle jerarquía de Sainte-Beuve porteño. El ditirambo localista amplió sus círculos, al juzgar su ensayo sobre la poesía de Ricardo Gutiérrez (que fue el primero y el mejor), en la pluma flamante de Miguel Cané, quien sentenció con lapidaria síntesis: «Macaulay juzgando a Byron». El propio Goyena dejaría escrito en una refutación polémica: «Hazlitt, Macaulay y Sainte-Beuve vivirán en la memoria y en la admiración de las gentes ilustradas cuando se haya borrado el recuerdo de muchos autores de dramas y novelas».

España no tuvo representación entre los genios tutelares del crítico, y cuando éste citaba autores españoles era para preferir «las estrofas inspiradas, aunque sean incorrectas, de José Mármol, a los versos repulidos de don Juan Nicasio Gallego y de don Alberto Lista», o para probar la desgraciada iniciación de Laurindo Lapuente que albergó entre sus tutores al «espantoso volumen» (Arte poética) del jesuita avilés García Rengifo y «los versos de Martínez de la Rosa, preceptista seco y nada original». Sus poetas eran Byron, Lamartine, Musset; y oponía al sistema de un don Juan Martínez Villergas que «satiriza y no critica», los procedimientos de sus maestros franceses: Villemain, Sainte-Beuve, Taine...

A comienzos de 1871, un desconocido residente francés de veintitrés años inició en la mencionada revista su vida literaria argentina y su producción en lengua española, con un estudio sobre Espronceda. Llamábase Paul Groussac. Fue otra revelación de resonancia. Hermanado a Byron y a Musset, calificado de «exageración magnífica y enfermiza», el poeta de Teresa y de Jarifa, desaparecido en 1842, era reconocido en aquel artículo como el poeta de la juventud. «Nuestra generación que tan pocos versos lee -decía el crítico novel- ha aprendido los suyos casi con exclusión de todos los demás. Para nosotros, jóvenes de veinte años, es -137- más que un maestro y un amigo, es un hermano mayor...». Pero el elogio llegaba finalmente a esta conclusión desoladora: «Fue el último gran poeta de su país. España, su vieja madre, puede grabar en la losa de su sepulcro: ¡Aquí yace mi poesía!» Así debieron de pensar también muchos de los lectores del ensayo. Bécquer había muerto pocos días antes nadie conocía aún su nombre.

Don Nicolás Avellaneda, ministro de Instrucción Pública de Sarmiento, quiso felicitar al autor bilingüe y lo llamó a su despacho. Avellaneda había recibido en su adolescencia la impregnación lírica de Chateaubriand y la quemadura poética de Byron, y era lector asiduo de Musset y Hugo. La conversación del ministro con su visitante -lo contaría éste mucho después- tuvo por tema central autores franceses: Chateaubriand, Villemain, Sainte-Beuve. Y cuando corridos algunos años rememoró el propio

Avellaneda aquel artículo de Groussac sobre Espronceda, confirmó así, a propósito del mismo, sus preferencias en la crítica: «¡Cuánta distancia entre este modo de exponer y juzgar las obras literarias y las persecuciones gramaticales, o aquellas disecaciones o calificaciones de Martínez de la Rosa en su Poética, que no es sino un herbario! Era la aplicación entre nosotros de los procedimientos de la crítica moderna, como es practicada por Sainte-Beuve o por Nisard»⁴¹.

Uno de esos procedimientos consistía en la aplicación de los métodos de la ciencia para juzgar las obras del arte. ¡La ciencia! Hasta los poetas de abanico hacían de ella la armadura de sus madrigales. Algunas palabras pescadas en el aire -evolución, determinismo, positivismo- corrían de boca en boca, mágicas, incensivas. Formábanse algunos de los más auténticos representantes de la generación del 80 en el Colegio Nacional cuando removió la atmósfera de los viejos claustros el rectorado de Amadeo Jacques, ingeniero -138- y literato francés llegado al Plata con algunos aparatos de física y una carta de presentación de Humboldt en la que se le llamaba sabio. Demostró serlo; y el alumno que evocó el Colegio de sus días nos cuenta que si faltaba a clase algún profesor, el rector tomaba el curso para explicar sin vacilaciones, con admirable claridad, el punto correspondiente del programa de química, física, matemáticas, retórica, historia, literatura, latín... Pronto se enteró la ciudad de aquella extraordinaria adquisición; y al fundarse en 1864 el Círculo Literario, M. Jacques tuvo a su cargo el discurso inaugural. «No separemos, pues, al artista del sabio ni la literatura de la ciencia -dijo entonces el ex profesor del Colegio Luis el Grande y maestro de conferencias de la Escuela Normal de París-, puesto que lo bello no existe separado de lo verdadero y no es sino uno de sus aspectos...». Al año siguiente intervenía en la reforma de los planes de estudio de la instrucción pública, para asentar en ellos la armónica vinculación de la enseñanza clásica con la científica.

La fraternidad del arte, las letras y la ciencia hallaba seno propicio en la «gran aldea». Goyena, profesor de filosofía en el Colegio y luego en la Facultad de Derecho, realizaba con el prestigio de su cátedra la tribuna de la Revista Argentina, y en una de sus páginas, al despedir a dos jóvenes recientemente fallecidos que habían sido sus alumnos, se refirió a los días en que con ellos recorriera «el campo de la ciencia... para llegar por fin al término sublime a donde va a parar toda ciencia bien dirigida, porque, como dice Cousin, se traduce en el lenguaje humano por esta palabra breve, pero inmensa: ¡Dios!». Era la posición ortodoxa que otro redactor de la revista, Santiago Estrada, hermano del fundador, sostenía con ardor militante: «¿La ciencia el arte llenan cumplidamente en nuestros días su misión educacionista, civilizadora, cristiana? No, señores. La ciencia atea ha pervertido el siglo y el siglo ha corrompido al arte precipitándolo en los excesos del realismo...». Pero el arte -139- y la ciencia, iluminados por la fe o extraños a su resplandor celeste, proclamaban una fraternidad que en la mayoría de los casos no era más que una fortuita vinculación de hermanastros.

«La ciencia no es enemiga de la poesía... ¡Las dos hermanas se reconocen al fin!», afirmó Olegario V. Andrade en 1873, en un artículo sobre la literatura de los Estados Unidos que publicó la Revista Literaria. Dos

años antes se había fundado en Buenos Aires la Academia Argentina de Ciencias y Letras, institución casi ignorada por la ciudad, que subsistió hasta el término del decenio. Ostentaba por numen y patrono a Esteban Echeverría, y bajo el toldo poético de la Cautiva oficiaban en el altar pampeano de un tercer piso de la city los poetas de la tradición criolla, Rafael Obligado y Martín Coronado. Allí sometían sus obras al juicio corporativo los miembros de las dos ramas: aquél su poema Pitecomaquia y su leyenda Nusta, luego desterrados por el autor de sus recopilaciones; el otro, su drama en verso La rosa blanca, primero de la serie; el naturalista Eduardo L. Holmberg su traducción de Pickwick Papers y sus fantasías científicas, y el químico Atanasio Quiroga su modelo de motor hidráulico. Allí se levantaba, hilada sobre hilada, un Diccionario de argentinismos que no tardó en dispersar las papeletas preparatorias cuando el fogón académico apagó sus brasas...

Aconteció este hecho casi al mismo tiempo en que apagaba sus luces el Círculo Científico y Literario. Hijos espirituales de Francia, sus jóvenes asociados exhibían también la unión fraternal en su escudete. Un cuarto de siglo antes, Leconte de Lisle había declarado su reacción impersonal contra la egolatría romántica: *Nous sommes une génération savante: l'art et la science doivent tendre à s'unir étroitement, si ce n'est à se confondre*. Pero los afrancesados consocios del Círculo no se apoyaron en aquella autoridad pontificia, acaso desconocida para ellos, a pesar de que en esos -140- días comenzaba el deshielo del frígido parnaso en que reinara. Aquellos jóvenes habían remozado la eterna querrela de antiguos y modernos y se arrojaban a la cabeza -la expresión pertenece a un contendiente, Martín García Mérou- «citas de Sainte-Beuve y Nisard, Chasles y Cuvillier-Fleury, Scherer y Taine, Víctor Hugo y Gautier». Daban, además, nuevo resplandor a los nombres nunca decaídos de Byron, Lamartine y Musset. Otro de los combatientes, Ernesto Quesada, diría en 1883, al recordar aquellas discusiones: «Nuestra juventud lee con pasión a los adalides de 1830, de los que Musset es el ídolo y Víctor Hugo el pontífice; Gautier, para muchos, un modelo, y el recuerdo de Gerardo de Nerval y del Cenáculo un objeto de sincero culto literario... Se lee mucho, pero casi exclusivamente libros franceses. Se adora, pues, a dioses y a ídolos que fueron. De ahí que los socios del extinguido Círculo Científico y Literario recuerden aún las memorables sesiones de agosto de 1878 en que se discutió con acaloradísimo entusiasmo la famosa cuestión del romanticismo de 1830»⁴². Adolfo Mitre había realizado una traducción en verso del Albertus de Gautier para ilustrar un debate. Andrade compuso especialmente, en 1881, el Canto a Víctor Hugo, para una velada pública del Círculo que fue el canto del cisne de la asociación.

Ese mismo año, Rafael Obligado había compuesto el suyo a Echeverría, descubridor poético de la pampa, «libertador» cuya enseña lírica «es como Maipo y Ayacucho y Salta», estrella guiadora en el firmamento literario de los argentinos. No era nueva esa admiración de la que extraería toda su estética el futuro cantor de Santos Vega. En 1874, en los comienzos de la mencionada Academia, Obligado, joven de veintitrés años, había expuesto ya sus ideas básicas: al juzgar el libro de versos de su amigo mayor e inseparable camarada Martín Coronado. El arte romántico ha libertado -141- a la naturaleza de sus máscaras mitológicas, nos dice su extenso

artículo, y la poesía moderna es el himno de esa victoria. Los clásicos se inspiraron, más que en la naturaleza, en sus personificaciones. «Los poetas españoles del siglo XVI (y téngase presente que, como dice Schlegel, bajo el aspecto del mérito de la nacionalidad la literatura española ocupa el primer lugar), los cantores de la edad de oro de España, con excepción de Garcilaso, más que por la naturaleza de su patria fueron inspirados por los modelos griegos y latinos». La liberación romántica ha entregado a la poesía de América la naturaleza más grandiosa; los frutos no han sido superados: «Señaladme un poeta del antiguo mundo que sepa suspirar con las palmas como ha suspirado Mendive, que sepa arrullar con las tórtolas como ha arrullado Milanés, que sepa tronar con el Niágara como ha tronado Heredia, que sepa pintar el desierto como Echeverría y los trópicos como Mármol...»⁴³.

La Academia y el Círculo no mantuvieron estrechas relaciones a pesar de su filiación romántica y de reconocer los dos la hermandad científico-literaria de la época y de coincidir en el apartamiento de la tradición hispánica, aunque por razones distintas. Pero una gran fiesta de la ciudad al otorgarse los premios de los juegos florales organizados por el Centro Gallego, resultó apoteosis de hispanofilia. Olegario V. Andrade obtuvo el triunfo con Atlántida, y el ex presidente de la República, don Nicolás Avellaneda, que presidía el jurado, pronunció el discurso de circunstancias. «Éste es el primer esfuerzo nacido del corazón de un pueblo hispanoamericano para reemplazar los vínculos materiales que rompió la espada, por los más fuertes y duraderos que crean el cultivo de la misma literatura, la misma idea difundida por la misma palabra y el homenaje rendido al genio por obras que todos admiran igualmente» -dijo el orador-. Un año después se repitió el certamen y recibió en él la máxima distinción el poeta Calixto Oyuela. Devoto de la Grecia inmortal, «maestra eternamente venerable», y enamorado de «la eterna juventud del mundo antiguo», tanto su clasicismo severo como su españolismo ferviente y altivo lo aislaban de su generación. Rafael Obligado lo desafió entonces en representación de la poética nacionalista, aunque no en décimas; contestó el buscado; y en «justa literaria» que renovó la querrela de siempre con variantes locales, cruzáronse tercetos sonoros y epigramáticos. Quedaron los contendientes más firmes que nunca en sus respectivas posiciones después de agotar sus rimas, y acudieron a Carlos Guido y Spano, cantor de las tierras del mirto y de la yerba mate, como a juez sabio e imparcial. El fallo, en prosa de legítima espiritualidad, firmado el 25 de marzo, de 1883, aconsejó que cada cual siguiese repicando en su capilla: «habrá ganancia para todos». «La polémica no la ha producido para nadie», picoteó el Anuario bibliográfico, publicación dirigida por un miembro conspicuo del extinto Círculo donde se adoraba a París. Y en ese mismo año fundó Oyuela su órgano personal, la Revista científica y literaria. El clasicista explicó a sus lectores: «Unimos en nuestra Revista las ciencias a la literatura, a fin de ponerla en concordancia con la índole y gustos de la época presente». Divisa innocua de tios y troyanos...

Mientras tanto, la fama póstuma de Gustavo Adolfo Bécquer había llegado a Buenos Aires, mezclada con la leyenda de su martirio -le martyre perpétuel et la perpetuelle inmolation du poète, como escribió el narrador de Stello

en el prefacio de Chatterton-. «El que murió oscuro y pobre es ya gloria de su patria y admiración de otros países, pues apenas hay lengua culta donde no se hayan traducido sus poesías o su prosa», pudo decir en 1877 don Ramón Rodríguez Correa al frente de la segunda edición española de la obra becqueriana. Buenos Aires confirmó esas palabras; -143- el Anuario bibliográfico de Navarro Viola, correspondiente a 1883, anota dos ediciones porteñas de las Rimas, y comenta: «Los versos de este poeta han sido siempre muy apreciados en Buenos Aires, contándose varias ediciones consecutivas»⁴⁴.

Aquella poesía vaporosa y confidencial hizo fáciles prosélitos. Ya estaban los oídos excesivamente martillados por el dolor declamatorio y acogieron como un sedativo esa canción suspirante que ponía sordina a las cuerdas del romanticismo desmedrado. Surgieron los imitadores. Hubo una epidemia de «rimas» en suelos del Nuevo Mundo; asaltaban los periódicos, se agrupaban en folletos. La floración argentina hay que buscarla en algunas colonias de «rimadores» que luego fueron graves e ilustres juristas. La poesía becqueriana ablandó el terreno poético de la lengua española y opuso en él la penumbra a la resolana. Los futuros modernistas, desde Gutiérrez Nájera a Darío, comenzaron por imitar su voz. Cuando el simbolismo francés invadió de un extremo al otro el continente hispanoamericano, su arte poético halló preparado aquel terreno para la transición. El lirismo del sevillano ya había torcido el cuello a la elocuencia, ya había unido lo indeterminado y lo preciso en la chanson grise, ya había hecho «más soluble en el aire» la materia verbal. Por el contrario, ningún novelista español contemporáneo había logrado cautivar a los jóvenes escritores. El fascinador de la hora (aunque apagado en 1870, astro de universalidad sin crepúsculo), era Charles Dickens, «el más grande de los novelistas modernos, el moralizador de la sociedad inglesa que no escribió jamás un libro sino para -144- mostrar una llaga e indicar un remedio», como anotó incidentalmente Lucio V. López, a bordo, el último día de mayo de 1880, en viaje a Inglaterra. Cuatro años después, Miguel Cané escribía en Europa páginas fervorosas sobre el autor de David Copperfield, y las dedicaba a Eduardo Wilde, «que ama a Dickens». Repetidamente declaró Wilde su amor y su admiración por el novelista; pero fue, además, con su humour de raza y su ternura por la infancia y sus múltiples bocetos que recuerdan los sketches de Boz, el eco más directamente dickensiano de nuestra literatura.

En 1881 inició Miguel Cané su carrera diplomática, plenipotenciario en Venezuela y Colombia. Lo acompañó como secretario un joven poeta de dieciocho años, Martín García Mérou. «Entre mi provisión de libros -recordó éste en el decenio siguiente- llevaba yo una escogida colección en la cual figuraban Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Goethe, Heine, además de obras científicas que formaban parte del bagaje. Todas ellas fueron leídas por Cane». La lista no comprende un solo autor español. Tres años más tarde estaban Cané en Viena y García Mérou, en Madrid. «Establecimos -agregó este mismo- un canje continuo de libros y publicaciones interesantes. Por su indicación leí la admirable obra de Tolstoi *La guerre et la paix*, que me envió haciéndome de ella justísimos elogios. A mi vez, le remití libros de Valera, Menéndez y Pelayo, Pereda y otros». El ministro se entusiasmó con Sotileza y no ocultó esa impresión a

su corresponsal: «Es un libro shakespeariano, y usted que conoce mi admiración apasionada y violenta por el poeta inglés, sabrá valorar mi elogio. Hay más color en Sotileza que en todas las telas de los venecianos reunidas...»⁴⁵.

La «admiración apasionada y violenta» de Cané era compartida por Lucio V. Mansilla. «He hecho de Shakespeare mi libro de cabecera, una especie de Biblia», declaró en una -145- causerie; y confirmó en otra: «La noche que no lo hojeo siquiera un minuto me quedo, por decirlo así, *Per istam sanctam unctionem*». Pero es sabido cuánto le atraía Francia. En una charla de Entre-Nos aparece la siguiente lista de los veinte volúmenes que hubiera escogido para pasar el resto de su vida en una biblioteca formada exclusivamente por ellos: «La Biblia, Homero, Esquilo, Virgilio, Tácito, La imitación de Cristo, un volumen de Shakespeare, Don Quijote, Rabelais, Montaigne, un volumen de Molière, un volumen de Racine, los pensamientos de Pascal, la Ética de Spinoza, los cuentos de Voltaire, un volumen de poesías de Lamartine, un volumen de poesías de Víctor Hugo, el teatro de Alfredo de Musset, un volumen de Michelet y un volumen de Renan». O sea once obras francesas entre veinte de todos los pueblos y épocas. Y es sabido que la lengua francesa taracea con frecuencia la prosa del escritor. No obstante, a nuestro general polígloto (se preciaba de formar con el conde de Cheste y don Bartolomé Mitre el trío de generales que en España y América mantenía relaciones directas con Dante) pertenece asimismo esta declaración rotunda: «No hay nación que yo ame más que la España ni lengua que me guste más que la española, porque es tan clara y tan precisa como la lengua inglesa y tan bella como el mismo italiano»⁴⁶. Hispanófilo de una pieza, a semejanza de Oyuela, fue Santiago Estrada, y Madrid reconoció y premió tan ferviente adhesión por intermedio de sus más altos escritores y artistas, cuando visitó España, en 1889. Quiso recopilar y editar en ella su vasta obra fragmentaria y dispersa -impresiones, crítica, viajes, discursos-, y siete volúmenes impresos en Barcelona y precedidos por prólogos de plumas españolas satisficieron su anhelo. Don Juan Varela interpretó -146- esa aspiración en el primer volumen: «De sobra se me alcanza el propósito de usted al pedirme el Prólogo. Ha llegado a mi noticia que usted ha pedido también Prólogos para otros de sus libros a otros escritores españoles. Y en esto, así como en la circunstancia de imprimir usted todas sus obras en Barcelona, se ve patente el intento de que la edición que usted hace sea como muestra o símbolo de la fraternidad de hispanoamericanos y de españoles peninsulares, y de la unidad indestructible de la civilización ibérica...».

Al año siguiente era Miguel Cané ministro en España. Trataba a Castelar, se reunía con Valera en el mundo diplomático, solía comer algunos jueves al lado de Menéndez y Pelayo en casa de un amigo común, había recorrido Sevilla con el poeta Antonio F. Grilo; pero se mantenía aislado de los corrillos de las musas. «A pesar de mi alejamiento voluntario de los centros literarios -escribió después- había dos hombres que deseaba vivamente conocer: Núñez de Arce y Pereda. Al primero, por su inspiración gentil, vibrante y generosa, por el ropaje suntuario de su lengua opulenta, lengua mía, de mis padres y de mi raza, por la nobleza tradicional de su carácter, por la pregonada sencillez de su vida

armoniosa. A Pereda, porque un día, allá por 1884, en la opaca tristeza germánica de Carlsbad, había recibido un paquete de libros, acompañado por una carta de Martín García Mérou, que enviaba a su antiguo jefe y siempre amigo algunos libros españoles, entre otros Sotileza...»⁴⁷. Pudo habernos dado Cané un ameno viaje espiritual a través de la península para llenar los blancos que en sus libros de crónicas y peregrinaciones lo esperaban, y haber sido el diplomático ideal de nuestra aproximación literaria con la España de sus días. Pero dedicó su residencia en Madrid a traducir un drama histórico de Shakespeare.

- II -

La vejez de los acusadores

Apagada por el tiempo la animadversión a todo lo español -régimen político, educación, iglesia, lengua y literatura-, estado espiritual y arma contribuyente en épocas de lucha encarnizada, herencia recogida por las sucesoras durante los estremecimientos posteriores al periodo secesionista; invadido paulatinamente el país por el oleaje cosmopolita e inclinada su clase intelectual, en la universidad, en la política, en las letras, en los hábitos sociales, hacia una Europa «moderna» que excluía a España, las relaciones culturales de la Argentina con ésta se regían por medio de una indiferencia displicente y una adhesión ocasional. Pero entre la promoción juvenil de esos decenios que amojonan algunas revistas como bloques de gran aliento constructivo -los veinticinco volúmenes de la Revista de Buenos Aires (1863-1871), los trece de la Revista Argentina -148- (1868-1872), los trece de la Revista del Río de la Plata (1871-1877) y los trece de la Nueva Revista de Buenos Aires (1881-1885)-, mantenían aún su pluma activa actores pretéritos de la enfervorizada hostilidad, como Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento.

¿Conservaban en la vejez el encono patriótico de días lejanos? Acusadores implacables en los tres últimos lustros de la primera mitad del siglo, ¿mantenían irreductible su ojeriza en los últimos días de la organización nacional? Sobrevino una circunstancia probatoria para dos de ellos. En junta celebrada el 24 de noviembre de 1870, la Academia Española había examinado y aprobado una propuesta de su director, don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, y de otros de sus miembros, como don Patricio de la Escosura y don Juan Eugenio Hartzenbusch, que autorizaba el establecimiento de academias correspondientes en las repúblicas hispanoamericanas. Ya existían, por cierto, escritores de éstas que poseían diplomas de académicos correspondientes, aunque con la calificación de extranjeros, pues los estatutos no limitaban su número, y en cambio el de españoles, con naturaleza de tales y residencia en las

provincias españolas, sólo alcanzaba a veinticuatro. Pero considerar extranjero a un mexicano en igual grado que a un alemán, dada la comunidad de la lengua y los vínculos históricos, parecía una insensatez. Y para demostrar el sentimiento de una hermandad que debía sobrevivir a la emancipación política, la Academia Española resolvió crear en las repúblicas hispanoamericanas academias correspondientes.

El proyecto dividió a las mismas en ocho distritos literarios: 1.º México, 2.º Colombia, 3.º Venezuela, Ecuador, 4.º Centro América (El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras y Costa Rica), 5.º Perú, 6.º Bolivia, 7.º Chile, 8.º República Argentina. Nombrose una comisión encargada de -149- examinar las propuestas de académicos correspondientes americanos que habrían de ser fundadores de las futuras corporaciones. La primera en organizarse fue la de Colombia. Los tres individuos designados en Buenos Aires para organizar la Academia Argentina fueron Juan María Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi y Vicente Fidel López.

El primero, a propuesta de los académicos Antonio María Segovia, Juan Eugenio Hartzenbusch y Fermín de la Puente y Apezechea, fue nombrado miembro de la corporación en la clase de correspondiente extranjero, en la junta del 11 de noviembre de 1872. El marqués de Molins firmó su diploma el 30 de diciembre de 1873, fecha en que el secretario accidental, don Aureliano F. Guerra y Orbe, comunicó por nota al doctor Gutiérrez la designación y le remitió el diploma y un ejemplar de los Estatutos y del Reglamento de la Academia. Hasta el 29 de diciembre de 1875 no recibió el escritor argentino todas aquellas piezas, que puso en sus manos el cónsul de España en Buenos Aires. «La correspondencia académica navegó, sin duda, en buque de vela, que es modo clásico y arcádico de viajar -comentaría poco después, con zumbona causticidad, el destinatario- y no en vapor, artificio novísimo en los usos, equivalente a un pecaminoso neologismo en las palabras».

Al día siguiente de recibir los documentos, don Juan María -rector de la Universidad de Buenos Aires hasta el 7 de octubre de 1873, en que se había jubilado, y entonces presidente del Consejo de Instrucción Pública- escribió al secretario accidental de la Academia Española anunciándole la devolución del «valioso diploma». Corridos seis días, un diario popular, La Libertad, entregaba a las calles porteñas el texto de la comunicación. Habían pasado treinta y seis años desde la tarde en que el orador del Salón Literario desdeñara la lengua que hablaba y despreciara su literatura. Su animosidad se mantenía inalterable y aprovechaba la ocasión de manifestarse, asiéndose al propósito académico de -150- «cultivar y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana» que determinaba el artículo primero de los Estatutos. «Aquí, en esta parte de América poblada primitivamente por españoles -adujo en su nota- todos sus habitantes, nacionales, cultivamos la lengua heredada, pues en ella nos expresamos y de ella nos valemos para comunicarnos nuestras ideas y sentimientos; pero no podemos aspirar a fijar su pureza y elegancia, por razones que nacen del estado social que nos ha deparado la emancipación política de la antigua Metrópoli». Seguían las razones: que en las calles de Buenos Aires se confunden los acentos de idiomas y dialectos de varios pueblos de Europa y que el cosmopolitismo de las lenguas da su fruto como el cosmopolitismo de la sangre; que nuestros universitarios leen

habitualmente en francés, en italiano, en inglés, en alemán y que se impregnan de esos idiomas sin preocuparse de los giros castizos de los místicos castellanos del siglo de oro. No podía él, por tanto, convertirse en vestal de la pureza y la elegancia de la lengua española en la Argentina, y aun consideraba peligroso para un sudamericano aceptar el título de académico correspondiente, pues significaba afiliarse a los partidos conservadores de Europa y al despotismo dogmático de la Iglesia romana... Todo ello dicho en la forma culta, pulida y elegante que hacía del «rebelde» uno de los más finos y escrupulosos cultores del idioma en su país; porque el artista no se traicionaba en Gutiérrez. Y si alguna vez dijo que «el prodigioso talento de Quevedo, el brío lírico de Góngora, la lozana y fértil imaginación de Lope», y aun «el mismo Cervantes, ese espíritu terso y ático en cuyas páginas inimitables se retratan la elevación y la fortaleza de una grande alma», tropiezan con amaneramientos de su época y deben pagar ineludible tributo al «gusto de su nación y la índole (sic) de su idioma», en otra ocasión reconoció que la lengua española es tan ondulante como la italiana de Ariosto y Monti (era a propósito del verso sciolto de Cienfuegos y -151- de Juan Cruz Varela) y tan apta como ella «para marchar desenlazando anillos y describiendo armoniosísimas curvas por entre el pensamiento, el colorido y la imagen». Llevaba algunos meses de residencia en la ciudad don Juan Martínez Villergas, el «sarmenticida» español de veinte años antes. Desde las páginas satíricas de su semanario Antón Perulero, zahirió a Gutiérrez con el donaire chabacano de su cuerda, y le replicó desde La Libertad «Un Porteño» con ironía, fluidez y «razones» que sólo podían corresponder a la pluma inconfundible del renunciante. La polémica se extendió a los tres primeros meses del año 1876 y atrajo otros contendientes. Una carta privada de Gutiérrez, escrita al crepitar los últimos leños de la fogata, y publicada en Chile por don Benjamín Vicuña Mackenna, ilumina por dentro la insólita actitud: «¿Qué le parece mi cohete a la Academia? Tenemos un sílabus y un concilio en Roma; tendremos un Diccionario y una Academia que nos gobernará en cuanto a los impulsos libres de nuestra índole americana en materia de lenguaje, que es materia de pensamiento y no de gramática. Tendremos una literatura ortodoxa y ultramontana, y no escribiremos nada sino pensando en nuestros jueces de Madrid, como los obispos que sacrifican los intereses patrios a los intereses de su ambición en Roma. Yo he cumplido con mi deber...»48.

La prevención de don Juan María, formada en años juveniles que respiraban el ardor y el encono de las luchas de nuestra emancipación política, resultaba anacrónica en el segundo año de la presidencia de Avellaneda. Estaban cicatrizadas las heridas y desarmados los ánimos; manteníamos excelentes relaciones con España, y maestros de escuela, comerciantes, labradores, periodistas, artistas y universitarios -152- de España vivían arraigados al país e identificados con la sociedad argentina. Tres años antes, Sarmiento, dirigiéndose a ellos como presidente de la Nación, en su Discurso de la Bandera, había dicho: «Debemos a España la sangre que corre por nuestras venas... Habrá patria y tierra y libertad para los españoles cuando en masa vengan a pedírnoslo como una deuda». Las designaciones de la Academia en América demostraban su deseo de obtener la colaboración familiar para una obra armónica; el detonante rechazo fue

doblemente sentido en América por venir de un escritor en toda ella respetado.

Alberdi, en cambio, se apresuró a exhibir su título de miembro correspondiente en la portada de Peregrinación de Luz del Día. El lejano hispanóphobo de Reacción contra el españolismo y de Emancipación de la lengua; el resentido, implacable que consideraba retrógrado todo lo español y predicaba el separatismo de la lengua como última fibra de la ruptura entre Buenos Aires y Madrid, al tiempo que la aproximación al francés, porque «imitar una lengua perfecta es imitar un pensamiento perfecto»; el discípulo de Larra, solidario con sus ataques a la literatura paralítica de España; el prologuista del certamen montevidiano de 1841, ha viajado, ha vivido, ha vuelto a Europa y residido en la tierra de sus mayores, ha sido el negociador de un tratado de paz con ella... Cuando se entera de la creación de academias correspondientes de la española, desliza su palinodia en un trabajo titulado De los destinos de la lengua castellana en la América antes española, donde propicia la inmigración de españoles para dar «el ejemplo vivo de la bella pronunciación castellana» y ejercer desde «su prensa, escrita con propiedad, un buen influjo en la prensa americana». Al comentar, un lustro después, en Evoluciones de la lengua castellana, el rechazo del diploma académico por su amigo Gutiérrez, sepulta sus juveniles arrestos de independencia idiomática bajo la losa tutelar de la Academia, con sorprendente epitafio: -153- «¡Ojalá en este sentido pudiera España conquistarnos hasta hacer un hablante como Cervantes de cada americano del sur!» Finalmente, en páginas póstumas, la sinceridad alberdiana adquiere un tono conmovedor cuando se retracta, de su ofuscación juvenil en lo que respecta a la lengua. «Mi preocupación en ese tiempo contra todo lo que era español -léese en Mi vida privada- me enemistaba con la lengua misma castellana, sobre todo con la más pura y clásica, que me era insoportable por difusa. Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de la belleza. No hace sino muy poco que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes... Se ve que no frecuenté mucho los autores españoles; no tanto por las preocupaciones antiespañolas producidas y mantenidas por la guerra de nuestra independencia, como por la dirección filosófica de mis estudios. En España no encontré filósofos como Bacon y Locke, ni publicistas como Montesquieu, ni jurisconsultos como Pothier. La poesía, el romance y la crónica, en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección. Pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua en que, no obstante, escribo». Ni inflexible como Gutiérrez ni arrepentido como Alberdi, si bien no le tocó decidirse ante una distinción como la recibida por ellos, Sarmiento mostró en los últimos años de su vida haberse reconciliado con España. La hermosa lengua que él consideraba detenida, como su literatura y el espíritu de la raza, en el estancamiento general del país desde hacía tres siglos, le arranca aún en 1866 suspiros rabiosos a sus expansiones de sembrador. «Como instrumento, de civilización -escribía desde Nueva York a la Sociedad Bibliófila de su ciudad nativa- puede decirse que el idioma castellano es una lengua muerta. Ni en política, ni en filosofía, -154-

ni en ciencias ni en artes es expresión del pensamiento propio ni vehículo de las ideas de nuestra época». Algunos síntomas del despertar de aquel letargo debieron de alentarlo, y las esperanzas aletean sobre sus negaciones en documentos sucesivos.

Al año de ser presidente de la República, el 24 de setiembre de 1869, firmó tres cartas para España: una dirigida a don Emilio Castelar; las otras, a un escritor, don Eugenio de Ochoa, y a un impresor, don Manuel Rivadeneyra. Felicitaba al orador por sus discursos de resonancia mundial, pues había leído algunos en italiano y en inglés de Londres y de Nueva York, y alentaba al político: «Usted y yo, cada uno en su esfera de acción, estamos subiendo la piedra de Sísifo, sin más diferencia que probarlo usted por la vez primera con fuerza juvenil, y yo por la cuarta si cabe, debilitado ya por los años». Al señor Ochoa le agradecía el ejemplar de su traducción de Virgilio⁴⁹, y le anunciaba que había sido «aprobada» por su ministro del Interior, don Dalmacio Vélez Sársfield, traductor satisfecho de la Eneida; a su viejo amigo Rivadeneyra lo incitaba a nuevas empresas, en vista de la perfección tipográfica alcanzada por España. Los editores españoles deberían imitar a sus colegas Appleton, de los Estados Unidos, siempre a la caza de libros europeos que tuviesen novedad científica, política o literaria. No encontrarían «cien lectores en todas las que fueron y son las Españas», para ciertos autores; pero las novelas populares tendrían seguro éxito. Y terminaba recomendándole la edición de traducciones españolas de Macaulay, Mominsen y algunos autores franceses. Al año siguiente, el gobernante argentino escribía al ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela:

«Necesitaríamos traducir al español dos mil obras de las que caracterizan y constituyen la civilización -155- moderna». Y en una carta privada de 1872: «La lengua de Cervantes es un viejo reloj rouillé que está marcando todavía el siglo XVI. No saldrá de ahí. No se publican libros en España y la América está dividida en doce tribus que no dan quinientos lectores, para cada uno, porque no se entienden en castellano». Pero siete años después, en un artículo sobre «nuestros trigos», el maestro de escuela, satisfecho al fin, se sobrepone al periodista para decirle a su público: «El castellano posee hoy lo que no poseía ahora diez años: una vasta colección de libros de enseñanza en español, sobre todos los ramos que se enseñan en las escuelas. Las prensas de Francia, de Bélgica, de los Estados Unidos y las nuestras propias nos abruma con textos excelentes, traducidos y adaptados a nuestras necesidades; y ahora que España se mueve en el sentido de todas las naciones, difundiendo los conocimientos...». ¡España asociada a los países más adelantados por su acusador de antaño, y nada menos que en el campo didáctico!

Tres años antes de morir, en 1885, Sarmiento escribió una página densa y traslucida de estilo y sentimiento para el número único publicado en Buenos Aires a beneficio de las víctimas del terremoto de Andalucía. «La España árabe que abrió puertas a la ciencia; la España renacentista que combatió a la vanguardia de la humanidad, lleva retardado el paso porque aún arrastra a los heridos y los inválidos de sus tempranas luchas. Sacó mundos del caos, desterró al moro y creó con vigor original en sus letras y en su arte. Sobrevino la parálisis...». Y la página termina con este toque de clarín: «Lléganos el rumor de ruinas que se desploman y despejan

el suelo de viejos recuerdos. ¿Será que la tierra favorita de Hércules se endereza de nuevo entre las grandes naciones? Ayudémosla a levantarse sus hijos de América».

Al pie de las encinas, los hongos... Surge entonces una familia fungosa, cuyos individuos han sido calificados y estudiados por un lingüista herborizador. «El idiomólogo - 156- nos dice al definir y explicar su neologismo- es un tipo de escritor que no existe sino en la tierra americana descubierta, conquistada, colonizada y explotada por los españoles. Se distingue de todos los escritores de la humanidad por este rasgo característico: predica la sustitución de la lengua en que escribe, y el castellano le sirve para decir que el castellano no sirve»⁵⁰.

Los idiomólogos invocan la tutela nacional de Gutiérrez, de Alberdi, de Sarmiento; acogen el plebeyismo con un pretexto de autonomía criolla; reciben los barbarismos con generosidad cosmopolita de país de inmigración; rompen con la tradición histórica de su lengua universal en nombre de una celosa autoctonía; descoyuntan la sintaxis como si demoliesen un fortín y abren el campo al malón lingüístico para que reduzca a jerga de todería el idioma que introdujo, la civilización europea en nuestra América...

Los dos últimos decenios del siglo fueron el cauce de esa corriente cenagosa; en 1900 se la embotella y ofrece como elixir patriótico: Idioma Nacional de los Argentinos.

-157-

- III -

La celebración colombina

Una fecha propicia entre todas para restablecer o vigorizar la armonía familiar de España con las repúblicas de su lengua, antes de trasponer el siglo revolucionario, llegaba con el decenio último: la del cuarto centenario del descubrimiento. Hilaron con diligente anticipación la diplomacia y la prensa; hablose en todos los tonos de los vínculos de la sangre y de la historia, y el año de 1892 comenzó con dianas colombinas a entrambos lados del océano.

España conmemoró su empresa impar con magnificencia, los países originados por ella y especialmente representados en sus fiestas, le llevaron su ofrenda filial. El torneo oratorio se inició con tempranos turnos en el Ateneo de Madrid. Su presidente pidió al ministro argentino, doctor Miguel Cané, que participase en el ciclo de conferencias de -158- la famosa tribuna, y el ministro, después de enterarse que hablaba con don Gaspar Núñez de Arce y de manifestar su admiración al poeta, se negó a colaborar en aquel ciclo porque «siempre he pensado -fueron sus palabras- que dos de los hombres más fatales que ha tenido España (¡y cuidado, que no se ha quedado atrás en la especie!) han sido Colón y Felipe el Hermoso, que le trajeron dos de las calamidades mayores que puedan caer sobre un pueblo:

la riqueza material y la gloria militar»; además, temía desatarse en improperios contra el conde-duque de Olivares, a quien pretendía rehabilitar el entonces presidente del Consejo de ministros, don Antonio Cánovas del Castillo⁵¹. No obstante, para corresponder al honor de la visita, el diplomático humorista dio al presidente del Ateneo el nombre de su colega y vecino el ministro del Uruguay, don Juan Zorrilla de San Martín. Y así fue cómo el verbo elocuente del autor de Tabaré tejió en el aire de la gran sala, el 25 de enero de 1892, su memorable tapiz sobre el descubrimiento y la conquista del Río de la Plata.

Otro poeta hispanoamericano, el nicaragüense Rubén Darío, ya vinculado a la Argentina por sus correspondencias a un diario porteño, asistió a las fiestas conmemorativas como miembro de la delegación de su país. Dos cartas de don Juan Valera sobre Azul..., publicadas en El Liberal de Madrid, habían revelado su nombre al ambiente literario; pero en éste debió de sonar a hueco la declaración de aquel centroamericano de veintisiete años, aparecida en la solemne Ilustración Española y Americana para mayor estupor: «Entiéndase que nadie ama con más entusiasmo que yo nuestra lengua y que soy enemigo de los que corrompen el idioma; pero desearía para nuestra literatura un renacimiento que tuviera por base el clasicismo puro y marmóreo de la forma, y con pensamientos nuevos; lo de Chénier, llevado a la mayor altura: arte, arte y arte». Y antes de que se publicasen -159- las dos o tres composiciones innovadoras que luego pertenecieron a Prosas profanas, también debió de sorprender a los poetas de la Regencia la estrofa única y luminosa que, como un solitario de América, engastó el lírico en la corona del almirante continental:

Bajo un límpido azur cuyo raso
flordelisan los astros de fuego,
como un dios, en su carro marino
que arrastraron cuádrigas del viento,
fue Colón el Mesías del indio
que llegó al misterioso hemisferio
a elevar el pendón de Castilla
del gran sol en el cálido reino,
y a llevar la palabra de Cristo
con su insignia de brazos abiertos.

No podía la Real Academia Española permanecer indiferente en la magna conmemoración. Restauradora de lo que en América habían destruido la diplomacia y la política españolas, al unir el espíritu de los pueblos y hacerlos colaboradores de la misma cultura -según expresaba don Juan Valera, con la autoridad del propio ejemplo⁵², en su «carta americana» del 23 de agosto de 1891-, la Academia apuraba la construcción de un palacio para estrenarlo en las fiestas y otorgar en él los premios del concurso abierto por ella entre los poetas de la lengua para cantar a Colón. Pero su mejor acuerdo fue, sin duda, «publicar una Antología de poetas

hispanoamericanos, con introducción sobre la historia literaria en cada una de las regiones descubiertas y civilizadas por los españoles en el nuevo Continente». Encargose el trabajo al académico don Marcelino Menéndez y Pelayo. «Los libros americanos escasean notablemente en Europa -160- -declaró en su prefacio el historiador y escogedor, para dar idea de las dificultades del trabajo- y muchos, quizá de los más importantes, faltan no sólo en nuestra biblioteca particular, sino en la de la Academia Española, en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos. La guerra trajo un periodo de incomunicación literaria que no ha cesado hasta nuestros días, y de aquí que por lo tocante a libros americanos, los más conocidos en España sean o los más antiguos o los muy modernos». Esa obra monumental constituyó una prueba efectiva del reconocimiento familiar en los dominios del idioma, aunque el propio autor diría, en la edición de 1911, que era de todas las suyas «la menos conocida en España, donde el estudio de las cosas de América interesa a muy poca gente, a pesar de las vanas apariencias de discursos teatrales y banquetes de confraternidad...».

¿Habremos de considerar eco inmediato de la celebración colombina, entre nosotros, el propósito de reformar el himno patrio? En julio de 1892, Lucio Vicente López, ministro de Pellegrini, obtuvo del Poder Ejecutivo la resolución de que solamente se cantase la última estrofa en los actos oficiales, a fin de evitar el agravio contenido en el verso octavo de la primera, fruto de «las pasiones ardientes de la lucha y las agresiones del momento contra la madre patria». El ministro era nieto del autor, y el nieto cumplía así un deseo expresado por el autor a su hijo, y que éste ya había convertido en iniciativa del gobierno, poco antes, cuando fuera ministro de Hacienda del mismo presidente. La resolución suscitó oleajes encontrados. El diputado Osvaldo Magnasco interpeló al ministro en defensa de la intangibilidad del Himno; la colonia española apoyó la reforma; varios publicistas argentinos alegaron desde la prensa que la paz no borra los trofeos de la guerra y que la armonía de los combatientes reconciliados no se altera por la conservación de símbolos históricos que pertenecen al -161- tiempo. Finalmente, el propio ministro anunció que todo quedaba como era, pues por un acto de cortesía internacional no debían sustentarse divergencias de ese carácter entre compatriotas⁵³.

-[162]- -163-

- IV -

Grandeza del género chico

A gente eficaz del hispanoargentinismo finisecular fue el teatro. No poca influencia tuvieron algunos grandes actores y actrices que desde Rafael Calvo en 1883 a María Guerrero en 1897, congregaron al público porteño ante personajes de Lope, del duque de Rivas o de Echegaray. Pero eslabón más fuerte que el drama y la comedia en aquellas vinculaciones de renovado

público resultó el flamante «género chico», expresión dimensional cuyo significado, en cierto modo peyorativo, lesiona el concepto artístico de una «pequeñez» ilustre que engloba históricamente el «paso» de Rueda, el «entremés» de Cervantes y el «sainete» de don Ramón de la Cruz. El género chico de aquel momento no careció de grandeza. Emancipado de su papel eventual de intermedio o descansillo entre dos jornadas del género mayor (o de su función de manjar frío -164- entre dos platos humeantes y condimentados, según la terminología culinaria del escenario), adquirió con el sainete lírico vida autónoma en los teatros de Buenos Aires, tal como había ocurrido no mucho antes en los de Madrid. Especie española por todos sus lados, compendio de zarzuela grande o boceto de drama lírico y a un tiempo cuadro de costumbres y galería de tipos y cuanto quisiera hacerse de su mosaico, aquel sainete halló suelo propicio para arraigar y reproducirse en vástagos criollos.

Señálase en 1894 el apogeo local con el estreno de *La verbena de la Paloma*, letra de Ricardo de la Vega, hijo español del argentino Ventura, y música de Tomás Bretón. Simultáneamente representada en varios teatros de la ciudad, y en algunos dos, tres y hasta cuatro veces por noche, de acuerdo con el novedoso y económico fraccionamiento del espectáculo por secciones, la afortunada *Verbena* paseó el mantón de Manila por todos los barrios, acompañada por el trotecito de los caballejos de tranvía. «El diálogo y el dúo -escribió entonces un cronista fascinado- se pegan en el oído del espectador, se meten en el sistema sensitivo, y cuando menos se piensa se encuentra uno cantando el sabroso trocillo donde el maestro Bretón ha puesto cama de oro a los versos del autor». Llamábase el cronista Joaquín V. González y ya era hombre público y autor de *Mis Montañas*. El buen provinciano reconoció en la verbena madrileña el incentivo pasional de las fiestas populares que enardece a las muchachas, si llevan sangre española. «Sangre española, sí señor, lo dicho, dicho -afirmó el montañés de Nonogasta, con entusiasmo patriótico- porque esta bendita tierra argentina no se queda a la puerta esperando, y «desde las riberas del undoso Plata» (con permiso de cualquier poeta) hasta el divorcio acuarum de la cordillera andina, las muchachas criollas saben también echar su cuarto a espadas, y en un contrapunto entre una del Manzanares y la del Paraná, o entre la sal de Betis o la -165- del Salí, lo más seguro es que ambas adversarias saldrían coronadas con las guirnaldas del festín...». Y como coronamiento de esa afinidad sugerida por la paleta pictórica del sainete, el escritor riojano dio su aprobación a la obra con este sello: «Nos ha gustado *La Verbena de la Paloma* por muchas razones, y no es la menor la de que en ella los españoles sienten trasportarse a la amada tierra, donde hay chulas legítimas y recuerdos sabrosos, y los argentinos sentimos aletear en nuestro organismo los efluvios del alma nacional, evocados por una magia conocida y arrullados por una melodía simpática»⁵⁴.

El españolismo del sociólogo de la Tradición nacional (1888), tan fácilmente removido por el sainete madrileño, tuvo correspondencia transoceánica y cronológica en un sentimiento familiar suscitado en el lector español por Martín Fierro. Aunque difundido en nuestra campaña y elogiado en las ciudades, el poema de José Hernández debía esperar aún más de veinte años su consagración apoteósica en la literatura argentina,

iniciada con su entroncamiento heroico en la «casta hercúlea» a través de los paladines, y algunos más para lograr la universalidad hispánica que hoy le otorgan hasta los lingüistas. Sorprende, pues, que un joven pensador vasco, profesor de griego en Salamanca, hubiese conocido su existencia y reconocido su parentesco en 1894. «Martín Fierro es de todo lo hispanoamericano que conozco -escribió don Miguel de Unamuno en el primer número de la Revista Española de Madrid- lo más hondamente español... Martín Fierro es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fue a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo, es española su lengua, españoles sus modismos, -166- españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura». Declaración tan entusiasta y categórica no tuvo entonces ecos alentadores en Madrid ni en Buenos Aires. Pero Unamuno y González advertían, alejados y concordantes, la unidad de las literaturas hispánicas. Martín Fierro aparecía en España como un nieto del Cid, y un sainete español tenía la virtud «mágica» de hacer vibrar el «alma nacional» en Buenos Aires. Actores y actrices de España que popularizaron su nombre hasta darle resonancia familiar en nuestro medio, hicieron en aquella hora por la vinculación entre los dos países mucho más que las cancillerías. El sainete español nos traía la corte y el cortijo, el señorito y la chula, el cuartel y la ermita, la ciudad y la aldea; y en ese muestrario de las regiones y los oficios y los sentimientos, España desfiló ante el público argentino, penetró por los ojos y los oídos y tuvo imágenes y ecos en los corazones. Se hallaron correspondencias tan sugerentes entre algunos tipos y costumbres y aspectos sociales de allá y de acá (sin contar la fiel reproducción de los trasplantados a nuestro ambiente), que no tardó en brotar el sainete porteño con los procedimientos aprendidos en el español y aun con autores e intérpretes españoles de sorprendente adaptación. La capital cosmopolita, la vida de campo, el pueblito serrano, dieron asunto al pintor costumbrista; y el teatro por secciones brindó a un tiempo manchas y bocetos de ambos mundos, mientras se acentuaba la fisonomía local de nuestra imitación primitiva e iban surgiendo autores y actores argentinos. Hijo americano del español, nuestro sainete cimentó el teatro nacional y ha cruzado los mares para llevar a la península materna una imagen de nuestra vida popular.

Las exigencias del compositor -si la obrita llevaba música- y el desenfado con que el libretista acometía su empresa, -167- dieron a menudo un texto disparatado y estridente. Pero aun de aquellos descoyuntamientos de la versificación del sainete peninsular, hubo provecho la poética renovadora de fin de siglo. El propio Rubén Darío lo reconocería desde España: «En cuanto al verso libre moderno, ¿no es verdaderamente singular que en esta tierra de Quevedos y de Góngoras los únicos innovadores del instrumento lírico, los únicos libertadores del ritmo, hayan sido los poetas del Madrid cómico y los libretistas del género chico?»55.

-[168-169]- -170-

- IV -
El modernismo

-171-

- I -
Buenos Aires, cosmópolis

A los seis meses de la conmemoración colombina, el 13 de abril de 1893, se inauguró el Ateneo de Buenos Aires. «La idea de fundar aquí un Ateneo, combatida inexplicablemente por unos, indiferente para otros, juzgada impracticable por los más, es ya una realidad, y creo que una realidad honrosa y benéfica para la República», pudo decir en el discurso inaugural su presidente, don Calixto Oyuela, «el amigo de los españoles». Así solía definirse él mismo, con arrogante desafío, entre un nacionalismo que pretendía emanciparse de la tradición hispánica y un cosmopolitismo que atentaba contra la fisonomía racial. En defensa de sus convicciones y de sus ideales, el vehemente hispanófilo que años atrás había considerado a Echeverría menos americano de lo que hubiera podido parecerlo, «precisamente por haberse apartado de lo español y castizo más de lo que nuestra propia naturaleza consiente», libró batallas desde la nueva tribuna, cual lo venía haciendo por la -172- prensa, solo y temerario como un Quijote. Tenía el orgullo de su lengua, la «más nativamente difundida en el mundo después de la inglesa», y exaltaba la obra de sus cultores geniales entre las más altas y nobles de los tiempos. Por eso su credo artístico no admitía otro nacionalismo que el «arte de nuestra raza española, modificada y enriquecida, pero no desnaturalizada en su esencia por el nuevo ambiente», y su posición personal se escudaba en declaraciones de esta índole: «como escritor, bueno o malo, aspiro a ser miembro de una familia definida, con tradiciones y carácter propio, en una lengua, en cuanto cabe, pura y homogénea». Sabía, sin embargo, que sirenas irresistibles atraían, más allá del océano, con melodías pérfidas y seductoras; pero él intentó ahogarlas desde su cátedra ateneísta. «Los decadentes y simbolistas militantes -dijo en agosto de 1894- representan, cuando mucho, el movimiento de algunas callejuelas de París, y nadie en Europa los toma en serio». Agregó, muy a pesar suyo, que ya tenían discípulos en ciertas partes de América. «Aquí todavía no, por fortuna», se apuró a reconocer. Y subrayó el adverbio central con visible temor de contagio próximo...

La verdad era que aquellos decadentes y simbolistas de Francia se hacían oír. Traducidos a las principales lenguas, estudiados, difundidos e imitados en las grandes capitales europeas, esparcían la renovación estética germinada en «callejuelas» de la Ville Lumière. Solamente España

pareció ignorar aquel entretenimiento continental del que participara su propia hermana peninsular y del que América no estaba ajena. En cuanto al «aquí todavía no» de Oyuela, fue, a los dos años justos y en la misma tribuna, el «aquí también».

El año de 1896 es zona limítrofe de la literatura argentina, adonde llegan para extinguirse o transformarse las corrientes del siglo caducante y en las que irrumpen las del venidero. Concítanse entonces circunstancias y sucesos que hubiesen podido espaciarse en el decenio finisecular, y la -173- acumulación fortuita o determinada por factores ínsitos dan a ese año carácter climatérico. Inicia sus cursos la Facultad de Filosofía y Letras, reclamada por el organismo universitario para integrar sus funciones con la acción más espiritual y desinteresada, en un medio indiferente que ella contribuirá a modificar. Fúndase La Biblioteca, revista memorable que su director, don Pablo Groussac, juzgara sin exageración «empresa civilizadora» y, en su género, «no inferior por la ejecución a las europeas». Martiniano Leguizamón abre senderos hacia el folklore con dos obras regionales y Francisco Grandmontagne publica Teodoro Foronda, la novela argentina del inmigrante español, documentada en la llanura pampeana y en la capital cosmopolita por la experiencia personal del autor. Llega de su Córdoba nativa y se incorpora al ambiente porteño Leopoldo Lugones, poeta de veintidós años, «con la seguridad de su triunfo y de su gloria», según el recuerdo de Rubén Darío. Y éste, llegado a la ciudad en 1893, después de haber asistido en Madrid a las fiestas colombinas del cuarto centenario del descubrimiento y de conocer París y Nueva York, repica tres veces en campanas o campanillas de la más compleja y moderna aleación literaria.

La primera, en el mismo Ateneo, la noche del 19 de setiembre de 1896, y al inaugurarse, bajo la presidencia de don Rafael Obligado, un ciclo de conferencias. «Este poeta no es un argentino ni es en realidad un americano», dijo el cantor de Santos Vega presentando al lírico de Azul... «Su musa -agregó- no tiene patria en el continente; la tiene en el seno de la belleza». Y el presentado expuso enseguida su panorama lusitano Eugenio de Castro y la literatura portuguesa. «Mientras nuestra amada y desgraciada madre patria España -adelantó casi en el comienzo- parece sufrir la hostilidad de una suerte enemiga, encerrada en la muralla de su tradición, aislada por su propio carácter, sin que penetre hasta ella la oleada de la evolución -174- mental de estos últimos tiempos, el vecino reino fraternal manifiesta una súbita energía. Nosotros, latinos hispanoamericanos, debemos mirar con orgullo las manifestaciones vitales de ese pueblo y sentir como propias las victorias que consigue en honor de nuestra raza».

Antes de un mes apareció el volumen que se cierra con aquella conferencia, Los raros, libro revelador en que no son raros todos los que están, ni todos lo son de igual manera. Como terminara de imprimirse el 12 de octubre, un escritor argentino, Miguel Escalada, saludó su nacimiento con palabras augurales: «La Poesía, la Gracia y la Armonía, naves gallardas, anclan en nuestro continente. ¡Salve!» En efecto, ya estaban en esta orilla del Plata aquellos navíos intérlopes que el atalaya ateneísta de ayer hubiera dejado zozobrar a oscuras. Y antes de terminar el año, Prosas profanas daba a la poesía de lengua española representación magnífica en

el consorcio modernista de las grandes literaturas. «Buenos Aires, Cosmópolis», inscribió el innovador en su prefacio. La única ciudad del idioma, por cierto, que podía entonces prohiar, con aliento universal, a ese crisol de un arte cosmopolita.

Simultáneamente, en una correspondencia literaria datada en Madrid el 26 de diciembre de aquel año, don Juan Valera, juzgando a Los raros, hacia esta observación: «Los hispanoamericanos, separados de la metrópoli hace sesenta u ochenta años, tienen menos arraigo, menos savia española, y tienen el espíritu más abierto al pensar y al sentir de lo extranjero.

Hasta cierto punto, el hispanoamericano se ha dado en llamar latino». Y de seguida, trataba de extravagantes a algunos escritores franceses que Europa y América celebraban y a quienes, según él, «nadie o casi nadie conoce ni tiene ganas de conocer por esta tierra».

Apenas corridos dos meses, el novelista santanderino don José María de Pereda impugnó el cosmopolitismo literario, en su discurso de recepción académica.

-175-

- II -

Fin de siglo

También las influencias foráneas iban penetrando en España, a pesar de sus fronteras muradas. En el decenio anterior, el naturalismo francés había constituido fugazmente la «cuestión palpitante»; luego se habían filtrado la novela rusa y el drama escandinavo; algo de autores franceses, belgas, alemanes, italianos, pasaba en ráfagas, entre Bilbao y Barcelona. Varias empresas editoriales se empeñaban en difundir el pensamiento continental, y América lo recibía de España en traducciones directas y en volúmenes bien impresos y sólidamente empastados. La benemérita Biblioteca clásica suministraba su repertorio de poetas e historiadores griegos y latinos, y obedeciendo el consejo de Sarmiento a Rivadeneyra, los diversos ensayos y las historias, de Lord Macaulay; extensa y meritoria era la contribución de la Biblioteca científico-filosófica de Daniel Jorro; La -176- España Moderna nos proveía de algunas célebres historias de las literaturas principales de Europa, de las obras más famosas del derecho, la economía, la sociología, y aun nos enviaba lo más representativo de la novela y del teatro de aquellos años. Pero en España el misoneísmo se apresuraba a lanzar su veto, y el aislamiento altivo mantenía su asfixia. Clarín (Leopoldo Alas) hubiera deseado ser poeta para traducir los sonetos del portugués Anthero de Quental y «contribuir a una cosa muy necesaria; a que los pueblos hermanos que no quieren todavía unirse, poéticamente se fueran conociendo y apreciando, y poder así empezar por lo mejor y principal: por la unión de los espíritus». Darío, después de recorrer las librerías madrileñas, a mediados de 1899, escribía: «El que no encarga especialmente sus libros a Francia, Inglaterra, etc., no puede estar al

tanto de la vida mental europea. Es un mirlo blanco un libro portugués. De los libros americanos, no hablemos».

Había, sin embargo, españoles que aspiraban a «europeizar» su España, y entre ellos los colaboradores de La España Moderna. En ella publicó Miguel de Unamuno, en 1895, los ensayos que reuniría siete años después con el título de En torno al casticismo; el último trataba del «marasmo» nacional, pero anunciaba la salvación: «España está por descubrir y sólo la descubrirán españoles europeizados».

Mientras tanto, la cosmópolis del Plata, abierta a todos los vientos, acogía efusivamente su mensaje espiritual. La novela era, sin duda, la manifestación más vigorosa de la literatura española del momento, y sus maestros tenían excelente mercado en Buenos Aires, aunque no contasen con muchos devotos entre los jóvenes enamorados de París. Castelar, Pérez Galdós, Valera, Núñez de Arce, Clarín, colaboraban en la prensa porteña. Periodistas españoles de talento y amplia ilustración formaban parte de la redacción de los más grandes diarios; la prensa de la colectividad española adquiría creciente importancia y se ramificaba en -177- órganos regionales; eminentes profesores y a la vez publicistas, radicados en el país, como don Juan José García Velloso y don Ricardo Monner Sans, cooperaban desde la cátedra y el libro en la obra que descuidaba la diplomacia oficial.

En 1898, la intervención armada de los Estados Unidos en Cuba conmovió a las repúblicas hispanoamericanas y determinó su adhesión sentimental a la desprevenida España. La conmoción argentina fue honda y prolongada. De uno de los actos públicos más resonantes sobreviven algunas páginas en una gran revista de la época: los discursos del doctor Roque Sáenz Peña y de don Pablo Groussac (La Biblioteca, vol. III, páginas 213-40).

Del grupo de modernistas, Rubén Darío estuvo en favor de España, adhesión en la que Leopoldo Lugones veía «cierta inquina antipanamense de Centro América contra el yankee»; pero el poeta de las Montañas del oro, cuya temprana «ojeriza» hacia la tierra de sus ascendientes mantuvo toda la vida, hasta el punto de no pisarla en ninguno de sus viajes a Europa, admiró al vencido, después de la derrota, por «haberle visto caer heroicamente, forrado en su corazón de hidalguía». Lugones escribió esas palabras en un artículo sobre Darío y a propósito de otro aparecido en la Revue Blanche, de París, acerca del sincronismo de aquel movimiento literario hispanoamericano y la guerra de la independencia cubana. En la misma página expuso su opinión sobre la literatura peninsular. «Los escritores españoles -dijo- nos parecen monótonos; de pensamiento no, pero sí de estilo. Nos suenan todos a Cervantes -que es buen sonar-, mas la monotonía, aun en Cervantes, nos relaja el tímpano. Sufrimos de ver anquilótica la sintaxis castellana, tan bien vertebrada y tan flexible, y la pobreza de la adjetivación que caracteriza a los escritores peninsulares nos hace el efecto de una densidad gris en que todo color naufraga. Quisiéramos más variedad de ritmo, mayor precisión calificativa, -178- más libertad en ese estilo. Francia nos la da y he aquí por qué estamos con Francia. Hay también un poco de snobismo en esto. Puerilidad sería negarlo cuando se sabe que estamos en el país clásico del 'rasta'. No obstante, convendría diferenciar entre los que huelen la gardenia sólo cuando está en el ojal, y los que pensamos hacer buena obra sembrándola en

el tiesto de los claveles castellanos»⁵⁶.

A raíz del desastre, La Nación de Buenos Aires resolvió enviar un corresponsal literario a España. Rubén Darío, que desempeñó ese cargo, pisó tierra española por segunda vez en los días iniciales de 1899. Este año tiene su mejor documentación en el libro *España Contemporánea*, que reunió las cuarenta crónicas del poeta nicaragüense. La ignorancia de cuanto era una expresión de la vida intelectual de su América, unida a la mayor indiferencia, sublevó al cronista recién llegado. Releamos una sola de sus acusaciones dolorosas: «En las mismas redacciones de los diarios en que se dedica una columna a la tentativa inocente de cualquier imberbe Garcilaso, no se escribe una noticia, por criterio competente, de obras americanas que en París, Londres o, Roma son juzgadas por autoridades universales. Concretando un caso, diré que la legación argentina se ha cansado de enviar las mejores y más serias producciones de nuestra vida mental, de las cuales no se ha hecho jamás el menor juicio. Ciertamente es que, fuera de lo que se produce en España -con las excepciones, es natural, de siempre, pues existen un Altamira, un Menéndez y Pelayo, un Clarín, este amable cosmopolita de Benavente- fuera de lo que se produce en España, todo es desconocido». Raro es que Darío no recordase entonces una excepción memorable: en 1893, Emilio Castelar había reproducido en *El Globo*, de Madrid, una composición poética aparecida en *La Nación*, de Buenos Aires, precediéndola de un elogioso comentario. La -179- firmaba un seudónimo entonces desconocido: «Almafuerte».

Cuatro meses después de aquella crónica, el corresponsal nicaragüense modificó su primera impresión. «Varias publicaciones de Madrid, desde hace poco -dijo en otro artículo-, han empezado a ocuparse con alguna atención de literatura hispanoamericana. Comenzó el diario *El País* y siguió la *Revista Nueva*, interesante y de carácter moderno, y luego el conocido y afamado periódico *Vida Nueva* ha comenzado a publicar una hoja mensual con el título *América* y que se dedicará, como su título lo indica, al pensamiento americano». En ella, precisamente, Darío refutó con amplitud el artículo de Unamuno acerca de *La Maldonada de Grandmontagne*, en el que «hablaba de las letras americanas en general y de las argentinas en particular, con un desconocimiento que tenía por consecuencia una injusticia». ¡Y Unamuno, conferenciante sobre la literatura gauchesca en esos días, y comentarista entusiasta de *Martín Fierro* cinco años antes, era uno de los oídos más atentos a las voces familiares de América! Aquel año final del siglo, teñido por la sangre reciente de un sacrificio inútil y abrumado por los contrastes del orgullo nacional, se llevó a Emilio Castelar, libertador, con un solo discurso, de treinta y cinco mil esclavos de Puerto Rico, según solía jactarse. Castelar amaba a América, cuya emancipación juzgó en ocasiones distintas como «un hecho necesario». En cuanto al idioma, recuérdese esta declaración del peruano Ricardo Palma en su libro *Recuerdos de España*: «Yo quiero consignar aquí mi gratitud por el espíritu verdaderamente americano que animaba al señor Castelar al declararse patrocinador de nuestros neologismos, muchos de los cuales se han abierto paso en España, sin respeto al rigorismo de la intransigente mayoría académica». La muerte del gran orador fue un duelo común para todos los pueblos de su idioma.

También Campoamor, Valera, Núñez de Arce, llegaron achacosos a los umbrales de la nueva centuria para caer en su primer escalón. Otras figuras literarias que habían logrado cierto brillo cortesano al ser iluminadas por los candelabros palatinos de la Regencia, entraron en la sombra definitiva. Surgía una generación impetuosa y disconforme. La novela, el teatro, la lírica, el ensayo, mostraban ya su vigor y su tono. Y los jóvenes autores cruzaban la línea finisecular como si saliesen a la amplitud luminosa de un horizonte marino.

-181-

- III -

Comienzos de siglo

«En la literatura española, la generación de 1898 representa un renacimiento», escribió Azorín en uno de los tres artículos dedicados a la renovación bautizada por él con acierto y fortuna. La generación del 98 despertó a España de su sueño letárgico, después de la terrible realidad del desastre. Había fuerzas latentes bajo la púrpura desvaída. Tras el silencio y el estupor del tremendo despeño, no tardó en oírse el rumor inconfundible de la vida creadora. El nuevo siglo halló al país rejuvenecido en su fe histórica y en la confesión de su caída. La palabra de su hombre de ciencia más representativo reconoció lo inevitable de la derrota en desigual batalla con un adversario rico y poderoso, «batalla librada entre el sentimiento y la realidad, entre un pueblo dormido sobre las ruinas del pasado y otro enérgico, despierto y concededor de todos los recursos del presente». La ciencia, sostuvo Ramón y Cajal, «la ciencia creadora de riqueza y de fuerza», -182- venció en aquella batalla a quienes la habían desconocido y menospreciado. El sabio no estaba vencido, y desde el prefacio de una nueva edición de sus Reglas y consejos sobre la investigación biológica -el trabajo leído en su recepción académica un año antes de la guerra- profetizó a los suyos: «El poderío político de España será el fruto de la riqueza y del aumento de su población, resultados para los cuales no hay otro camino que crear, cueste lo que cueste, ciencia, industria y arte».

Europeizar a España sin desespañolizarla fue el lema de la hora. Unamuno lo había gritado en el lustro finisecular; Rafael Altamira lo repetía en sus ensayos y en el prólogo a un libro argentino. «Ellos (los hispanoamericanos) y nosotros necesitamos europeizarnos» -declaraba al frente de Nuestra América, de Carlos Octavio Bunge-, aunque sin excluir el ejemplo de los Estados Unidos ni considerar bueno todo lo europeo ni pensar que la imitación debiera anular lo propio. Ramiro de Maeztu, en carta abierta a otro escritor argentino, Manuel Ugarte, se preguntaba si el cosmopolitismo literario de Buenos Aires no era «parisianismo». El siglo comenzaba con señales alentadoras para el acercamiento espiritual de España y las repúblicas de su lengua. En mayo de 1900 Américo Llanos

(seudónimo del poeta uruguayo Álvaro Armando Vasseur), pronunció en el Círculo de la Prensa, de Buenos Aires, una conferencia sobre La obra de Miguel de Unamuno y el pensamiento ibero. Al publicar ese trabajo en la entrega inmediata de El Mercurio de América, advirtió a sus lectores que tenía el propósito de «iniciar por sobre las antiguas consanguineidades históricas, no un mero intercambio de vanas afectuosidades sino un intercambio de análisis intelectuales para reanudar en lo posible los abandonados parentescos del Espíritu». Agregaba una prueba del flamante vínculo: «Ya es notoria la atención con que la Nueva España comienza a observar -183- nuestros hervores literarios. ¿Por qué, pues, no corresponderlos con la cortesía de la recíproca?»

En esos mismos días visitaba España, como corresponsal de la Rassegna Internazionale de Florencia, un joven escritor -argentino que había pertenecido al «cenáculo» porteño de Darío. Las entrevistas de José León Pagano con los escritores españoles fueron escritas primeramente en italiano y luego traducidas por su propio autor y coleccionadas bajo el título Al través de la España literaria, en dos volúmenes que editó Maucci. El viaje empezó por Cataluña y el primer tomo, íntegramente dedicado a ella, reunió estos nombres: Pompeyo Gener, Juan Maragall, Narciso Oller, Ignacio Iglesias, Jacinto Verdaguer, Apeles Mestres, Ángel Guimerá, Alejandro de Riquer, Matheu, Santiago Rusiñol, Víctor Catalá, Adrián Gual, Enrique Vilanova y la agrupación de la revista Juventut. El segundo tomo congregó a Núñez de Arce, José Echegaray, Jacinto Benavente, Joaquín Dicenta, Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés, Juan Valera, Blasco Ibáñez, Jacinto Octavio Picón, Eduardo Marquina, Salvador Rueda y, en un capítulo brevísimo, a Pío Baroja, Martínez Ruiz (Azorín), Ramiro de Maeztu y Manuel Bueno. El libro de Pagano documenta el separatismo catalán -altivo, desdeñoso- y la ignorancia de Castilla acerca de aquel pujante movimiento. La literatura contemporánea de lengua catalana era poco menos que inexistente para el resto del país; la de lengua española era para los catalanes la demostración de la decadencia nacional. Sólo un nombre de ella merecía los honores unánimes: Pérez Galdós.

Fue también el autor más leído entonces en la Argentina, aunque principalmente por sus compatriotas. «La cuarta serie de Episodios -le escribía el novelista a Enrique García Velloso el 3 de agosto de 1901- no empezará a salir hasta que no tenga yo la seguridad de ahogar las impresiones fraudulentas en la Argentina». El renombre del autor creció -184- repentinamente con la actualidad ruidosa del dramaturgo. Había éste comunicado al mismo destinatario, tres meses antes, «la llegada de Electra a esa gran república y los preparativos de cinco compañías para ponerla en escena»⁵⁷. La obra -surge el retruécano sin buscarlo- «electrizó» a las multitudes en Buenos Aires como en otras ciudades de la península y de América. El instinto popular creyó haber descubierto en ella el símbolo del resurgimiento de España.

«La vida intelectual de un pueblo necesita una excitación extraña que la fecunde» -afirmó Azorín en uno de los artículos citados-, y señaló para España la de tres momentos históricos: en 1600, la influencia italiana; en 1760, la francesa; en 1830, la del romanticismo francés. «En 1898 -agregaba- observamos idéntico hecho. Las influencias ahora son más

completas; pero gracias a esa comunicación con el pensamiento literario de fuera de España, se produce entre nosotros una renovación de las letras». E indicaba con precisión limitada, pero certera, algunos casos de influencia evidente: D'Annunzio, Barbey d'Aurevilly, sobre Valle Inclán; Shakespeare, Musset, los dramaturgos modernos franceses, sobre Benavente; Dickens, Poe, Balzac, Gautier, sobre Baroja; Stendhal, Brandes, Ruskin, sobre Bueno; Nietzsche, Spencer, sobre Maeztu; Verlaine, Banville, Víctor Hugo, sobre Rubén Darío⁵⁸.

Estos autores españoles conquistaron inmediatamente la simpatía del lector argentino que sin renunciar a los franceses sentía ya la necesidad de hallar en su propia lengua y con características de su cuño espiritual las aportaciones del modernismo. Las elegancias voluptuosas de Valle-Inclán y el humorismo áspero de Baroja dieron presencia en nuestros medios literarios al marqués de Bradomín y a Silvestre Paradox; entre ambos solía abrir su tabaquera de plata el -185- «pequeño filósofo» azoriniano.

Los pensadores vascos tuvieron voz en las discusiones de café. Las «figulinas» de Benavente saltaban de la escena a la calle. Las ediciones de Fernando Fe, de Victoriano Suárez, de Pueyo, se renovaban en las vidrieras de nuestras librerías centrales, y el lector juvenil comenzaba a ostentarlas junto con el último volumen del *Mercure de France*.

El oleaje editorial de España llegó entonces con ímpetu y penetró el país entero. Barcelona y Valencia «europeizaban» y hasta «americanizaban» a su modo. La casa Maucci divulgaba los novelistas rusos, franceses, italianos y portugueses más en boga, y entre sus bastas ediciones intercalaba, los «parnasos» hispanoamericanos; la biblioteca Sempere multiplicaba entre sus lectores, por medios baratos, los discípulos de la filosofía alemana y del anarquismo eslavo, albergaba con igual tarifa la crónica gacetillera y la crítica magistral y solía conceder a algunos argentinos la misma popularidad que a sus hermanos de lengua y a los traducidos. Colecciones universales de teatro, de sociología, de turbia literatura, en tomitos más o menos borrosos, tapizaban los quioscos callejeros y de los andenes de ferrocarril. Entrada directa a la intimidad del hogar tenían los pulcros volúmenes, de piel blanca de Montaner y Simón, y en ellos figuraban a veces compatriotas que compartían la vecindad de las antiguas epopeyas y de alguna novela moderna y beatífica.

-[186]- -187-

- IV -
1907

La apreciación aritmética de un insigne crítico asturiano había fijado el número de poetas de España durante los últimos lustros del siglo XIX, en ¡dos y medio! Desaparecido uno de los enteros -Campoamor- y enfermo y anciano el otro -Núñez de Arce-, la lírica castellana hubiera recibido al nuevo siglo, de ser exacto aquel cómputo pesimista y sin que la guerra

antillana hubiese tenido cartas en el asunto, con una fracción acongojante. Los catalanes, interesados en tan mezquino cálculo, complacíanse en recordarlo para aumentar, por contraste, su riqueza autónoma. Todos ellos reconocían la superioridad castellana en la novela, por ejemplo, con nombres como Galdós, Valera, Pereda, Palacio Valdés; pero en poesía... «En poesía -le declaraba Apeles Mestres a José León Pagano en 1900-, no les cedemos la supremacía». Y Ángel Guimerá -188- le agregaba, en tono fatídico: «De la poesía lírica no, hablemos. Con Núñez de Arce eso se acaba». Nadie parecía sospechar, en la propia tierra, la germinación poética que, a poco más de un lustro, habría de florecer en la más radiante y gozosa primavera.

Fue una mañana intensamente azul. Posados en el árbol seco y abatido aquellos pájaros saludaban al sol. La guerra perdida, distante en el espacio, parecía igualmente lejana en el tiempo; también el límite intersecular había dejado el desastre al otro lado del océano. Abríanse al mundo las fronteras espirituales; a la luz del mundo veían los españoles que su madre decrepita ocultaba un rostro juvenil. La nueva generación poética creyó en el milagro, y le dio su voz. Esa voz, acorde con la del modernismo de Europa y sobre todo de América -«que de una nueva España a España viene»-, pero tan pura que apenas se le notaban influencias, se conformó casi únicamente con ser voz, y pura; es decir, canto, canción de una mañana de primavera, melodía del aire claro y fresco. Amanecida con el siglo -el primer libro de Juan Ramón Jiménez se publica en 1900 y lleva un «atrio» de Rubén Darío- llegó a su plenitud siete años después.

No puede señalarse año más significativo para la lírica renaciente de España que el de 1907. En él desembocan las afluencias que han vencido el repecho; en él afloran los filones y adquiere fisonomía de advenimiento lírico la anunciación dispersa. Después de una década de áspera y jugosa prosa, don Miguel de Unamuno, rector bilbaíno de Salamanca, lanza su denso -en todo sentido- volumen de poesías. Aunque tan ajeno a los troqueles del modernismo como a las hormas de la rutina, ese libro de cánticos espirituales -igualmente extraños por su envoltura rítmica y su esencia metafísica- levantó un escándalo palustre: buen comienzo coral para el año pitio. Asimismo un primer libro de versos, Aromas de leyenda, fue el tributo del sonatista gallego don Ramón del Valle Inclán, después de una década de prosa -189- di camera para los auditorios del decadentismo.

Los hermanos andaluces Machado reeditaron libros anteriores con adiciones definitivas: Alma (1900), cosecha parisiense de Manuel, unió a Versalles con El Pardo y avicinó el cante flamenco a las «fêtes galantes», sumándose a Museo y Los Cantares; Antonio agregó a sus alquitaradas Soledades (1903), las «galerías» de su ensueño vagabundo y poéticamente libertado de atavíos caducos. Andaluces fueron también otros autores del año: Salvador Rueda, raudal colorista desatado hacía un cuarto de siglo, llevó fragores de catarata a sus Trompetas de órgano; Francisco Villaespesa, rapsoda de encrucijada, volvió al solar nativo con un rosario de coplas: Carmen. El equinoccio vernal se muestra hasta en los títulos: Jiménez (¡recóndita Andalucía!), añade al repertorio pastoril sus Baladas de primavera; el madrileño Gregorio Martínez Sierra aposenta sus canciones en La casa de la primavera. Otro hijo de Madrid, Enrique Díez-Canedo, recibe alborozado y describe con ternura La visita del sol, y simultáneamente se revela

admirable traductor en verso con primorosa muestra: Del cercado ajeno. Eduardo Marquina compone en 1907, casi enteramente, su Vendimiión. Poeta catalán de lengua española, se había iniciado con el humanitarismo declamatorio de Odas (1900) y había continuado con la religiosidad agraria de las Vendimias y de las Églogas hasta llegar al canto montañés y marino del amor en Elegías (1905). Pero el abultado Vendimiión, cima poemática (especie de leyenda panteísta de los siglos con protagonista mítico), no pudo nacer en aquel año. Por el contrario, alcanzó a estrenarse en su último mes una farsa poética, no extraña al lirismo que la precedió, aunque no versificada: Los intereses creados, de Benavente. Acompañó a todos esos frutos anuales, con primogenitura indiscutible, El canto errante, de Rubén Darío, aparecido en Madrid. Un párrafo de su prefacio dilucidaba: «El movimiento que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar». Y -190- el libro llevaba esta dedicatoria de expansión geográfica: «A los nuevos poetas de las Españas». También aquel encumbramiento lírico del septenio tuvo su revista originaria, ¡tan fiel a su destino que desapareció al terminar el año! Dirigida por Martínez Sierra, nació en marzo, con el aliento de la primavera, y proclamó en su título el signo de la hora: Renacimiento. La entrega, de 134 páginas, revestía el esplendor tipográfico de una empresa holgada. «Somos los poetas, los privilegiados, los que sabemos el secreto de las palabras y de los corazones», anunció con osadía juvenil; y prometió jubilosamente a su lector: «Sabe que has de escuchar, si nos escuchas, las mejores canciones de la España actual».

El número de octubre, totalmente dedicado a los poetas de aquella actualidad, incorporó, en su lengua, a tres catalanes: Gabriel Alomar, Juan Maragall, José Pijoan; y a cuatro hispanoamericanos residentes en España: el nicaragüense Darío, los mejicanos Francisco A. de Icaza y Amado Nervo, el peruano José Santos Chocano. En el número de julio, Amado Nervo se había ocupado extensamente de Leopoldo Lugones con el propósito de «divulgar en España el nombre de un gran poeta de cultura española, del que en un día no lejano, cuando desaparezcan ciertos resabios y ciertos prejuicios, se ufanará la poderosa y fascinante República Argentina». Buenos Aires correspondió a Madrid con una revista no menos amplia en su hospitalidad y llamada a larga y fecunda vida: Nosotros. Apareció en agosto y demostró enseguida que el pronombre que le daba título no contenía nada de exclusivo. La literatura española contó en sus páginas con una sección bibliográfica especial; los escritores españoles residentes en el país, como los de la península, las hallaron abiertas y cordiales; se estrenó en ellas la «promoción» literaria argentina posterior al modernismo formal de Prosas profanas y cercana al esencial de Cantos de vida y -191- esperanza, y afín con el desenvolvimiento y las ramificaciones de la generación española del noventa y ocho, o sea los poetas y los prosistas llamados, por antonomasia, del Centenario.

Aquel año lírico había de conducir también la ofrenda de amistad que las letras argentinas enviaban a España como iniciación de una nueva política espiritual y de fraternidad estética en la comunidad del idioma. En Buenos Aires y en 1907 firmó Rojas el prefacio de un libro destinado a la editorial Sempere, de Valencia. Titulábase El alma española y era un «ensayo sobre la moderna literatura castellana», constituido por juicios

bibliográficos. «Mi único deseo se habría logrado si alguien me dijera que he contribuido a acercar hombres distantes de una misma habla española» -declaraba sencillamente el autor-. El libro iba dedicado «a la memoria de los primeros conquistadores de América y a la obra de los nuevos escritores de España». Y en el párrafo final del estudio sobre la obra del poeta nacido en Nicaragua, revelado por la Argentina y adoptado por España, que cerraba el volumen, nuestro crítico auguraba: «No las inermes fórmulas diplomáticas ni inocuas sociedades de confraternidad, sino sucesos como éste, han de reconstituir, pues, para tiempos futuros, la unidad espiritual de esta raza que aún reserva nuevas sorpresas a la historia».

-[192]- -193-

- V -

Las «embajadas intelectuales»

Así se llamó a las visitas de eminentes universitarios y escritores europeos invitados a conocer el país y dar conferencias sobre temas de su especialidad. Iniciadas por los profesores italianos Guillermo Ferrero y Enrique Ferri en 1908, tuvieron en 1909 la representación de las letras francesas con Anatole France y de las españolas con Vicente Blasco Ibáñez, muy popular desde comienzos del siglo, y entonces el novelista español más leído en la Argentina.

Simultáneamente, España recibía el mensaje personal de dos escritores argentinos. El turismo, ya en auge, llevaba anualmente a Europa centenares de viajeros argentinos, atraídos por París, en primer término, luego por Londres, Roma, los balnearios de Francia y Bélgica, los lagos suizos, los casinos famosos. Una mínima parte, entre los que no -194- tenían razones de nacionalidad o parentesco, se internaba en tierra española. Hasta un escritor como Leopoldo Lugones, de hipotético blasón asturiano (antiguamente decían a los Lugones, Lunones), negose a visitar España en sus dos viajes al continente, por sentimientos o principios menos suasorios, sin duda, que los de Byron para no pisar suelo francés... En 1908 llegó a aquélla el autor de *El alma española*. Disertó sobre Olegario V. Andrade en el Ateneo de Madrid y en sesión presidida por doña Emilia Pardo Bazán. Hizo amistad con los principales escritores y les reveló el alma argentina. Poco después de regresar a su país, en aquel mismo año, Ricardo Rojas pronunció en la flamante Universidad de La Plata -llevaba tres años de fundada- una de las conferencias del ciclo de extensión social de sus enseñanzas. Fue su tema *La crisis espiritual de España*. Presentó al conferenciante Carlos Vega Belgrano, director de la Biblioteca, lugar donde se desarrollaba el ciclo, y el incauto introductor se adelantó a preparar al auditorio, a fin de evitarle el choque violento con la crudeza de la inmediata disección de la madre patria. Pero el viajero nos reveló que había encontrado en ella «correo tan puntual como

el de Inglaterra, y hoteles como los de Italia, y tranvías eléctricos como los de Suiza», y para colmo de la estupefacción de los antiespañolistas recalcitrantes, el pueblo más interesante de Europa, porque se halla agitado por todo género de inquietudes espirituales. La conferencia fue un himno al resurgimiento de la España idealista y un elogio de sus letras y de su arte de aquella hora.

Los últimos meses del año inscribieron otra piedra blanca: la publicación en Madrid y el triunfo repentino de una novela argentina de ambiente histórico español. Benavente, Gómez de Baquero, Pérez de Ayala, Acebal, y diarios y revistas de la Corte y de provincias saludaron en La gloria de don Ramiro, de Enrique Larreta, una obra maestra de la -195- literatura del idioma. La condesa de Pardo Bazán vio en ella un signo del nuevo hispanoamericanismo: «Si hace veinte años un argentino escribe una novela, no sería jamás la que acabo de leer. Para que La gloria de don Ramiro se haya pensado y trazado, ha sido indispensable que un cierto concepto de España se borre y surja otro más reflexivo y más sentido, más histórico y romántico a la vez». Y don Miguel de Unamuno destacó la unidad recóndita: «El alma de la España de todos los lugares nos muestra también Larreta en su La gloria de don Ramiro. Y claro está que al decir esto estaba pensando en la patria nativa del autor de la novela, en la Argentina, que también es España, pese a quien pesare, y mucho más España que lo que los argentinos mismos se imaginan».

La presencia de Blasco Ibáñez en Buenos Aires el año anterior al de la fecha centenaria de la revolución emancipadora, dio a su embajada intelectual el doble significado de una representación del espíritu español en la creación literaria y de una voluntad de vínculo fraterno con la República de Mayo. «Privilegio valioso ha sido para nosotros los argentinos el haber iniciado la corriente fecunda de los altos espíritus que presiden la cultura contemporánea en ramas diversas» -pudo decir Joaquín V. González en su presentación del escritor valenciano, al inaugurar éste sus conferencias porteñas-. «Sean todos bienvenidos -agregó-; y llegue a nuestros brazos como miembro del núcleo familiar y nativo, Blasco Ibáñez, primer heraldo de la jubilosa reconciliación espiritual y afectiva de 1910, realizada así primero en las almas, para ser confirmada luego por la política y la diplomacia, y cuyas emociones ya se presienten como las de nupcias largamente esperadas». Declaración tan expresiva en labios de una personalidad como González y en vísperas del centenario patrio era ya la confirmación plena de que el largo proceso de hostilidad, indiferencia y desconocimiento, lograba al fin un campo despejado y una -196- realidad de comunión espiritual. Un mes más tarde, el mismo doctor González, como presidente de la Universidad de La Plata, presentaba en sus aulas al profesor de la Universidad de Oviedo, don Rafael Altamira, y en octubre de aquel año, al despedirlo desde la misma tribuna, destacó estos hechos: «La embajada académica enviada por la Universidad de Oviedo a América, inicia una reconstrucción profunda, ideal, y un movimiento de simpatía e inteligencia actual e inmediata entre las almas de dos pueblos consanguíneos, separados por una inevitable querrela de familia... El sabio autor de la Historia de la Civilización Española y maestro de Historia del Derecho en Oviedo, conductor casi exclusivo en lengua castellana de las ideas modernas de enseñanza

histórica en libros de universal renombre, era el constructor ideal de la nueva disciplina; y es motivo de orgullo, el más legítimo de todos, para esta Universidad, haber podido conducir hasta la cátedra argentina al artífice único de la obra». Rafael Altamira, eminente representante de la «nueva» España, desarrolló en La Plata un ciclo de lecciones sobre metodología histórica, y habló en las facultades de Filosofía y Letras y de Derecho, de Buenos Aires, sobre temas pedagógicos y filosóficos y sobre la historia del derecho español. Pero tan ilustre obrero de la europeización cultural de su país no había de eludir aspectos de la vida espiritual del continente, que ya habían tenido acogida en su libro *Psicología y Literatura* (1905). Y en atrayentes disertaciones para públicos heterogéneos, fue precursor entre nosotros de la conferencia popular como proyección de la cátedra, y así le oímos tratar del teatro de Hauptman en un local obrero de La Plata, y comentar el *Peer Gynt* de Ibsen, acompañado por las ilustraciones orquestales de Grieg, en la Escuela Industrial de Buenos Aires.

La feliz iniciación de aquellas embajadas del espíritu poco antes de celebrar la República el centenario de Mayo, aseguró a tiempo una comunión que no debía confundirse -197- con el rebullicio. La munificencia de la conmemoración patria; la presencia de una Infanta de España con brillante séquito en Buenos Aires; la efusión callejera de las multitudes, ratificaron una armonía familiar entre la antigua colonia y la antigua metrópoli, ya restablecida con profundas raíces por el labriego, el maestro, el comerciante, el periodista, el industrial, el universitario, venidos de la península a compartir la vida nacional del país. Pero la fiesta centenaria no significó casi nada para nuestras relaciones literarias. Un miembro de la Academia Española, don Eugenio Sellés, agregado a la comitiva de la Infanta Isabel, trajo la misión oficial de fundar en Buenos Aires una academia correspondiente. Dejola constituida, en efecto, y poco después dos de sus miembros proyectaron la formación de un diccionario de americanismos y el inventario y la revisión de los argentinismos que figuraban en el diccionario de la corporación madrileña. Todo se desvaneció en silencio. Mas la corriente de comprensión y simpatía del primer decenio del siglo entre las literaturas igualmente juveniles de España y la Argentina, que no desembocó en el grandioso festival de 1910 para borbolar y agotarse en aquel júbilo, atravesó los puentes suntuosos de la magnífica apoteosis sin dejar ecos de su voz y continuó su curso, serena, engrosada, cada vez más enriquecida, ya segura de su cauce y de sus afluentes.

-[198-200]- -201-

Las Españas

Los decenios del presente siglo han visto cómo las literaturas de lengua española afianzan y amplían su rumbo universal, se compenetran sin confundirse y reconocen su comunidad recóndita. La de España, enteramente rejuvenecida y vigorosa, ocupa lugar indiscutible entre las primeras de

Europa y asume en todos los géneros representación culminante; pero su mejor hallazgo y su mejor empresa son, sin duda, el nuevo descubrimiento de América y la conquista de sus repúblicas espirituales. Nuestras promociones literarias oyen con nitidez la voz joven y fraterna del viejo solar; poetas y prosistas de España suscitan admiraciones cálidas y hasta arrebatadoras; la lengua hermosa es vehículo, vínculo y patrimonio de la gran familia.

En 1934, Federico de Onís, vigía español de la América hispana desde su torre neoyorquina, organizó la Antología -202- de la poesía española e hispanoamericana moderna: un gran conjunto que suprimió el océano. «De esta manera -escribió en su introducción- no sólo resaltará la unidad, sino la variedad de la literatura de nuestra lengua común». Al año siguiente, Enrique Díez-Canedo, recipiendario de la Academia Española, disertó, con autoridad difícil de igualar, sobre Unidad y diversidad de las letras hispánicas. El nuevo académico era un crítico y poeta que desde su adolescencia seguía con ahínco y perseverancia el movimiento contemporáneo de las literaturas americanas de lengua española, y autor de estudios y crónicas que asiduamente les dedicaba. Parecía que en su anhelo infatigable de conocer y avalorar hubiese un designio de compensar las reiteradas culpas de indiferencia o ligereza de sus colegas españoles, y que en la seriedad y la cordialidad con que iba cumpliendo aquella misión voluntaria, algo hubiera de censura y rectificación para el desdén o la ironía con que algunos de sus compatriotas juzgaban aspectos literarios de este o aquel autor ultramarino, buscando el pormenor y generalizando con una muestra pobre, o para el ditirambo profesional de una diplomacia estéril. En 1927 había realizado su primera visita a América; volvió a Madrid con tres decenas de epigramas inscritos a su paso, de Cádiz al Plata, de Chile a las Antillas; el último resumía el balance del regreso y hoy podría ser epitafio de su tumba americana:

Ni Ulises ni Jasón. Toda mi ciencia
consista en ser más claro, más sereno,
más rico, pero sólo de experiencia,
tal vez más útil y ojalá más bueno.

De 1910 a nuestros días, la Argentina ha acrecentado su interés por las letras y la cultura de España, y ahonda en las suyas la estimación de las aportaciones peninsulares. Fundamental es el estudio de la lengua y la literatura castellanas en su enseñanza secundaria, normal y especializada; las universidades -203- cuentan con cátedras de lingüística romance y de filología castellana, y la de Buenos Aires con un Instituto de Filología hispánica y otro de Cultura Española medieval que editan valiosas publicaciones. Fundose en 1914 la Institución Cultural Española, creada por residentes españoles con amor indiviso por la patria originaria y la adoptiva. Su cátedra magistral, instituida a la memoria de Marcelino Menéndez y Pelayo, fue inaugurada por don Ramón Menéndez Pidal, y desde

entonces vienen a ocuparla sabios, artistas, pensadores, investigadores, entre los más notables de España. Más de cinco lustros de fundada y de vida activa y fecunda lleva la Academia Argentina de Letras, creada por el gobierno de la Nación para «dar unidad y expresión al estudio de la lengua» y «velar por la corrección y pureza del idioma». Nuestros folkloristas desentrañan del vasto cancionero popular de las diversas regiones del país la contribución primordial de la conquista española, con el mismo interés hispánico que han puesto críticos de España en el estudio y la valoración de Martín Fierro. El turismo argentino ha «descubierto» finalmente las bellezas de la madre patria, y nuestra literatura de viajes la representa en algunos libros de penetrante comprensión y emotividad profunda. El extraordinario desarrollo de las artes gráficas en los últimos años, favorecido por la declinación pasajera de las prensas en España con motivo de su guerra civil, hizo de la capital argentina un centro editorial de vastísimas irradiaciones; y así vemos reeditarse profusamente en ella los clásicos y los modernos de la literatura peninsular.

Suele señalarse a Buenos Aires como ejemplo de corrupción idiomática en América, y podría tal vez justificarse en parte su definición urbana que relaciona un arrabal portuario con aquel estragamiento: una hermosa de Boca fea y lengua impura... Falta de tradición cultural por el abandono que padeció como colonia; centro de tentativas de escisión hasta las vecindades del fin de siglo y «cosmópolis» -204- de gigantesco crecimiento aluvial, Buenos Aires dejó caer su habla indefensa en vicios y deformaciones y mezclas que luego contagiaron el interior del país, más recatado y castizo. Todavía presiona el suburbio de la ciudad y del espíritu, y una literatura tributaria acoge y sanciona esas barreduras verbales en el teatro inferior y en la prensa populachera. Por humorismo proclive o prevaleciente chabacanería, llegan hasta el salón, y aun las emplea la charla del culto en su familiaridad chancera. Pero pocas ciudades hacen más actualmente por dignificar su idioma. La prensa mayor, escrita con pulcritud, mantiene secciones atinentes al lenguaje para influir en su lector cotidiano; instituciones privadas cooperan en el estudio y la higiene del mal con las ya mencionadas del Estado; consultantes particulares y funcionarios públicos se dirigen continuamente a la corporación académica para resolver sus dudas idiomáticas.

Lingüistas, lexicógrafos y aun filólogos, han dejado de ser el ave rara de una especie exótica; eximios tratadistas del idioma acrecientan anualmente la bibliografía. En nadie predomina un purismo esterilizador. La lengua castellana en la Argentina, a la que se llama idioma nacional porque es el del país, tiene fuero geográfico y social en neologismos y modismos, así como accidentes de alteración prosódica y semántica, al modo de lo que ocurre en todas las repúblicas hermanas y en las provincias de la propia España, pues de lo contrario toda ella, la lengua panhispánica, dejaría de ser viviente y ecuménica. Pero los particularismos no impiden la identidad orgánica, como la diversidad no destruye la unidad de sus literaturas.

Hace más de un siglo, en su tercera conferencia sobre los héroes y el culto del heroísmo, Carlyle prefirió para el imperio británico la pérdida, más o menos tardía, de la India, a la de Shakespeare, vínculo espiritual del pueblo inglés. En 1947 la India se desprendió, como un diamante

inmenso, de la corona imperial. También España perdió las -205- Indias, todas sus colonias de América; pero en aquel mismo año ha celebrado con todas las repúblicas de su lengua el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, genio de esa lengua donde no se pone el sol. La negativa de la Metrópoli al pedido del desventurado manco deseoso de trasladarse a las lejanas colonias, salvó providencialmente la creación del Quijote, cuya primera edición fue absorbida por ellas. España y las Españas tienen patria común en el mundo sin fronteras del idioma.

Obras de Rafael Alberto Arrieta

Poesía

Alma y momento, La Plata, 1910.

El espejo de la fuente, Buenos Aires, «Nosotros», 1912.

Las noches de oro, Buenos Aires, «Nosotros», 1917.

Fugacidad, Buenos Aires, «Babel», 1921.

Estío serrano, Buenos Aires, «Babel», 1927.

Tiempo cautivo, Buenos Aires, «El Ateneo», 1947.

Selecciones

Canciones y poemas, Buenos Aires, «Ediciones mínimas», 1916.

Selecciones líricas, Buenos Aires, «Ediciones América», 1920.

Sus mejores poemas, Editorial «Buenos Aires», 1923.

Antología política, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1942.

Cuatro ediciones posteriores.

Prosa

Las hermanas tutelares, Buenos Aires, «Babel», 1923.

Ariel corpóreo, Editorial «Buenos Aires», 1926.

El encantamiento de las sombras, Buenos Aires, «El Ateneo», 1926; «Emecé», 1946.

Dickens y Sarmiento. Otros ensayos, Buenos Aires, «El Ateneo», 1928.

Bibliópolis, Buenos Aires, «El Bibliófilo», 1933.

La ciudad del bosque, La Plata, «Humanidades», 1935.

Presencias, Buenos Aires, Julio Suárez, 1936.

Florencio Balcarce, Buenos Aires, Julio Suárez, 1939.

Don Gregorio Beéche y los Bibliógrafos Americanistas de Chile y del Plata, La Plata, «Humanidades», 1941.

Centuria porteña, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1944. Dos ediciones.

La literatura argentina y sus vínculos con España, Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1948.

La ciudad y los libros, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1955.

Introducción al modernismo literario, Buenos Aires, Colección Esquemas, Editorial Columba, 1956.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

